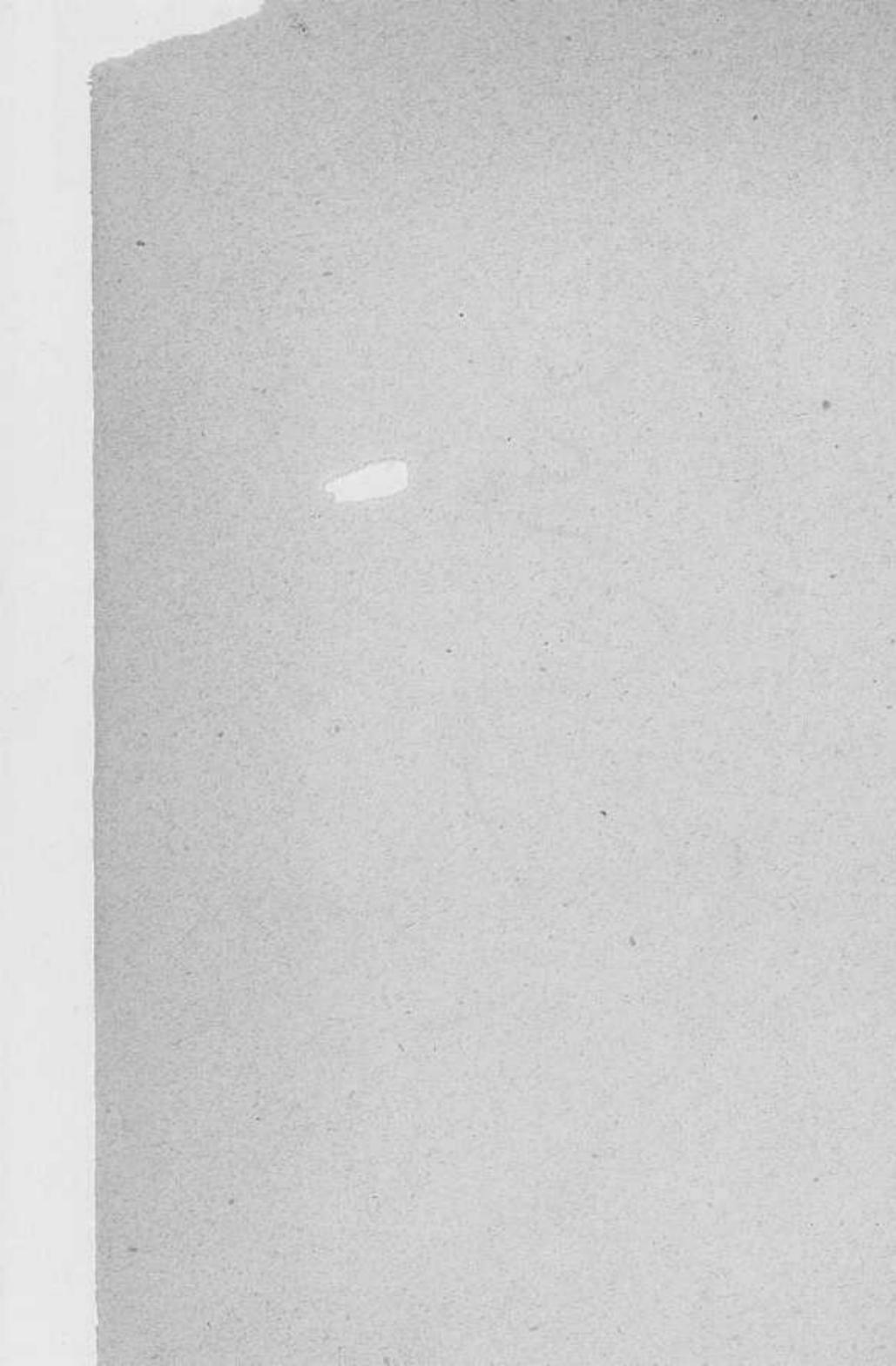


(1-2)

1314

3735(1-2)





23

URBANO MANINI, EDITOR.

HELIOGABALO



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

ANTONIO DE SAN MARTIN

HELIOGABALO

WITH AN INTRODUCTION

BY

THE

ADMINISTRATOR

CALLE DE MEXICO, TORONTO

1900

URBANO MANINI, EDITOR. MADRID.

ANTONIO DE SAN MARTIN



HELIOGÁBALO

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL.



ADMINISTRACION

CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7.

MADRID

ANTONIO DE SAN MARTIN

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



CAPÍTULO I.

De gran sacerdote á emperador romano.

Era la hora *cuarta* (1), y una compacta y regocijada muchedumbre, discurría por las principales calles de la antigua Roma.

Aquel día no era *festi*, ni aun *intercesi* (2), y sin embargo los habitantes de la imperial ciudad vestían sus mejores galas, las tiendas permanecían cerradas, y en las obras públicas no se veía operario alguno.

Ante tal aspecto de regocijo podía pensarse que á algun general victorioso le había concedido el Senado los honores del triunfo, y que el afortu-

(1) Diez de la mañana.

(2) Media fiesta:

nado mortal iba á atravesar aquellas calles para dirigirse al Capitolio.

Pero no era así; otro motivo tenia alborozado al pueblo romano, amante cual ninguno de espectáculos y novedades.

Aquel pueblo, señor despótico del mundo conocido entonces, esperaba al nuevo emperador aclamado por las cohortes, que debia llegar á la ciudad de un momento á otro.

El poderoso señor, á quien la entusiasmada multitud se disponia á vitorear, se llamaba *Elagabal* ó Heliogábalo, y era hijo natural de Caracalla.

Gran sacerdote del Sol, en Siria, llegaba á Roma precedido de una inmensa reputacion de hombre sabio, de espléndido señor, de general prudente.

Sin embargo, no habia cumplido aún diez y ocho años.

Entre las calles que debia atravesar para dirigirse al templo de Júpiter *Stator*, figuraban algunas de las que se extendian en inmensa línea desde el monte Janículo al Foro.

Nos fijaremos en una de ellas, en la *via Servia*, calle aristocrática, en la cual vivian únicamente nobles patricios y ricos libertos.

En aquella calle, y dominando á la multitud, se veían bajo un pórtico enriquecido con estatuas y adornado con guirnaldas de flores y ricas colgaduras, ocho ó diez patricios gravemente envueltos en sus mantos de lana, blancos como la nieve.

Uno de ellos, joven imberbe, de rostro agraciado y simpático, tenía la palabra.

Oigámosle:

—No os quepa duda alguna, amigos míos, dijo con vivacidad. Roma entera debe darse el parabien, porque hoy es un gran día, un día de gloria. Yo prometo señalarlo con piedra blanca en la *delubra* (1) de mis dioses lares.

—¡No te entusiasmes tanto, Corvino! exclamó con frío acento otro de los patricios. El emperador que hoy llega á Roma, carece de la prudencia que muchos le conceden. Tampoco se hace estimar por lo morigerado de sus costumbres, ni por su sabiduría.

Antes de que finalice el mes de *Junius*, yo te lo aseguro que *ese leoncillo* habrá arrojado lejos de sí la piel de cordero con que ahora se disfraza.

(1) Capilla.

—Me parece que exageras ó que le calumnias, dijo Corvino haciendo un mohín.

—Ni exagero, ni calumnio, añadió el patricio; *Basiano*, que es su verdadero nombre como todos sabemos, debe su encumbramiento á su madre, la disoluta y vieja Soaemis, y no á sus virtudes. Soaemis derramó el oro á manos llenas; el oro que robó en vida de su amante Caracalla, y que extrajo últimamente de Emeso.

Comprando á unos con oro y á los otros con promesas, logró que los legionarios proclamasen á Basiano, señor de Roma.

Líbrenme los dioses de calumniar á nadie, y mucho menos al que vá á llamarse dentro de pocos momentos *padre de la patria*.

Pero la pasión no me ciega, ni me dejó entusiasmar fácilmente por el aspecto de fiesta y de alegría que hoy presenta Roma.

Repito, pues, que Basiano carece de virtudes.

En Emeso se embriagaba con frecuencia, siendo el escándalo perpétuo de los adoradores del sol.

Ahora, y según las últimas noticias que han llegado á la ciudad, continúa embriagándose también, y se deja dominar, primero por su madre,

que es la *emperatriz de las prostitutas*, y despues por su corte de *ingénuas*, entre las cuales figuran mujeres de Asia, de la Galia y de las orillas del *Iberus* (1); es decir, mujeres las más artificiosas y desenvueltas de la tierra.

¡Quiera Jove que me engañe, pero mucho me temo que Roma llegue á retroceder á los tiempos de Cómodo, de Domiciano el Cruel, y de Claudio Neron.

No nos hagamos ilusiones: el emperador es y será siempre digno hijo de su madre.

Esta, á pesar de la inmensa gratitud que debia á la memoria de su antiguo amante, continúa siendo amiga, y aun hay quien dice que algo más tierno todavía que esto, del infame Macrino, del que habia dado muerte á mano airada á Caracalla.

Basiano, de gran sacerdote del Sol, pasa á ocupar el antiguo solio de los Césares.

¡Ojalá que renazcan para Roma, durante su imperio, los gloriosos tiempos de Trajano!

No sabemos lo que hubiera dicho Corvino, el joven encomiador de Heliogábalo, si en aquel mo-

(1) Rio Ebro.

mento no se hubiese notado una gran agitacion entre el gentío.

Al mismo tiempo, muchas voces gritaban á la vez:

—¡Ya llega! ¡ya llega!

—¡Ya está ahí!...

Estas exclamaciones fueron sofocadas por el vibrador sonido de los *lituus* ó trompas de la caballería romana, y por las *tubas corvas* de las centurias, que contenian á la muchedumbre abriendo calle á lo largo de la *via Servia*.

El ex-sacerdote del Sol, el emperador Heliogáballo, se acercaba en aquel instante saludado por los instrumentos bélicos del gran ejército vencedor y tiránico, dueño del mundo.

CAPITULO II.

Cortejo del emperador.—Entusiasmo del pueblo.

Todos procuraron colocarse lo más cómodamente posible para ver el sorprendente espectáculo que ofrecían el emperador y su comitiva.

Los unos alargaban la cabeza por encima de los hombros de los otros, y las mujeres se empujaban sobre la punta de los pies para alcanzar mayor altura.

Heliogábalo verificaba su entrada en Roma con soberbia pompa.

En primer lugar, y á guisa de batidores, marchaban al pasode sus caballos diez turmas y treinta decurias (1).

(1) Trescientos ginetes.

Las pintadas *gálicas* de aquellos guerreros; sus limpios escudos, que brillaban á los rayos del sol de estío lo mismo que si fueran de oro purísimo, y las aceradas puntas de sus lanzas, espesas cual las espigas de un campo de trigo, presentaban un golpe de vista deslumbrador.

Del centro de cada *turma* se destacaba la orgullosa águila romana, que era la enseña de aquella brillante caballería, curtida por el polvo de cien combates.

En pos de los ginetes, y caminando gravemente, figuraban diez y seis líctores.

Sus collares de sardónicas, sus dalmáticas orladas de púrpura, sus hazes de varas de oro, atrajeron por algunos momentos las miradas de la multitud.

Pero aquellas miradas no tardaron en fijarse en el brillante cortejo de caballeros que precedía al carro del emperador.

Entre los caballeros que pertenecían á las primeras familias de Roma, se veían infinidad de senadores; de aquellos magistrados tan poderosos en tiempo de la república romana, y casi esclavos despues, durante el imperio.

Al aparecer el carro de Heliogáballo, se alzó

de entre la muchedumbre un sordo murmullo de admiración.

Jamás la opulenta Roma, ni aun en los tiempos del primero de los Césares, había visto un carro tan rico, tan deslumbrador como el suyo.

Tiraban de él ocho corpulentos elefantes blancos, cuyas mantillas de escarlata estaban salpicadas de perlas y esmeraldas.

Heliogábalo, jóven de deslumbradora belleza, más bien que mortal parecía un Dios.

Su larga túnica bordada de oro y piedras preciosas, era de forma original, extraña.

Llevaba en la cabeza una especie de mitra bastante parecida á las que usaban las meretrices de Egipto, y sus dedos estaban cubiertos de riquísimos anillos.

En el fondo del carro, y sobre un pequeño pedestal de oro macizo, se veía al dios que adoraba, al dios de quien había sido gran sacerdote (1).

Aquel dios traído de Oriente, aquel dios desconocido, debía figurar muy pronto entre las divinidades romanas.

(1) El sol estaba representado por una piedra negra de forma cónica.

Los habitantes de la ciudad eterna componian un pueblo sumamente impresionable, un pueblo acostumbrado desde muy antiguo á entusiasmarse hoy hasta el frenesí, para derribar mañana con desprecio al ídolo que sus manos habian levantado.

El rostro de Heliogábalo resplandecía de gozo al escuchar las ruidosas aclamaciones, los gritos de admiracion que arrancaba su presencia.

Jamás general victorioso habia obtenido igual triunfo.

Y sin embargo, lo que á Roma convenia no era un afeminado príncipe de Oriente, un príncipe entregado á la molicie y á la corrupcion, sino un hombre enérgico capaz de mandar grandes ejércitos como Septimo Severo y de pasear triunfante por el mundo las poderosas águilas romanas.

Pronto conocieron, los senadores los primeros, que el nuevo jefe que les habian dado las legiones no podia sostener entre sus torpes manos las riendas del Estado.

Los viejos senadores, á pesar de su servilismo, conservaban todavía algunos recuerdos de su antiguo poder, y se indignaron cuando la ma-

dre de Heliogábalo tomó asiento entre ellos (1).
También se indignó el pueblo al ver que el joven emperador, en vez de ocuparse de los asuntos públicos, continuaba entregado al culto de su dios de piedra negra, lo mismo que si se hallase aún en el templo de Emeso.

Pero hasta que la indignación estallase, hasta tanto que el disgusto fuese general en todo el imperio, éste debía permanecer deshonrado bajo el mando del ex-gran sacerdote del sol.

Volviendo á ocuparnos de la entrada de Heliogábalo en la orgullosa capital del mundo, diremos que el entusiasmo del pueblo no conoció límite alguno en el momento en que el joven príncipe pisó las gradas del *Capitolio*.

Heliogábalo se había vuelto hácia los que le seguían vitoreándole con frenesí, y tendió hácia ellos sus brazos desnudos, cual si quisiese estrechar tiernamente contra su pecho al numeroso gentío.

(1) Histórico.

Tenia entonces su admirable rostro tal expresion de dulzura y de candor; estaba tan bello, tan poderosamente simpático se habia hecho ya á los romanos, que los soldados del Pretorio que cubrian las gradas del templo se vieron precisados á rechazar brutalmente á los que querian acercarse á él.

¡Quién habia de pensar que aquel hermoso jóven, aquel adolescente de dorados cabellos y de sonrosadas mejillas, era un mónstruo abominable manchado con todos los vicios más odiosos!

Mónstruo era sin embargo, más mónstruo todavía, que algunos de los emperadores que le habian precedido.

¡Su rostro, adornado con todas las gracias de la juventud, no era más que una hermosa máscara que ocultaba cieno inmundo, el alma más perversa y corrompida de la tierra!

No crean nuestros lectores que estamos inventando un tipo de novela, destinado á causar efecto en sus ánimos.

Ahí está la historia, que nos dejará en buen lugar, diciendo que Heliogábalo, por sus crímenes y vicios, consiguió hacer menos odiosa la memoria de Neron el mónstruo, del infame Lucio

Aurelio Cómodo, del sombrío Domiciano, del im-
bécil y cruel Calígula y del crapuloso Tiberio.

Su rostro era de ángel (como dice un Padre de
la Iglesia) y su corazón de demonio.

En el discurso de esta obra ya tendremos oca-
sion de hacer más detalladamente el retrato de
aquel mónstruo de perversidad.

Anselmo Comandante del gobierno Dominicano del im-
 perio y cruzada Gallina y del coronel Tiberto.
 En rostro era de ángel como dice en Padre de
 la Iglesia y en corazón de demonio.
 En el discurso de esta obra ya tendremos con-
 sion de hacer mas detalladamente el retrato de
 aquel monarca de perversidad.

CAPÍTULO III.

El circo romano.—Casto amor y amor impuro.

Con motivo de la llegada del emperador hubo grandes fiestas en Roma, entre las cuales figuraban en primer término los sangrientos juegos del Coliseo.

Bien sabido es lo aficionado que era el pueblo romano á semejantes espectáculos.

Desde que salía el sol hasta tanto que las sombras empezaban á extenderse sobre aquel gigantesco circo, cuyas ruinas son aún el asombro de la generacion actual, una muchedumbre inmensa ocupaba sus anchurosas gradas revestidas de mármol blanco.

Vamos á dar una idea de lo que era entonces el Coliseo.

El coloso presentaba exteriormente cuatro órdenes de arquitectura superpuestos.

Sus arcadas, que servian de puertas ó vomitorios, eran ochenta.

En los intercolumnios, y en la parte más elevada, habia estátuas de mármol que representaban héroes griegos y romanos, y gladiadores célebres.

Aquellas estátuas, en los dias de gran fiesta, aparecian coronadas de verbena y de mirto.

Sus gradas, segun afirman escritores de aquel tiempo, podian contener cómodamente ochenta y siete mil espectadores, y veinte mil más el terrado.

Sobre tan crecido número de personas, y á fin de evitar los ardores del sol, se extendia el *velarium*, lienzo inmenso que empezaba á destilar al medio dia un refrigerante rocío de agua de azafrañ y de esencia de nardo que refrescaban la atmósfera.

El Coliseo era de forma ovalada, y su circunferencia media mil seiscientos pies, y su altura ciento cincuenta y siete.

En el *podium* estaban los lugares destinados

para el emperador y su corte, para las vestales y para los individuos del Senado.

Aquellos lugares de preferencia se adornaban con gusto y esplendidez.

A la derecha del *podium* se veían las jaulas de las fieras, y frente á frente de ellas una reja de grandes proporciones, la cual, hundiéndose hasta quedar al nivel del suelo, daba salida á los infelices condenados á las luchas.

Frente al palco del emperador se abrían tres puertas:

La del centro daba entrada á los atletas, á los luchadores de á pié y de á caballo.

Otra de las puertas se llamaba *Sana vivaria*, y por ella salían los *púgiles* victoriosos y todos aquellos que lograban quedar con vida en las terribles y feroces luchas.

La tercera puerta, la *de la muerte*, conducía directamente al *spoliarum*, subterráneo espantoso donde se amontonaban los despedazados cuerpos de los hombres y de las fieras.

Seria necesario un abultado volúmen para referir una pequeña parte nada más de los espectáculos bárbaros que tenían lugar todos los años en el Coliseo.

Sus arenas, sobre las cuales se eleva hoy una cruz bendita, fueron regadas una y mil veces con sangre humana.

Jesucristo con sus santas doctrinas, con su religion civilizadora, destruyó el culto de los falsos dioses.

Al caer de sus altares aquellas divinidades de mármol y de bronce, dejó de correr la sangre de los mártires y de los esclavos en el inmenso Coliseo. Despobladas sus gradas, vacías las robustas jaulas de las fieras, éstas ya no hacen retemblar con sus rugidos hasta las entrañas mismas del coloso de piedra. Tampoco resuenan en sus sombrías cárceles los desgarradores lamentos de las víctimas. Todo el orgullo toda la temible pompa de los emperadores, que hacian temblar al mundo con su poder, ha quedado reducida á esas admirables ruinas que parecen desafiar aún la destructora mano del tiempo.

El emperador se presentó á la vista de su pueblo, que lo esperaba con impaciencia en el Coliseo,

cuando ya los senadores y las vestales ocupaban sus asientos.

Vestia un soberbio traje de gusto oriental, y bello como Apolo se sonrió dulcemente al escuchar las aclamaciones del pueblo, que le saludaba llamándole emperador *feliz*, el *pacificador del universo*, el padre de la patria y el invencible.

Después de pasear una rápida mirada por la multitud, sus ojos se posaron en el palco de las vírgenes de Vesta.

Entre las mantenedoras del fuego sagrado había una que era un prodigio de hermosura.

Su edad no llegaba aún á los diez y ocho años, y descendía de una antigua y noble familia. Se llamaba Cornelia Máxima. Su padre, anciano venerable y opulento, había sido edil curul.

Los expresivos ojos de Cornelia abrasaban á Heliogábalo con sus dulces miradas.

La jóven era pura como el fuego que ardía constantemente en el ara de la diosa á quien estaba consagrada; pero algo más poderoso que ella el amor, se había apoderado de su corazón al ver al poderoso señor de Roma.

¡Era tan bello!...

Heliogábalo también se sintió conmovido ad-

mirando los tesoros de gracia y de belleza que resaltaban en el rostro de la vestal; pero su alma impura estaba muy lejos de experimentar un amor casto y tierno, como el que su presencia había hecho nacer en el alma de la virgen.

El dios vendado había cautivado dos corazones; uno de ellos, el de Cornelia Máxima, era puro como llevamos dicho; en el de Heliogábalo se agitaban con furor todas las malas pasiones que combaten á la humanidad.

Cuando terminó el espectáculo bárbaro que formaba las delicias del pueblo romano, el emperador y la vestal se miraron por la centésima vez.

Cornelia se ruborizó, y Heliogábalo exclamó en voz baja:

—¡Será mía!...

CAPITULO IV.

Un milano entre palomas.

Transcurrieron algunos días.

Heliogábalo no se había olvidado de Cornelia Máxima.

Una noche, un pesado carro de los llamados *basternas*, paró á la puerta del templo de Vesta.

El templo, según Horacio, estaba situado á orillas del Tíber, cerca de un lugar frondoso.

Un hombre se apeó del carro.

Aquel hombre era Heliogábalo.

Dió algunos pasos y fué á llamar á la puerta del colegio de las sagradas vírgenes, que se comunicaba con el templo por medio de una especie de galería cubierta.

Llamó, dijo su nombre, y la puerta, cerrada para todos los hombres excepto para el jefe de los pontífices, se abrió de par en par para él.

Opia Sextimia, la primera de las sacerdotisas, le salió al encuentro.

—¿Qué buscas aquí, señor? le preguntó con voz trémula, cual si presagiase algún infausto acontecimiento.

—Busco á Cornelia Máxima, respondió el emperador, para hacer de ella mi esposa.

—¡Oh! ¡no es posible que eso pretendas! Sin duda he oído mal.

—Nó, por vida mia.

He dicho que vengo á llevarme á Cornelia para dividir con ella mi trono.

Los hijos que de nuestra union resulten serán de origen divino (1), como hijos de un gran sacerdote del sol y de una vestal.

Opia Sextimia se aterró al escuchar estas palabras, dichas con suave acento, pero con una firmeza que le hacia comprender que el emperador no desistiría de su propósito.

Sin embargo, intentó persuadirle de que era un

(1) Histórico.

crimen su intento, y juntando las manos con ademán suplicante, le dijo:

—Piensa ¡oh señor! que lo que pretendes va á causar el asombro y la general consternacion.

Cuando tus súbditos sepan que has arrebatado á la diosa Vesta una de sus sacerdotisas, cubrirán de fúnebres crespones los dioses pátrios, y sobre Roma pesará una nube de dolor y de oprobio.

No te ofendas por lo que voy á decirte, pues mis palabras solo tienden á evitar males gravísimos. Tú, gran príncipe, no conoces todavía al pueblo romano. Ese pueblo venera á sus sacerdotisas; para ese pueblo no existe nada tan sagrado como las vírgenes que encierran estos muros.

Pocos ejemplos hay de que las vestales hayan faltado á la castidad, á los terribles juramentos hechos ante el ara santa.

Para la que ha faltado se abrió siempre una horrible tumba fuera de la puerta Colina.

Tú no desearás, emperador augusto, que la infeliz Cornelia Máxima tenga un fin desastroso.

—¡Y quién se atreveria, gritó Heliogabalo con acente vibrante, y en el cual se notaba por primera vez un desmedido orgullo, quién se atreveria á astigar á la que yo amo?...

— ¡Ay de aquel que lo intentase!

Pero, ahorremos palabras: por Cornelia he venido, y de aquí no saldré sin ella; ó me la das de buen grado, ó mis bravos soldados la conducirán á mi palacio.

— ¡Profanacion! exclamó Opia Sextimia, cubriéndose los ojos con las manos. ¡Ser allanado el sacro colegio!

— Lo será si tú das lugar á ello.

— Pues bien, señor; voy á entregarte á Cornelia, á esa desventura niña, en cuya fatal belleza has puesto tus ojos. ¡Pero teme á la indignacion de los dioses justicieros! ¡teme á sus iras!...

Heliogábalo se sonrió con impiedad.

— ¡Mañana, prosiguió la primera de las vestales con acento de amenaza, sabrán los habitantes de Roma que el encargado de hacer cumplir sus leyes es el primero en quebrantarlas; que aquel á quien el Senado da el nombre de padre de la patria ha manchado la pureza de una vestal!...

Hizo el emperador un gesto de impaciencia, y dió un paso hácia Opia Sextimia como queriendo probarle que no toleraria sus palabras injuriosas.

Opia Sextimia entonces fué en busca de Cornelia, la cual se presentó á Heliogábalo con la

frente cubierta de adorable rubor é inclinada la vista al suelo.

A pesar de esto se adivinaba fácilmente que no le pesaba cambiar el severo templo por la opulenta mansión de los emperadores.

—Y bien, Cornelia, sacerdotisa consagrada á la gran diosa (le preguntó Opia Sextimia, que sin duda esperaba ver cubiertos de lágrimas los bellos ojos de la vestal) ¿no unirás tus ruegos á los míos para alcanzar que el noble emperador que rige los destinos de Roma se compadezca de tu tierna juventud?

—Yo, respondió Cornelia con voz trémula y dulce, acataré siempre la voluntad del gran Basiano, augusto y glorioso, que es el representante de Jove en la tierra.

Heliogáballo, cuyos ojos centelleaban de impureza, despues de contemplar á la jóven fijamente, exclamó:

—¡Yo premiaré tu sumision, hechicera doncella, con imperecedero cariño!

Mañana se unirán nuestros destinos ante el altar del padre de los hombres y de los dioses, y cambiarás tu velo de vestal por el manto de la emperatriz.

Sígueme.

Dicho esto echó á andar, y Cornelia siguió sus pasos sin la menor vacilacion.

Doloroso gemido partió de los lábios de Opia Sextimia, y la gran sacerdotisa se dejó caer en tierra, derramando un mar de lágrimas.

Sus sollozos, sus degarradores lamentos, atrajeron al lado suyo á las demás vírgenes de Vesta.

—¡Corramos, corramos todas, gritó Opia Sextimia levantándose enfurecida, á apagar con nuestro llanto de dolor el fuego que arde en la immaculada pira!

¡El templo ha sido profanado, y solo debe haber en ella fria ceniza!

Rasgad vuestras blancas vestiduras, sacerdotisas de Vesta; alzad despues al cielo los ojos cuando, ya de llorar cansados, no haya en ellos más que relámpagos de indignacion; alzadlos pidiendo justicia á los dioses, contra la iniquidad del impío que acaba de arrebatarnos á Cornelia Máxima. *El milano* ha venido á devorar á las palomas.

Las vestales prorumpieron en dolorosas exclamaciones.

—¡Despues de apagar el sagrado fuego (prosi-

guió Opia Sextimia, que cual furiosa pitonisa tenia el pecho agitado y desencajados los ojos) preparemos los negros paños que han de cubrir mañana los altares y los muros del templo!

Si el pueblo romano conserva todavía un resto de su antiguo y noble orgullo, ya sabrá lo que ha de hacer cuando vea esas señales de luto y de desolacion.

Despues de pronunciar estas palabras, la gran sacerdotisa desgarró sus vestidos, se mesó los cabellos, y á la manera que las furiosas bacantes atravesaban las calles de la ciudad aullando frenéticas, echó á correr por los aposentos del colegio dando gritos terribles.

Las demás vestales la siguieron, gritando tambien y haciendo pedazos sus velos.

Grío Opia Bestimia, que cual furiosa piteonisa tenía
 el pecho agitado y desmenuzados los ojos) prepare-
 mos los negros paños que han de cubrir mañana
 los altares y las muras del templo!

Si el pueblo romano conserva todavía un resto
 de su antiguo y doble orgullo, ya habrá lo que ha
 de hacer cuando vea esas señales de luto y de
 desolación.

Después de pronunciar estas palabras, la gran
 sacerdotisa desgaró sus vestidos, se mesó los ca-
 bellos, y á la manera que las furiosas bacantes
 atraviesaban las calles de la ciudad saltando ris-
 néicas, echó á correr por los aposentos del coliseo
 dando gritos terribles.

Las hembras vestidas la siguieron, gritando lam-
 biendo y haciendo pedazos sus velos.

CAPÍTULO V.

Las vestales.—Un casamiento sacrilego.

Mucho antes de que Rómulo y Remo fundasen á Roma, ya existía la institucion de las vestales.

Llamadas á la ciudad eterna por Numa Pompilio, se establecieron en ella, siendo por sus austeras virtudes el orgullo de los romanos, pueblo el más corrompido de la tierra. Quizá por esta misma circunstancia apreciaban tanto á aquellas castas vírgenes.

Cuando se presentaban en público, el pueblo les cedia el paso respetuosamente, y si encontraban en su camino á algun criminal en el momento de ser conducido al suplicio, tenian la facultad de perdonarle la vida.

Mantenidas espléndidamente á costa del Estado, de todo podían disfrutar; hasta de los espectáculos públicos, excepto de los dulces lazos del matrimonio.

¡Ay de la que faltaba á la castidad jurada...!

Su delito era castigado con pena de muerte, pero con una muerte horrorosa.

Llevaban á la delincuente al campo de Marte. En él ya estaba abierta su tumba, que era un estrecho agujero, en el cual la descolgaban por medio de cuerdas. Despues una pesada losa de piedra se interponia entre la desdichada y la luz y el aire respirable, y ya pueden figurarse nuestros lectores la muerte espantosa que sufriria en el fondo del negro agujero.

Para acrecentar su martirio, el horror de aquella infernal sepultura, antes de cubrir su entrada con la losa sepulcral vaciaban sobre la víctima dos ó más sacos de sanguijuelas.

Comida en vida (digámoslo así) por los sanguinarios animales, agonizando de hambre, de sed y de desesperacion, su vida se prolongaba lo bastante para poder maldecir una y mil veces el nombre del legislador cruel que castigaba una falta con tan bárbaro martirio.

Muchos siglos contaba ya de existencia la institucion de las vestales, y en todo aquel tiempo solo diez y siete sacerdotisas habian sido castigadas con la muerte.

Sus nombres estaban escritos en mármol negro en las paredes del templo, y sus esqueletos yacian en los horribles pozos del campo de Marte.

Grande era la severidad de los romanos, que tan crecido número de faltas tenian que echarse en cara, respecto á aquellas infelices.

No lo eran ménos con el osado amante que las habia hecho faltar á sus sagrados juramentos.

No lo enterraban vivo, pero lo apaleaban públicamente hasta que exhalaba el último suspiro.

Su nombre, además, quedaba deshonorado.

Dice el abate Nadal en su *Historia de las vestales*, que el honr del paganismo estaba depositado en manos de aquellas vírgenes.

Grande fué la consternacion de Roma cuando se supo el sacrilegio cometido por Heliogáballo.

Los sacerdotes cubrieron con negros velos las

deidades, los ciudadanos cerraron las puertas de sus casas, dentro de las que se escuchaban gemidos de dolor.

Debemos advertir que la superstición romana creía que, al apagarse el fuego de Vesta, iban á caer sobre ellos males sin cuento.

Y el fuego estaba apagado, y las vestales llevaban en sus cabezas fúnebres coronas de ciprés.

Sereno Heliogábalo ante aquellas demostraciones de luto y amargo dolor, se presentó en el templo acompañado de Cornelia Máxima, y se casó con ella públicamente ante el altar de Júpiter.

Excepto sus más íntimos cortesanos, ningún romano asistió á la ceremonia.

La ciudad parecía estar desierta, abandonada por sus moradores.

Cornelia se habia enamorado ciegamente de su robador, y sentada con él en un banco, sobre el cual se extendia el vellon de carnero que acababa de ser sacrificado, estaba más hermosa que nunca.

Un velo de color de fuego se extendia sobre su cabeza y la del sacrilego emperador.

El *flamin* ó sacerdote de Júpiter, que por adulación ó por temor se atrevia á unir á ambos, co-

locó en el dedo índice de su mano derecha el anillo de los *exponsales*.

Después, cuando con voz trémula le preguntó si deseaba ser madre de familia, pregunta que se hacía á las romanas en el momento de celebrar el matrimonio llamado *conferreatio* (1), respondió sin vacilar y con acento muy seguro:

—Sí lo deseo.

—Madre serás, añadió el flamin, si la gran diosa Juno te quiere favorecer con sus bondades.

Tanto tú como el emperador excelso, que ya es tu esposo, habeis llegado voluntariamente al pie del ara.

Os debéis recíproca tolerancia, recíproco amor, y solo así tendreis propicios á los dioses.

Sed por lo tanto buenos esposos y padres, cuando el cielo os conceda la dicha de veros reproducidos.

Id en paz.

Dicho esto, añadió en voz baja:

—Y que el poderoso Jove y el pueblo me perdonen el matrimonio sacrílego que acabo de autorizar.

(1) Por consagracion.

Terminada la ceremonia, Heliogábalo salió del templo, llevando de la mano á su esposa.

Subieron ambos á la carroza que les estaba esperando, y antes de volver al palacio imperial recorrieron las principales calles de la ciudad.

Aquellas calles permanecían desiertas.

¡Ni un solo pórtico estaba adornado, ni un solo ciudadano salía á la puerta de su casa á cubrir de flores el camino del ex-gran sacerdote del Sol, y de la ex-sacerdotisa de Vesta!

—¿Qué sucede hoy en Roma? preguntó Heliogábalo á uno de los caballeros que formaban parte de su comitiva.

¿Por qué los bulliciosos habitantes de esta buena ciudad tienen cerradas las puertas de sus casas?

El caballero tartamudeó algunas palabras que nadie pudo comprender é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Vamos, contesta, insistió Heliogábalo con acento imperioso.

—¡Señor! respondió entonces el cortesano. ¡Creo que los habitantes de Roma llevan muy á mal tu casamiento!

—¿Por qué?

— ¡Porque la emperatriz gloriosa y excelsa ha sido vestal!

Demasiado sabia Heliogábalo que el pueblo estaba indignado al ver que hollaba sus leyes y sus creencias religiosas; pero quería aparentar que ignoraba el motivo por qué Roma entera ofrecía aquella mañana un aspecto tal de tristeza.

Al escuchar la respuesta del cortesano lanzó una sonora carcajada que hizo extraño contraste con el lúgubre silencio que reinaba en la capital del mundo, y después que se hubo extinguido su intempestiva hilaridad, replicó:

— La diosa Vesta, si es que existe en los cielos, no dejará de aprobar mi unión con la más bella de sus sacerdotisas.

El *Sol*, que es el único Dios y Señor del universo entero, y que en este momento nos alumbra con sus rayos espléndidos y vivificadores, sonríe de gozo y brilla con más fulgor que nunca al ver mi felicidad.

Ya he dicho, y vuelvo á repetirlo en este momento, que los hijos que resulten de mi unión tendrán algo de divino, algo de grande, que elevará á Roma á una altura que jamás ha tenido, y que será el asombro de las generaciones futuras.

—¡Señor!... exclamó el cortesano.

—Calla, replicó Heliogábalo, con acento de amenaza.

Y luego añadió con un desprecio que no procuraba disimular:

—Los romanos sois todavía más ignorantes, más estúpidos que esa infinidad de desdichados que existen en el imperio y que se llaman *nazarenos*.

Ellos al ménos no adoran más que á un solo Dios, en tanto que vosotros teneis infinitos; un Dios para cada dia del año, ¿no es así?...

Estas palabras, que no tardó en saber toda Roma, produjeron un sordo murmullo entre los individuos que componian la comitiva del impío emperador.

CAPITULO VI.

Un corazón dolorido. — Roma dormida entre las nieblas.

Aun cuando los romanos estaban muy acostumbrados á sublevarse contra sus emperadores, el crimen de Heliogábalo quedó por entonces sin castigo.

El mismo día de su matrimonio el fuego sagrado volvió á arder en la pira de la diosa Vesta, y desaparecieron todas las señales de luto y de dolor que habia dado Roma.

El pueblo rey, el pueblo que habia dominado al mundo, estaba ya muy degenerado, y hacia algun tiempo que habia sonado la hora de su decadencia.

La abundancia, el lujo, y los vicios de todos

géneros habian acabado por agotar el vigor y la energía de aquel pueblo, tan sobrio y virtuoso en otro tiempo.

Algunos meses despues la desdichada Cornelia Máxima, acompañada de uno de los libertos de Heliogábalo, salia del palacio imperial.

Salia acongojada y sus ojos estaban preñados de lágrimas.

Por fortuna suya la noche cubria, con su velo protector, aquellas muestras de amargura.

Mas ¿por qué sufría?...

Sufría, queridos lectores, porque el voluble é infame emperador la rechazaba de su lado, á pretexto de que no habia tenido de ella sucesion.

—*¿Cómo habia de tener hijos aquel miserable* (exclama indignado un historiador de su tiempo) *si no era hombre?...*

Cornelia amaba con locura á su corruptor.

La belleza de éste le habia cautivado el corazón, y no podia arrancar de él su imágen.

Necesario es confesar que el amor de la ex-sa-

cerdotisa era más bien de los sentidos que del alma; un amor impuro, ardiente, pero que no por eso dejaba de haber echado hondas raíces en su pecho.

Más de una vez, después de la sacrilega boda, le había jurado Heliogábalo que el amor que hacía ella sentía duraría tanto como durase su vida.

Pero aquel amor tan ponderado, fuego fátuo muerto casi al nacer, se había extinguido muy pronto.

Bien conocía Cornelia que iba perdiendo terreno, digámoslo así, que á los arrebatos de la pasión empezaba á reemplazar una glacial indiferencia, pero sufría y callaba, abrigando una esperanza: la de volver á reinar de nuevo en el corazón del hombre por quien había abandonado contenta el colegio de las vestales.

Llegó un día en que también perdió aquella esperanza: Heliogábalo había dispuesto que volviese al templo.

Por eso había lágrimas en sus ojos.

Antes de llegar al colegio aquellas lágrimas corrieron en abundancia, y sus sollozos conmovieron al liberto que la acompañaba.

Daciano, que así se llamaba el liberto, le dijo:

—¡No llores, señora! ¡Tus lágrimas me parten el corazón!

¡Oh! el hombre que te aleja de su lado es implacable como el destino, ¡duro como el mármol!

La enamorada joven tartamudeó algunas palabras que Daciano no pudo comprender.

—¡Mucho temo que la gran sacerdotisa se niegue á recibirte!

Después de haber salido de su poder para ser esposa del emperador, las puertas del templo de Vesta se han cerrado para tí. Pero no temas, señora; no por eso carecerás de pan y de albergue.

Si entre tus antiguas compañeras no encuentras acogida, yo, que hace poco era un pobre siervo, pero que ahora soy liberto gracias á los inmortales, te daré asiento á mi mesa y lecho en mi pacífico hogar.

—¡Premie Jove tu buen corazón! exclamó Cornelia enternecida. No haré uso de tu noble oferta, aun cuando no por eso dejarás de inspirarme un vivo agradecimiento. Si la gran sacerdotisa se niega á recibirme, iré á ocultar mi dolor en casa de Rufo Hostilio, mi padre!... Creo que hallaré siempre en ella cariñosa y benévola acogida.

Suspiró tristemente la joven después de pro-

nunciar estas palabras, y tanto ella como el que la acompañaba guardaron silencio.

Las calles que iban atravesando, á pesar de que eran de las más céntricas de Roma, estaban en aquel momento sombrías y casi desiertas.

La capital del mundo, tan luego como cerraba la noche, quedaba entregada á los malhechores y á las gentes de vida alegre y disoluta.

Unos y otros vagaban de calle en calle, de popina en popina (1), en busca de oro los primeros, y de aventuras los segundos.

Los ediles con todo su poder, y á pesar de que disponían de numerosos guardias y aparitores y de que rondaban por todos los cuarteles de la ciudad hasta una hora muy avanzada de la noche, no podían evitar que diariamente y en gran número se cometiesen crímenes y atropellos en las torcidas y lóbregas calles de la población.

Decimos lóbregas, porque únicamente la luna las alumbraba. Cuando el astro de la noche no aparecía en el cielo, permanecían oscuras como boca de lobo.

A la hora marcada en los reglamentos edilita-

(1) Tabernas.

rios, es decir, poco despues del oscurecer, las tiendas de los mercaderes, joyeros y perfumistas se cerraban.

Poco despues se cerraban tambien las casas de los particulares, y como es consiguiente dejaban de brillar en los pórticos los faroles de talco y de pintadas telas.

Solo en algunas calles, especialmente en las que pertenecian al populoso é inmundo barrio de la Saburana, se veian lucir aquí y allá algunas luces mortecinas.

Aquellas luces indicaban una taberna ó una mancebia.

La antigua Lutecia (1) tuvo durante la Edad Media un barrio poblado de rameras, ladrones y asesinos, que se llamaba *La corte de los milagros*.

En aquel barrio no se atrevian á aventurarse los arqueros del prebostazgo, porque era un pozo insondable en el cual desaparecian despues de ser asesinados. Del mismo modo los ediles de Roma experimentaban por el barrio de la *Saburana* cierto respetuoso temor que se parecia mucho á un miedo culpable.

(1) París.

Y en aquel barrio de mala fama encontraban seguro asilo los esclavos fugitivos, los ladrones perseguidos, y todos aquellos que tenían que temer algo de la justicia.

En los dinteles del barrio de la Saburana, ó de la *Suburra*, pues también con este otro nombre era conocido, se detenían los ediles, ó cuando más paseaban por él con gran aparato de fuerza, haciendo, como suele decirse, la vista gorda.

Antes de llegar al colegio de las vestales, Daciano observó que algunos hombres iban siguiendo sus pasos...

Lo mismo podían ser malhechores, que patrios amigos de correr agradables aventuras.

Iba acompañando á una mujer joven, y la juventud y la belleza de Cornelia no podían ocultarse completamente, á pesar de la oscuridad y de la *palla* ó manto que cubría el rostro de su compañera.

No manifestó sus temores á Cornelia, la cual,

abismada en sus amargos pensamientos, no habia notado aún que la seguian.

Por fin dieron vista al templo y colegio de las vestales.

El edificio, ó mejor dicho los dos edificios, destacaban sus sombrías masas de piedra, medio ocultas entre la espesa niebla que habia empezado á elevarse de entre las aguas del Tiber, que corría silenciosamente á poca distancia de aquel sitio.

Encapotado el cielo, no aparecia en él ni una sola estrella que reflejase sus rayos en las amarillentas aguas del Tiber; en las aguas de ese *rio fantasma*, que corre impetuosamente, pero sin producir ruido alguno, hácia el mar Tirreno.

Del bosque sagrado de las vestales tampoco partia ninguno de esos soñolientos y agradables murmullos, que produce la brisa en la enramada.

Dormian los vientos, dormia tambien la refrigerante brisa que refresca las calurosas noches del estío en Roma, y sobre la gran ciudad iba estendiéndose lentamente el pesado manto de nieblas, producido por las insalubres aguas del rio.

Aquellas nieblas apagaban todos los rumores, todos los ecos de la populosa poblacion, la cual

parecía más bien que una ciudad dormida, una ciudad muerta.

Solo se escuchaban los dulces y melancólicos trinos de una curruca, que desde la cornisa del templo de Vesta confiaba á los genios de la noche las quejumbrosas notas de su canto.

placem una cum his qui deinde adhibentur
 curiam suam.

Sed etiam in his diebus, quibus
 deus deus curiam, post deinde la curiam
 curiam de deus curiam in his diebus de la deus
 deus curiam in his diebus.

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

deus curiam in his diebus
 deus curiam in his diebus in his diebus

CAPÍTULO VII.

La desesperacion y la ternura de un padre.

—Ya hemos llegado, dijo Daciano, deteniéndose ante el colegio de las vestales.

Cornelia Máxima exhaló un doloroso suspiro, y fué á llamar á la puerta del colegio.

—Por si necesitas aún de mis servicios, le dijo el liberto, aquí te espero.

Dicho esto empezó á pasearse lentamente por delante del edificio, cuya pesada y vetusta arquitectura recordaba al severo Numa Pompilio, en cuya época se habia fabricado.

La puerta del colegio se entreabrió; Cornelia dijo quién era, manifestando al propio tiempo que deseaba hablar á la gran sacerdotisa, y le fran-

quearon la entrada; despues, la maziza puerta volvió á cerrarse á sus espaldas.

—¡Oh! ¡no la admitirán! murmuró Daciano.

¡El corazon me anuncia que esa pobre jóven recibirá un nuevo y amargo desengaño, y que para ella no habrá compasion entre las vírgenes de la gran diosa!

¡Tampoco la hallará en su padre, el orgulloso y adusto Rufo Hostilio, patricio el más severo de Roma!

Y bien: poco importa.

Le he prometido un asilo en mi hogar, y cumpliré mi palabra.

Si las vestales y su padre se niegan á darle acogida, formará parte de mi familia.

Però, ¿y los hombres que nos seguian? añadió deteniéndose, y dirigiendo una inquieta mirada hácia la vía *Augusta*, calle que desembocaba á pocos pasos de él. Sin duda se habrán cansado de espiar nuestros pasos, y dirigieron estos hácia otra parte.

Más vale así, porque no tiene nada de agradable un encuentro nocturno con los jóvenes patricios ó con los ladrones de Roma. ¡Los dioses me libren de unos y de otros!

Despues de pronunciar estas palabras con-

tinuó su paseo, decidido á esperar á Cornelia.

Presumia y con razon que aquella infeliz, victima de los libidinosos caprichos del emperador, seria rechazada por la gran sacerdotisa.

Pero si no se equivocaba en esto, no sucedia lo mismo respecto á los hombres que habian ido siguiéndole hasta allí.

Aquellos hombres se habian parado á corta distancia, protegidos ó más bien ocultos por la bruma, y departian en voz baja.

Eran cinco.

Uno de ellos parecia tener gran autoridad sobre los demás, y su rostro surcado de arrugas, hijas de los años, y el aspecto digno y honrado que emanaba de su persona, hacian presumir que no era ningun rondador nocturno, ni mucho menos un facineroso.

Si nos acercamos á ellos, podremos escuchar fácilmente su conversacion.

—¡Señor! decia uno de los cinco, hablando con el anciano. ¡Modera algun tanto el pesar que te abrumba! ¡Yo te lo ruego!

—¿Y cómo quieres que dé treguas á mi pena? replicó el hombre de aspecto venerable.

¡La afliccion que llena mi alma es de esas

para las cuales no hay consuelo ni esperanzas!

¡Triste, deshonrado, veo llegar el fin de mis cansados días, sabiendo que mi nombre ha de quedar cubierto de infamia!

Poco importa que mi vida haya sido intachable, que por ninguna de mis acciones haya tenido que ruborizarme nunca, si al cabo un hado funesto, ó más bien dicho un infame, manchó mis canas, á las cuales el senador Servio Polibio llamó en tiempo más dichoso honra y orgullo del pueblo romano.

Desde que tuvo lugar el fatal suceso, causa única de mi pesar, he roto las estatuas de mis antepasados, apagué las lámparas que ardian ante mis penates (1), y ni una sola vez durante el día me presenté en las calles de Roma.

El hombre que está deshonrado, el hombre que no puede alzar su frente con dignidad y orgullo, debe permanecer oculto entre las sombras, y salir únicamente de ellas en el momento en que abandonan sus agujeros las cornejas y los buhos.

¡Por eso yo no salgo más que de noche; por eso yo no me atrevo á presentarme en parte alguna,

(1) Dioses domésticos.

temiendo que me señalen con el dedo, que fijen en mi rostro, cubierto con las nubes de la tristeza y de la deshonra, miradas investigadoras!

¡Bien haya la noche, bien haya la niebla que me oculta á la curiosidad de Roma!...

Calló el anciano despues de pronunciar estas palabras, y los que con él se hallaban no se atrevieron sin duda á dirigirle la palabra, temerosos de incurrir en su desagrado.

Al cabo de algunos instantes, aquel hombre que proferia tan amargas quejas, continuó de este modo:

—¡Muerto ya para el mundo, no he podido sofocar dentro de mi pecho la paternal ternura que siento hácia esa desdichada!

¡Mi imaginacion me la recuerda incesantemente, niña, bella y pura como la misma diosa que se venera en ese templo!

Como no me es posible olvidarla, hé ahí la razon por qué rondaba durante la noche por las inmediaciones de la morada del mónstruo que me robó la honra.

Por una parte el cariño, y por otra un justo deseo de vengarme de ese mónstruo, me obligaban á vagar en torno del palacio imperial.

¿Cuál era mi plan? ¿qué iba á buscar allí?...

Nada: fiaba únicamente en la casualidad respecto á mi venganza, y además un secreto presentimiento me decia que volveria á ver á la hija de mis entrañas.

¡Oh! no me engañaba ese presentimiento!

He vuelto á verla, la he conocido á pesar del manto que la cubria, y la seguí.

Ahora bien: ¿qué ha venido á hacer mi hija al colegio de las vestales?

—Sin duda alguna, respondió el hombre que ya habia dirigido ántes la palabra al anciano, habrá venido á ver á sus antiguas compañeras.

La prueba de ello es que el hombre que la acompañaba ha quedado esperándola...

Hélo allí, que ahora se para frente al vestíbulo.

—Bien puede ser.

—¿Me permites que te dé un consejo, mi amado señor?

—Habla, Flaviano.

—Pues bien: soy de parecer que tan luego como salga tu hija y señora mia, nos arrojemos sobre ella, y que á nuestra vez se la robemos al perverso emperador que gobierna á Roma.

Después nos iremos lejos de esta ciudad, y los dioses nos darán días más bonancibles.

El anciano, ó sea el padre de Cornelia Máxima, pues él y no otro era el hombre de noble aspecto, inclinó la cabeza sobre el pecho y se puso á reflexionar.

No sabemos si el consejo de Flaviano hubiera merecido ó no su aprobacion.

En el momento en que sus labios se entrea-brian para dar salida á las palabras, la puerta del colegio se abrió de nuevo, dando salida al resplandor de las luces que lo alumbraban interiormente.

Aquel resplandor disipó algun tanto las tinieblas.

Cornelia Máxima, con la vista inclinada al suelo, y bañadas en llanto las mejillas, empezó á descender con lentitud por la escalinata del antiguo edificio.

Daciano le salió al encuentro, corriendo á sostenerla con tierna solicitud.

—¡Pobre jóven! exclamó con acento apesarado, en tanto que del pecho de Cornelia partia un desgarrador sollozo.

Al mismo tiempo Opia Sextimia, la gran sa-

cerdotisa de la diosa Vesta, se presentó en el atrio del colegio.

La seguían algunas vestales y dos esclavos con antorchas.

Opia Sextimia se paró, y las vestales y las esclavas se agruparon á sus espaldas.

Después de contemplar con cruel sonrisa el grupo que formaban Cornelia y el liberto, Cornelia desfallecida de dolor y Daciano sosteniéndola, como ya hemos dicho, tendió hácia ellos los brazos y gritó con voz colérica:

—¡Vestal impura! ¡Has dado tu pureza á cambio del placer y de una engañosa diadema de emperatriz!

¡Poco duró tu reinado!

¡El que te colmaba de agasajos ayer, hoy te rechaza con desprecio!

Has sido para él un juguete, el entretenimiento de su intemperancia.

Cansado de tí, esclava impura de sus caprichos, te envía al templo santo que has abandonado sin pesar; ¿qué digo sin pesar? al templo que has abandonado con la sonrisa del gozo en los labios.

Aún recuerdo con indignación la alegría que brillaba entonces en tus ojos.

¡Y pretendias, desdichada, que volviese á admitirte entre las castas doncellas que están á mi cuidado?...

¡Corre, corre á otra parte con tu vergüenza y tu oprobio!

Has sido el escándalo de Roma, y la patria y los dioses te alejan de sí.

—¡Oh! ¡cuánto sufro! exclamó Cornelia.

Opia Sextimia prosiguió:

—Solo los lupaneros inmundos te abrirán sus puertas.

Ningun romano honrado se acercará á tí, y con el tiempo serás la sierva de las más despreciables *circultrices*.

Tu padre te maldecirá si no te ha maldecido ya...

—¡Mientes, mujer! gritó el anciano patricio, ó llamémosle Rufo Hostilio, puesto que tal era su nombre, saliendo impetuosamente de entre las sombras y adelantando hácia el colegio.

—¿Quién eres? preguntó la gran sacerdotisa llena de asombro.

—¡Soy el padre de Cornelia, respondió el anciano; soy el que ha dado el ser á esa desventurada, y no la maldeciré jamás, porque es sangre de mi

sangre, hueso de mis huesos, y... por que mi corazón es todo ternura para ella!

—¡Padre amado! exclamó la desgraciada joven desprendiéndose de los brazos del compasivo Daciano, y corriendo á arrojarse en los del viejo patricio.

Rufo Hostilio la estrechó contra su corazón, y la gran sacerdotisa, despues de encogerse de hombros desdeñosamente, volvió á entrar en el colegio.

Con Opia Sextimia desaparecieron tambien las demás vestales y las dos esclavas de las antorchas, y las negras sombras de la noche volvieron á extenderse por aquellos contornos.

Sonó un sordo ruido, lúgubre como el trueno lejano.

Era la puerta del colegio que se cerraba, retumbando en las concavidades del vasto edificio.

A aquel ruido sucedió un prolongado silencio, interrumpido tan sólo por los tristes sollozos de Cornelia, corazón dolorido, alma desgarrada por un fiero desengaño de amor.

CAPITULO VIII.

Desenlace trágico.

—¡Hija querida! dijo Rufo Hostilio conmovido, posando sus labios en la blanca y abatida frente de Cornelia.

¡Podrás haber sido culpable, pero te perdono!

¡Si alguna mancha habia en tu frente, esta queda purificada con el beso que acabas de recibir en ella!

Ven... nos desterraremos voluntariamente de Roma, y tu hermano, mi otro hijo amado, que hoy se halla en el ejército de la Aquitania, se reunirá con nosotros en el lugar que elijamos para nuestra residencia.

Aún podemos ser dichosos.

Cornelia Máxima movió de un lado á otro la cabeza, y se sonrió amargamente á través de las lágrimas que corrían á lo largo de su rostro.

El anciano no vió aquella sonrisa, pero vió, sí, el movimiento de cabeza que habia hecho la jóven.

—Animo, hija mia, añadió. Te he dicho ya que te perdono, y jamás te echaré en cara la desgracia de que has sido víctima.

¡No ha sido culpa tuya, nó, esa desgracia; porque tú eres buena y digna descendiente de los antiguos sabinos, nuestros valerosos y nobles antepasados; lo mismo que sus mujeres, te has visto arrebatada. El degradado príncipe que hoy ocupa el solio romano, cometió contigo un rapto inicuo! El, y únicamente él, es causa de que nuestro nombre esté deshonorado.

¡Castíguenlo los dioses y dennos á tí y á mí, pobre hija mia, el consuelo que necesitamos!

—¡Padre! replicó Cornelia con acento tristísimo.

¡Sería doblemente culpable si te dejase en el grave error en que estás!

—¿Qué dices?

—Digo que... Basiano, que el emperador, me sacó del templo sin violencia.

Seguile voluntariamente, con el corazon latiendo de amor y regocijo.

La gran sacerdotisa no ha mentido al decir que mis ojos chispeaban de alegría en aquel momento.

Le amaba ya, le amaba desde la vez primera que habia fijado en él mis ojos.

¡Y aún le amo...!

—¡Desdichada!

—¡Sí, le amo con tal delirio que no vacilaria en dar por él toda la sangre de mis venas, la poca ó mucha vida que me reste!

¿Para qué quiero yo la vida sin mi adorado Basiano...?

Rufo Hostilio, escuchaba, lleno á la vez de asombro, de ira y de dolor, las palabras de la enamorada jóven.

Esta no reflexionaba, porque la pesadumbre habia llegado á turbar algun tanto su razon, que su padre estaba escuchándola y que sus palabras debian ser otras tantas puñaladas, que iban á herir el alma lastimada del anciano.

No reflexionaba, repetimos, y en la desolacion de su espíritu no habia un solo rayo de luz, un resto de esperanza para lo futuro.

La habia perdonado su padre, es verdad, pero en aquel perdon no iba envuelta la tranquilidad de su pecho, combatido por una de esas desordenadas pasiones, que son el mayor martirio que puede destrozarse al pobre corazon humano.

Recordaba, y al recordarlos sentia una horrible amargura, los momentos pasados cerca de Helio-gábalo. Su amargura no podia extinguirse, porque tan dulces momentos se habian acabado para ella.

«Nada hay más triste, como dijo muy bien el poeta, que recordar durante la desgracia las horas del bien perdido.»

Cornelia no podia olvidar aquellas horas, que para su amor habian tenido la duracion de un instante.

Alma apasionada y vehemente, sentia dentro de su corazon todo el fuego que habia abrasado á Saffo, y tambien algo de la llama voraz en que habian ardido Aspasia y Cleopatra.

Además, sus amores con Helio-gábalo, en el cual parecia estar vinculado todo lo impuro y monstruoso, habian despertado del todo su pasion, y ¡ay! esta pasion no era ya tan pura como habia sido en un principio.

¡Desgraciada! repitió el anciano con mal reprimida cólera. ¡Para colmo de infortunio, me faltaba únicamente oír las palabras que acabas de pronunciar!

¿Qué diría tu hermano si te oyese...?

¡Pobre Aurelio!

¡El cree, como yo también creía, que la desgracia que ha caído sobre nuestra casa era hija de la violencia y no de tu consentimiento!

¡Tenía destrozado el corazón, pero ahora soy más infeliz todavía que hace algunos momentos...!

—¡Mátame, padre mío! exclamó Cornelia con desgarrador acento, arrodillándose á los piés del patricio.

El largo cabello de la jóven se había desprendido y caía hácia su espalda.

Arrodillada, con las manos juntas en actitud suplicante, y con una expresion de profundo dolor marcada en su expresivo y bello rostro, parecia una de esas admirables estátuas que se ven en algunos sepulcros de la antigüedad.

Daciano y los siervos de Rufo Hostilio no se atrevían á pronunciar palabra, ni á hacer exclamacion alguna.

Todos preveían un funesto desenlace; todos es-

taban temiendo que el anciano olvidase que era padre de la desventurada que tenia á sus plantas, y que en un momento de desesperacion descargase sobre ella todo el peso de su furor y de su amargura.

No eran infundados sus temores.

Rufo Hostilio, loco de pesar y de cólera, sacó del cordon de seda y oro que ceñia su túnica un largo y afilado cuchillo (1), y alzándolo sobre el pecho de su hija, exclamó con voz ronca:

—¡Dices bien! ¡tú debes morir...!

Flaviano y los esclavos lanzaron un grito de espanto.

Cornelia Máxima, con los ojos extraordinariamente abiertos y fijos en su padre, esperaba con afan el golpe que debia poner término á sus pesares.

Pero el anciano no se atrevió á descargar aquel golpe.

Pasado el primer momento de furor arrojó lejos de sí el cuchillo, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó sordamente:

(1) Los romanos, especialmente de noche, solian llevar oculto bajo el manto un cuchillo de afilada punta.

—¡Horror! ¿Qué es lo que iba á hacer?

—¡Dame la muerte, padre! insistió aún la jóven.
¡La merezco y la deseo!

—¡Nó, no puedo!

—¡Pues bien, yo sabré dármela! añadió la desgraciada levantándose y echando á correr hácia el caudaloso rio que, conforme hemos dicho ya, pasaba á corta distancia del aquel sitio.

Era tan veloz su paso, que, á pesar de que Rufo Hostilio y todas las demás personas que presenciaban aquella violenta y terrible escena echaron á correr tambien en pos de la jóven, no pudieron evitar que ésta, ciega por la desesperacion, se arrojase al Tiber.

Rufo Hostilio hubiera seguido tambien el mismo camino; pero el fiel Flaviano, que no perdía de vista á su señor, lo agarró fuertemente por un brazo en el momento mismo en que iba tambien á precipitarse.

—¡Mi hija! ¡mi adorada hija! gritó el viejo patrio alzando la vista al cielo, cual si quisiera pedirle cuenta de aquella desgracia.

Desgracia era en efecto, y desgracia irreparable. El Tiber, en su rápido curso hácia el mar, pocas veces devuelve su presa.

Para el suicida que se arroja á aquel rio histórico, mudo testigo de tan trágicos acontecimientos, de tantos sucesos fatales, ya no hay salvacion posible.

Las amarillentas ondas lo envuelven rápidamente y lo arrastran luego hácia el mar, marchando vertiginosas é implacables, sin que las detenga ningun obstáculo.

Esto lo sabía muy bien Rufo Hostilio. Sabía que acababa de perder á su hija, y que ni aún le sería fácil encontrar el cadáver de aquella infeliz para que descansasen sus cenizas en el panteon de su familia, situado en la via Appia.

El desgraciado padre, no pudiendo soportar el esceso de su dolor, perdió el conocimiento.

Flaviano lo recibió en sus brazos.

—¡Oh, desdichado amo mio! exclamó aquel sirvo leal con profunda amargura.

El liberto de Heliogábalos, con el pecho oprimido por amargo pesar, se alejó de los esclavos de Rufo Hostilio murmurando estas palabras:

—Empiezo á creer que el emperador, á quien la turba cortesana apellida grande é invicto, no es más que un miserable esclavo de sus torpes pasiones.

¿Cómo ha de ser *invicto* el hombre que no sabe vencerse á sí mismo, y que dá lugar á sucesos tan horrosos como el que acabo de presenciar?

CAPÍTULO IX.

Prodigalidades y género de vida que hacia el hijo de Soaemis.

Al día siguiente se hizo público en Roma el desastroso fin de Cornelia Máxima.

Los fanáticos dijeron que era un castigo de los dioses; las almas compasivas lloraron sinceramente á la desventurada jóven, y la adusta y rígida sacerdotisa de Vesta mandó adornar con guirnaldas de flores el altar de la diosa.

Heliogábalo tambien supo el fatal suceso, y fro-tándose las manos satisfecho, dijo con la afeminada voz que le distinguia:

—Casi estoy por alegrarme de la muerte de Cornelia.

La *emperatriz* no me habia dado hijos, y por

eso la rechazé. Opia Sextimia obró también cuerda-mente negándose á admitirla en el colegio, pues mi arrebatada *esposa*, si aún viviera, no tardaría en consolarse de haberme perdido.

Hizo bien; la mujer que compartió mi lecho, no debía desposarse ya más que con un dios.

Por eso Cornelia Máxima se arrojó al Tíber, para correr en busca de Neptuno.

La deidad de las aguas está de enhorabuena.

—

Tales fueron las palabras que pronunció el monstruo, á guisa de oración fúnebre, por la mujer que había sido su esposa, por aquella á quien había corrompido.

No se extrañen de ello nuestros lectores.

Aquel infame, según afirma un antiguo historiador (1), era la deshonra de Roma, el tirano más vil que había conocido el pueblo.

Patrocinando los vicios más abominables, haciendo pública ostentacion de ellos, era el asombro

(1) Lampridio.

y el horror de las gentes honradas, que maldecían el día de su llegada á la capital del mundo.

Gloton en demasía, ha legado su nombre á la posteridad, y hoy se le llama *Helioyábaló* á todo aquel que se entrega al repugnante vicio de la gula.

El tesoro imperial no bastaba á cubrir sus dispendiosas necesidades.

Alimentaba á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, sesos de faisanes y de torcos, huevos de perdiz y cabezas de papagayo.

Sus caballos comían, en pesebres chapeados de oro y plata, uvas de Apemenes; costosas y esquisitas uvas, de las cuales había siempre gran escasez.

Aficionado en extremo á las fieras, sin duda por lo mucho que á él se asemejaban, daba de comer á sus leones tórtolas y faisanes vivos.

El, por su parte, tenía por principal alimento carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro y perlas reducidas á polvo, habas guisadas con pedazos de ámbar y lentejas cocidas con piedras de una sustancia alterada por el rayo.

En sus festines, que duraban tres y más días,

se servían anguilas y lampreas, en cuyos viveros arrojaban diariamente cierto número de esclavos vivos.

También hacía verter con frecuencia en sus viveros algunas *amphoras* (1) de leche.

Siguiendo sus antiguas costumbres adquiridas en Siria, se bañaba en lagos y albercas rociadas con bálsamos esquisitos, y entonces hacía que vaciasen sobre él enormes jarras de esencia de nardo.

Trabajo costaría creer las monstruosidades de Heliogábalo si no las viéramos confirmadas en la historia.

Dice ésta que, exceptuando á la infortunada vestal, jamás conoció dos veces á una misma mujer, ni usó más que una vez el mismo vestido.

Es necesario tener en cuenta que sus vestidos, lo mismo que su calzado, estaban bordados de piedras preciosas.

Se creía un dios, un dios superior al sol, á quien rendía culto, y no encontraba nada digno de él, nada que pudiese satisfacerle.

«¡Decía que era Hércules, exclama Lampridio

(1) Cada *amphora* contenía sesenta arrobas de líquido.

con indignación en la historia de aquel degradado emperador, y apenas podía sostener la rueda de Onfalia (1). Gritaba á cada momento: ¡Yo soy Apolo tanto en sabiduría como en belleza; y era el sér más ignorante, y su rostro, hermoso en otro tiempo, se hallaba cubierto de granulaciones y de manchas debidas á los excesos de todos géneros.»

Efectivamente, la hermosura de Heliogábalo habia desaparecido en poco tiempo.

Dos años despues de su llegada á Roma, no era ya el mancebo de sonrosadas mejillas y de cabellos de oro.

Encurvado como un anciano débil y achacoso, sus mejillas habian perdido los frescos colores de la juventud, y sus cabellos se habian enrarecido de tal suerte que apenas podía cubrir con ellos, echándolos hácia delante su arrugada y calva frente.

—«¡Hay calvas honrosas, decia Alejandro Se-

(1) Reina de Lidia y amante de Hércules.

Los monumentos antiguos representan á Onfalia armada con la maza de Hércules y dando un puntapié al héroe, (que está hilando entre las doncellas de su amada.

vero (1) contemplando con desprecio la calva de emperador, pero tambien las hay despreciables!»

Era Heliogábalo delicado y enfermizo por naturaleza, y desde que se habia entregado á los vicios, su salud declinaba de una manera notable.

Los descontentos de su reinado, que eran los más, pensaban con satisfaccion que no podria resistir durante mucho tiempo la crapulosa vida que llevaba.

Todo parecia confirmar semejante pensamiento.

Despues de una borrascosa bacanal, orgía, ó más bien dicho *comessation* (2), el impuro emperador tenia que meterse en el lecho, en el cual permanecia dias y dias rodeado de sus *archiatriis* (3).

Entónces tenia miedo á la muerte, que ya ha-

(1) Aurelio Alejandro Severo, emperador que sucedió á Heliogábalo en el trono.

(2) Comilona.

(3) Médicos.

bia tocado su frente con su helada mano, y prometía ser sóbrio como un habitante de Esparta y casto como uno de los filósofos que despreciaban á la mujer y á los placeres.

Pero al abandonar el lecho volvía á encenagarse con más ardor que nunca en sus desórdenes, cual si se apresurase á gozar de la vida, sabiendo que había de morir en edad temprana.

Rodeado de patricios serviles y aduladores, de libertos enriquecidos por sus prodigalidades y de rameras despreciables, dedicaba sus horas á la bacanal, en tanto que el imperio se empobrecía y que los asuntos públicos estaban entregados en manos de ambiciosos é ineptos favoritos.

El pueblo murmuraba, murmuraban también las cohortes; pero como no estaba llena aún la medida de sus crímenes y desórdenes, el infame emperador continuaba ocupando el mismo sólio que había ocupado el gran Trajano.

Para colmo de indignidad, aquel torpe emperador, aquella escoria humana, abrió su palacio á las meretrices más viles de Roma (1).

Desde las *preciosas ó entretenidas*, como diría-

(1) Histórico.

mos en nuestros días, hasta las más miserables *cuestuarias* (1), todas tenían entrada franca en el suntuoso palacio de los Césares, en la antigua *Casa Dorada*, convertida en lupanar por el hijo de Soaemis.

Esta aplaudía con regocijo aquellos delirios del libertinaje, y en tanto que Heliogábalo presidía las orgías, ella presidía también una especie de Senado de mujeres, que los romanos llamaban *Senadillo*, y en el cual se discutía la forma que habían de tener los vestidos, el peinado, los adornos, etc., etc.

El pueblo romano, el pueblo de los conquistadores, de los artistas y de los héroes, no se determinaba entre tanto á romper el freno que sostenía con débil mano el más vil y perverso de todos sus emperadores.

Aún no había llegado, repetimos, el momento en que aquel pueblo, en el colmo de la indignación, despertase de su apatía derribando del trono al hombre que lo deshonraba.

(1) Mujeres que hacían tráfico de su cuerpo por un precio vil.

En tiempo de Trajano se hizo un empadronamiento de las *cuestuarias* que había en Roma, y resultaron nada menos que veinte y dos mil.

Cuando sonase aquel momento, los romanos, avergonzándose al fin de haber depositado sus destinos en manos de un imbécil tirano, habian de pulverizar á éste dándole el fiero castigo de que era merecedor.

Los datos relativos a los momentos los consideramos en el presente como si fueran depositados en una sola mano, en un momento dado, de modo que el número de los momentos sea el mismo que el número de los momentos.

Los datos relativos a los momentos los consideramos en el presente como si fueran depositados en una sola mano, en un momento dado, de modo que el número de los momentos sea el mismo que el número de los momentos.

Los datos relativos a los momentos los consideramos en el presente como si fueran depositados en una sola mano, en un momento dado, de modo que el número de los momentos sea el mismo que el número de los momentos.

Los datos relativos a los momentos los consideramos en el presente como si fueran depositados en una sola mano, en un momento dado, de modo que el número de los momentos sea el mismo que el número de los momentos.

CAPITULO X.

El salon de Paros.—Patricios y rameras , guerreros y senadores.

Todas las mujeres de mal vivir que habia en Roma, podian jactarse de haber asistido á las bacanales del emperador.

Concurrían á él con sus mitras, con sus blondas pelucas rubias y con sus túnicas verdes, especie de librea de la prostitucion, y cuando salían *del lupanar imperial* salían soñolientas y cansadas, pero satisfechas al mismo tiempo de las prodigalidades del anfitrión.

Nos permitirán nuestros lectores que les hagamos asistir á una de las comidas de aquel emperador, prometiendo por nuestra parte que ocultaremos todo lo posible las descripciones con el velo del pudor.

En un inmenso salon de la *Casa Dorada*, salon sostenido por columnas de mármol de Paros, se agitaba una inmensa multitud la noche del dia 4 de Marzo del año 204 de nuestra era, es decir, dos años menos tres meses despues de la proclamacion de Heliogábalo.

Aquel dia habia celebrado Roma las *Matronales*, fiestas serias, digámoslo así, en memoria de la mediacion que en otro tiempo habian prestado las mujeres para que terminase la guerra entre los romanos y los sabinos de Tacio.

La fiesta habia sido más bien una funcion religiosa en accion de gracias á los dioses, y la sangre de cien bueyes y de otros tantos carneros habia corrido frente al altar de Jove.

Heliogábalo quiso tambien celebrar las *Matronales* á su manera, y al efecto dió las órdenes convenientes para que sus esclavos preparasen el salon más grande de palacio, el cual se llamaba *salon de Paros*, porque, excepto las ensambladuras, todo él estaba formado por ricos mármoles sacados de las canteras de la pátria de Fidias y de Praxíteles.

Bello, sorprendente era aquel salon.

Sobre sus inmensas columnas formadas de una

sola pieza, se veían grupos de cariátides que sostenían la techumbre.

Entre columna y columna había pedestales, y sobre ellos estatuas, también de mármol blanco, alzadas á artistas célebres, á gladiadores, célebres igualmente por su valor, y á héroes griegos de los que habían figurado en el asedio de Troya.

Frente á cada pedestal ardían antorchas perfumadas, que esparcían por el salón una luz muy viva.

Las estatuas tenían coronas de laurel y de mirto, y algunas aparentaban sostener con sus manos de piedra festones de flores y frutas naturales.

Grandes mesas cubiertas con blancos paños de lino, estaban dispuestas para los convidados.

Sobre ellas había ánforas de plata, llenas de vino de Chipre, de Márico y de Falerno, licores sumamente apreciados entonces; anchas copas también de plata y vasos etruscos; enormes jarrones sobrecargados con las primeras flores primaverales que producía la estación; fuentes de metal sostenidas por sátiros y ninfas, en las que estaban confundidas sabrosas manzanas de la Aquitania; sandías dulces como la miel, traídas de Iberia; doradas naranjas arrancadas de los árboles que sombreaban

las márgenes del *Bætis* (1), y sazonados *duraznos* de aterciopelada piel.

En una palabra: las mesas presentaban un aspecto apetitoso y agradable á los ojos de los gastrónomos que daban vueltas en torno de ellas, gruñendo como perros hambrientos y enumerando los platos que aquella noche habian de salir de las cocinas de palacio.

Entre aquellos platos, segun habia asegurado Livio Floro, uno de los libertos más allegados á Heliogábalo, habian de figurar dos terneras rellenas de ánades y becadas, sesenta carneros con salsa de *asafétida* (2), y multitud de anguilas y lampreas de monstruoso tamaño.

La fiesta iba á ser una verdadera *comessation*, una *comessation*, como las que solia dar el emperador á sus amigos y á las rameras de Roma, á quienes iban á escoger sus libertos en las mancebías de la Saburana y en los sucios *mechinales* de las calles contiguas al puente Milvio.

(1) Guadalquivir.

(2) Resina originaria de Persia.

Su olor es en extremo fétido, y su sabor amargo y muy acre. Los romanos sazonaban con *asafétida* algunos manjares, costumbre que aún se sigue en Oriente.

Extraño y variado era el cuadro que presentaba el gran *salon de Paros*.

Veíanse aquella noche, amigablemente confundidos en él, nobles patricios, libertos y meretrices.

Tambien, y esto prueba el grado de degradacion á que habian llegado los romanos, figuraban entre aquella gente alegre y bullanguera algunos senadores de encanecidos cabellos. Los miserables sabian perfectamente que nada complacia tanto á Heliogábalo como su asistencia á aquellas cenas sibaríticas.

Y por complacerle, por adularle, deshonoraban sin escrúpulo alguno sus togas y sus canas.

Se deshonoraban asimismo codeándose con las sacerdotisas del meretricio, un *legati* (1) que acababa de llegar á Roma procedente del ejército de la España citerior, y cinco ó seis centuriones jóvenes, pertenecientes á las tropas que guarnecian á la capital.

Ufanas las rameras por verse entre todos aquellos personajes, ellas, que en los espectáculos pú-

(1) Cada general romano tenia un segundo ó teniente general, que se conocia con el nombre de *legati*.

blicos no se habian acercado jamás á los *catorce bancos* de los caballeros, se pavoneaban orgullosas encomiando al emperador que reunia en aquel salon todo lo que habia á la vez de más encumbrado y despreciable en el imperio.

Se habian adornado las prostitutas con sus mejores galas, y algunas parecian antiguas reinas de Egipto. Piedras preciosas brillaban en sus mitras y diademas; pendian de sus orejas enormes aros de oro, y sus dedos y sus brazos estaban adornados con ricos anillos y pulseras.

Las más provocativas, *las menos vestidas*, digámoslo así, eran las griegas.

Sus túnicas eran de gasa, *aire tejido*, como dice un poeta de aquel tiempo, y sus más ocultas perfecciones se transparentaban, estaban expuestas á las miradas de los concurrentes.

En tanto que algunas (quizá por vengarse de las matronas cuyos trajes no podian usar) vestian largas túnicas y *pallas* orladas de púrpura, otras hacian alarde de una desnudez parecida á la de Friné, cuando fué presentada á sus jueces por el orador Hypéride.

Todos empezaban á impacientarse por la tardanza del emperador.

Este no inspiraba ya respeto alguno, y murmuraban de él en alta voz y dentro de su propio palacio.

—Estará cubriendo su calva, decían las meretrices, con una peluca salpicada de polvos de oro. Si quiere, puede escoger una entre las nuestras, la que mejor le acomode.

—Si Basiano tarda, añadian los hombres, consistirá en que nos prepara alguna agradable sorpresa, alguna de sus locuras.

Y tanto las mujeres como los hombres prorumpían en grandes carcajadas, y salpicaban sus conversaciones con chistes que podían tomarse como otras tantas ofensas al indigno sucesor de los Césares.

De pronto se restableció el silencio.

La gran puerta del salón que comunicaba con los aposentos de Heliogábalo se abrió de par en par. Un hombre vestido como el dios Mercurio, el gran mensajero de los dioses, apareció en ella.

—¡El emperador! gritó aquel hombre con voz robusta. ¡Paso al emperador augusto!

Todas las conversaciones, todos los murmullos cesaron en aquel momento.

CAPITULO XI.

El lupanar imperial.

Patricios y rameras, guerreros y senadores, se colocaron en dos filas para dejar paso al emperador.

Este se presentó muellemente apoyado en el hombro de un hombre de aventajada estatura, rostro cetrino y ásperos cabellos.

Aquel hombre, del cual hablaremos más adelante, se llamaba Joroclo.

Vestia Heliogábalo una ancha túnica de vivos colores, y sus dedos estaban sobrecargados de anillos.

Ceñidas las sienes con una fresca y hermosa corona de rosas, este adorno hacia resaltar más y

más la demacración de su rostro, un tiempo de expresión candorosa y bella como el de una virgen, y entonces repugnante y marchito.

Habia impreso en él su inmundo sello el vicio; en él habían dejado impresa su huella las más torpes pasiones.

Seguían al emperador multitud de jovencillos, especie de pajes, de luengos cabellos y delisadez, y algunos de los patricios y libertos más allegados á su persona.

El hijo de Soaemis pasó saludando á derecha é izquierda y sonriendo con amabilidad á las personas que conocía, y más de una ramera, al clavar en él sus miradas provocativas, le obligó á hacer un gesto de aprobación, en tanto que de sus labios salían estas ó parecidas exclamaciones:

— ¡Hermosa mujer! ¡admirable hembra! ¡arrogante y magnífica matrona de la corte de Venus *Lubencia*...!

Sentóse aquel ente ridículo y repugnante en un ancho sillón con piés de grifo, cuyo respaldo

era una concha de oro pulimentado, y Joroelo ocupó otro asiento al lado suyo.

En seguida el hombre que vestía como Mercurio, después de reclamar el silencio con un gesto que no carecía de majestad, dijo:

—Nobles senadores y patricios; valeroso *legati*; esforzados centuriones, libertos y amables adoradoras de la buena diosa, sabed:

—El glorioso, el pio, el feliz y el magnánimo Basiano, emperador augusto aquí presente, ha dispuesto que nadie salga de este salón, bajo pretexto alguno, hasta tanto que la luz del radiante Febo venga á alumbrar á la tierra.

Asimismo, y como amante que es de los gloriosos y santos recuerdos de la patria, desea que se celebren hoy aquí las *Matronales* con la más cordial alegría.

Después del festín se hará *la rifa* de costumbre, en la cual figurarán objetos de gran precio.

—¡Viva el emperador augusto! gritaron los hombres con ese entusiasmo del momento, que más bien es hijo de un sentimiento interesado que nacido del alma.

—¡Viva nuestro protector! añadieron las meretrices.

—¡A las mesas todo el mundo! exclamó Heliogábalos, esforzando la voz todo cuanto le fué posible.

Hubo algunos momentos de desorden.

Hombres y mujeres, atropellándose unos á otros, se abalanzaron á las mesas.

Todos querían coger el mejor sitio, todos deseaban hallarse lo más cerca posible del emperador.

Cuando aquella inquieta multitud de parásitos y de rameras estuvo colocada, una nube de esclavos invadió el salón.

Los siervos apenas podían sostener los enormes platos de preciosos metales, en los que humeaban los manjares más apetitosos y delicados que entonces se conocían.

Antes de terminar el primer plato, una descolgada meretriz, cuyo nombre era Nonia, se hizo servir un cáliz de vino de Falerno, y levantándose de su asiento, dijo con voz clara y perceptible:

—A la salud del padre de la patria, padre augusto y misericordioso y amparo de los *suburbios* (1) de Roma, vacío este cáliz.

(1) Arrabal ó aldea cercana á la ciudad, ó dentro de su jurisdicción.

En tiempo de los romanos, la palabra *suburbio* se hacía extensiva á los lupanares.

Pocos dejaron de contestar á este brindis, y Heliogábalo, despojando su cabeza de la corona que llevaba puesta, se la arrojó á Nonia.

Hizo la meretriz un gesto de desden al tiempo de coger la corona, y dijo en voz baja:

—¡Vaya un presente!

—¿Qué dices? preguntó Heliogábalo con cariñoso acento.

—Digo, señor, respondió Nonia, que por mucho que aprecie la corona que has llevado puesta, más hubiera apreciado uno de los anillos que brillan en tus dedos ó el collar que ciñe tu garganta.

—Tienes razon, por vida mia...

—¿Cómo te llamas?

—Nonia, gran emperador, me llamo Nonia, y soy hija de Bitilio, mercader de *Hierosolyma* (1).

—¿Eres nazarena?

—Libreme de serlo el omnipotente Jove.

—Pues bien, hermosa Nonia; añadió el emperador sacando del cuello el collar de oro que llevaba puesto, y de uno de sus dedos un precioso anillo, en donde brillaba un grueso rubí de Oriente. Toma las alhajas que ambicionas, y adórnate

(1) Jerusalem.

con ellas todas las veces que elijas nuevo amante.

Lanzó la ramera un grito de alegría, y corrió ansiosa á arrojarse á los piés de Heliogábalo.

Este ciñó á su garganta el collar, y puso el anillo en uno de sus dedos.

Nonia volvió á sentarse á la mesa, seguida por las ambiciosas miradas de sus compañeras.

Después del primer plato, los esclavos presentaron á los convidados coronas de verbena.

Continuó el festin, y según la costumbre de la época, hubo en los intermedios danzas ejecutadas por bailarinas, de aquellas á quien San Agustín llamaba *guardadoras de la lujuria asiática*, y escenas mímicas que desempeñaron histriones del teatro de Pompeyo.

Entretanto el vino corría en gran abundancia y se hacían libaciones á la salud del emperador, á la de su madre Soaemis y á la del pueblo romano.

Empezó á reinar el desorden y el tumulto de la embriaguez.

Heliogábalo se había animado con el vino, y sus megillas estaban coloreadas y chispeantes sus ojos. Se quejó de que hacía mucho calor, y dos de sus mancebos empezaron á refrescar el aire en torno suyo.

El salon de Paros ofrecia aquí y allá cuadros lúbricos y tumultuosos.

Aquí disputaban dos meretrices, lo mismo que si estuvieran en una de las infames celdas que acostumbraban á habitar; en otra parte, dos patricios, ébrios de vino y de concupiscencia, besaban á porfia á una misma mujer; el *legati* decia á gritos que venceria á todos los enemigos del imperio si ponian á sus órdenes un ejército de beneméritas *prostibulas*, como las que el emperador habia reunido aquella noche en su palacio. Uno de los senadores, sintiendo remordimientos quizá por verse en aquel sitio, queria rechazar bruscamente á una jóven meretriz que se habia sentado en sus rodillas.

Heliogábalo observó la repugnancia que manifestaba, y le dijo:

—Me extraña mucho, Vitelio (el senador se llamaba Vitelio), que acojas de un modo tan poco amable á una linda muchacha.

Vamos, sé complaciente con ella, ó juro por el Sol que te mando arrojar vivo á las lampreas y anguilas que hoy me trajeron del rio *Iberus*.

Vitelio no ignoraba que cuando el emperador estaba ébrio, era cruel, horriblemente cruel, y se apresuró á sonreír á la mozuela y quiso besarla en la megilla.

Peró entonces la meretriz lo rechazó á su vez, y se alejó de su lado llamándole viejo sátiro.

Heliogábalo aplaudió estrepitosamente, diciendo que nunca se habia divertido tanto como entonces, y dispuso que el senador le diese á la muchacha la bolsa que llevaba al cinto.

En una palabra: *el lupanar imperial* empezaba á estar en carácter.

El señor de aquella morada y del imperio más grande del mundo parecia el génio del desórden, dirigiendo, si es que dirigirse puede, una desenfadada orgía.

Aún no habia llegado sin embargo el momento más culminante, más borrascoso, de aquella fiesta de beodos.

Hasta entonces habia aún algo de comedimiento, un rastro de pudor, que habia de desaparecer

al cabo cuando la embriaguez llegase á tocar los límites de la locura.

No nos cansaremos de repetir que lo que vamos refiriendo es histórico.

Si así no fuera, no nos hubiéramos atrevido jamás á estamparlo en este libro.

de este modo se han ido formando los grupos de trabajo, los límites de la actividad, los temas de estudio, los recursos, los métodos, los procedimientos, etc. etc. etc.

El grupo de trabajo se forma en un momento determinado de la vida del curso, cuando se plantea un problema que requiere la colaboración de varios alumnos.

El grupo de trabajo se forma en un momento determinado de la vida del curso, cuando se plantea un problema que requiere la colaboración de varios alumnos.

El grupo de trabajo se forma en un momento determinado de la vida del curso, cuando se plantea un problema que requiere la colaboración de varios alumnos.

El grupo de trabajo se forma en un momento determinado de la vida del curso, cuando se plantea un problema que requiere la colaboración de varios alumnos.

El grupo de trabajo se forma en un momento determinado de la vida del curso, cuando se plantea un problema que requiere la colaboración de varios alumnos.

El grupo de trabajo se forma en un momento determinado de la vida del curso, cuando se plantea un problema que requiere la colaboración de varios alumnos.

CAPÍTULO XII.

La rifa imperial. — El senador desnudo.

El mismo hombre que habia anunciado al emperador, dijo por mandato de éste que habia sonado ya la hora de *la rifa*.

Sus palabras fueron acogidas con murmullos de aprobacion y con gritos de alegría.

Tres esclavos trajeron otros tantos canastillos de mimbres. Uno de ellos contenia tarjetas de marfil pintadas de color de rosa; cada tarjeta estaba marcada con su número.

En otro de los canastillos habia tambien tarjetas blancas marcadas igualmente, y por último, en el tercero figuraban unos pedazos de pergamino finísimo, en cada uno de los cuales habia dos ó más renglones escritos en latin.

Antes de proseguir, creemos necesario hacer presente que las palabras que están subrayadas en este capítulo y en el que le sigue no son de nuestra invencion. Figuran en una de las obras de Lampridio, que ya hemos citado.

—

La rifa ó lotería de Heliogábalo era una extravagancia inventada por aquel loco impuro.

Las tarjetas de color de rosa, fueron distribuidas entre las mujeres.

El emperador se frotaba las manos alegremente, diciendo con frecuencia:

—Cuánto voy á divertirme esta noche: los *premios* y los *castigos* son ingeniosísimos.

Por indicacion suya fué llamado Vitelio, el mismo á quien pocos momentos antes habia amenazado con el vivero de lampreas.

Levantóse el senador, y sacó el número siete, el cual leyó en alta voz.

—Yo tambien tengo el número siete, dijo una meretriz vivaracha y hermosa, que llevaba una gran mitra bordada de seda y oro, y dos zarcillos

enormes que rozaban ligeramente sus desnudos hombros.

La meretriz apoyó con familiaridad ambas manos en el hombro del senador, y en el rostro de éste se dibujó una forzada sonrisa. No se atrevía á hacer demostracion alguna de desagrado por que Heliogábalo no apartaba sus ojos de él.

Una especie de maestro de ceremonias cogió uno de los pergaminos, y despues de haberlo leído se dirigió á Vitelio en estos términos:

—Noble y sabio Vitelio, aquí leo: *Portate como un hombre delante del emperador*, y á tí se refieren estas palabras.

—¿Quédebo hacer? preguntó el anciano con voz angustiada.

—Portarte como un hombre: ¿no has oido? gritó Heliogábalo revolviéndose en su asiento.

Frio sudor inundó la frente de Vitelio.

El mísero hubiera deseado que la tierra se abriese á sus plantas y que lo tragase.

—Ya que eres tan torpe, prosiguió el emperador, voy á indicarte lo que tienes que hacer.

A tu lado está una bellísima jóven, sonriente y alegre como una alborada de Mayo.

Abrázala, une tus labios á los suyos, y declara

despues en alta voz que estás pronto á consagrarte á su amor.

— Eso será portarte como un hombre.

— ¡Señor! exclamó Vitelio con tono suplicante. ¡Te ruego que no eches en olvido mis años!... ¡Soy viejo!

— ¡Y para qué has venido entónces? gritó Helio-gábalo enfurecido. A ver, añadió despues de algunos momentos de pausa; despójate de tu manto, de tu túnica y de las ropas interiores que llevas puestas, y disponte á ejecutar la danza de las *Atelanas* en compañía de tu amable compañera.

Vitelio palideció y alzando los ojos al cielo con profunda desesperacion, dijo á media voz estas palabras:

— Justos dioses! ¡Bien merecido tengo tal capricho!...

Las *Atelanas* eran una especie de piezas dramáticas, representadas por primera vez én Atela, ciudad de la Campania.

Representadas despues en Roma con general aplauso, los habitantes de la imperial ciudad deliraban por ellas.

En las *Atelanas* habia coros y baile desenfrenado y lúbrico, al lado del cual el *can-can*, el *tan-*

go y la impúdica danza de las bailarinas de Oriente hubieran parecido inocentes y honestas.

Hizo Heliogábalo un gesto de impaciencia al ver que Vitelio no se apresuraba á cumplir sus mandatos, y el miserable senador empezó á desnudarse.

La mujer que le habia cabido en suerte reia desvergonzadamente, como muchas de sus compañeras. Pero los hombres estaban muy lejos de participar de semejante hilaridad, porque temian que les llegase su turno y con él un suplicio parecido al de Vitelio.

Cuando éste estuvo completamente desnudo, un tañador de cítara tocó en el armonioso instrumento uno de los más conocidos aires de las *Atelanas*, y la compañera de Vitelio se puso en posicion de baile.

—Empezad, ordenó el emperador.

La deshonesta danza empezó inmediatamente.

Bailaba la ramera con desenvoltura y con alegría extremada, exagerando las actitudes, haciendo gestos y formando las delicias del emperador, que la aplaudia á cada instante.

Pero Vitelio, con la desesperacion pintada en el

rostro, encendido éste de cólera y de vergüenza, apenas marcaba el compás con sus piés.

—¡Mañana sabrá toda Roma, pensaba mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, y clavándose las uñas en las palmas de las manos, que Vitelio el senador bailó desnudo frente á frente de una despreciable mujerzuela de cuatro esquinas, y en presencia de los libertinos de la corte!

¡Vergüenza y degradacion!...

¡Mal haya, amen, el infame emperador, y mal haya tambien yo por no haber sabido soportar cualquier género de muerte, aun la más horrible, antes que obedecerle!...

Cuando terminó la danza, el anciano tenia en sus ojos ardientes lágrimas de rabia.

Esta parecia ahogarle, y en el momento en que el emperador estaba felicitándole por lo bien que segun él habia bailado, perdió el sentido y cayó pesadamente en tierra.

—Llavaos á ese hombre, dijo Heliogábalo con displicencia, y continúe la rifa.

Desde hoy, Vitelio se llamará *el senador desnudo*.

Llamósele así efectivamente, y el viejo murió de pesadumbre, viéndose objeto de la burla y del general desprecio.

CAPITULO XIII.

**Continuacion del anterior.—El colmo del desorden.—
¡Mueran las antorchas!—Febo y las Horas.—Lluvia
de oro.**

Dos siervos de palacio sacaron del salon al desmayado anciano y la rifa continuó.

Designado para sacar suerte un patricio cuyo nombre era Marcio, le tocó el número catorce.

La mujer que tenia el mismo número se colocó al lado suyo, y el maestro de ceremonias leyó en uno de los pergaminos estas palabras:

—El agraciado, que trague tres moscas cazadas por su compañera.

Hizo Marcio un gesto de asco, y la meretriz empezó á buscar los insectos.

Como no los habia en el salon, se le ordenó al

patricio que desocupara uno tras otro hasta tres cálices de vino, sin tomar aliento.

Era Marcio un intrépido bebedor, y á pesar de las innumerables libaciones que habia hecho durante la cena, cumplió concienzudamente el mandato, sin pestañear siquiera.

Despues, y tambien por designacion de Helio-gábalo, le llegó su turno al *legati*.

Este, más afortunado que sus predecesores, oyó con inmenso gozo que habia sido agraciado por la suerte con *veinte mil sextercios*.

—Esta noche misma, le dijo el emperador, te entregará mi tesorero esa suma.

Cómprate con ella un caballo, porque el que montabas la última vez que formaron las tropas en el campo de Marte más bien que caballo parecia un jumento.

—Así lo haré, señor, afirmó el *legati* humildemente.

—
Seria preciso que pudiéramos disponer de mucho más espacio para enumerar uno por uno todos

los premios y castigos con que fueron agraciados ó sufrieron dura mortificación, los demás concurrentes á aquella fiesta éstravagante.

Diremos tan solo que un centurion recibió *cin-cuenta palos*, aplicados por mano de un esclavo; que un patricio llamado Aurelio, que el año anterior habia sido pretor *peregrinus* (1), tuvo que *rebuznar diez veces* en medio de las descompuestas carcajadas de los circunstantes; que otro senador casi tan viejo como Vitelio, se vió obligado á *dejarse pellizcar* por todas las mujeres que habia aquella noche en el salon de Paros, y que Joroelo tuvo un magnífico regalo, una casa de recreo del emperador, que se hallaba situada á corta distancia de la puerta Esquilina.

Terminada la rifa, cuando las primeras luces del alba empezaban á hacer palidecer los resplandores de las antorchas, los esclavos sirvieron á los fatigados circunstantes vino caliente con miel.

Tan entonante bebida reanimó hasta á los más soñolientos, y la alegría entonces fué estrepitosa y frenética.

(1) El pretor *peregrinus* sentenciaba los pleitos y causas de los extranjeros.

Las furiosas bacantes, cuando ébrias y desgredadas recorrían las calles de la ciudad haciendo huir despavoridos á todos aquellos que encontraban en su camino; los fanáticos *lupercos* que, látigo y cuchillo en mano, azotaban con el primero á las mujeres y amenazaban á los hombres con el segundo, se hubieran avergonzado quizá al ver el aspecto de frenético desorden que presentaba el salón, tan luego como el vino caliente empezó á producir sus naturales efectos.

El pavimento, cubierto de hermosos mosaicos, estaba sembrado de coronas marchitas; los blancos paños que cubrían las mesas habían perdido su primitivo color, y se hallaban totalmente manchados de vino. Los cálices de plata habían pasado á poder de las rameras, que como en país conquistado se habían apoderado de ellos. Destrozadas las ricas cortinas de púrpura, destrozados también los muebles y derribadas algunas mesas, el bello salón de Paros parecía haber sido entrado á saco por un ejército vencedor y ansioso de botín.

Heliogábalo, satisfecho de tan vergonzoso espectáculo, agitaba los brazos, pronunciaba palabras incoherentes, y gritaba de cuando en cuando :

—Despierta, Joroclo; despierta y toma parte en esta inolvidable fiesta.

Pero Joroclo, el primero de sus favoritos, no se hallaba en estado de oír estas palabras.

Embriagado completamente, roncaba, echado de bruces, sobre la mesa imperial.

El patricio Marcio, sabiendo que en ello complacería á Heliogábalo, cogió un resto de antorcha y despues de pisotearlo, exclamó con voz estentórea:

—¡Muera la luz! ¡vivan las tinieblas!

Otros siguieron su ejemplo, y un instante despues no ardia luz alguna en el salon.

Sin embargo, éste no quedó completamente á oscuras.

Por las elevadas claraboyas abiertas en la techumbre, y á través de las láminas de talco, penetraba una luz ténue y misteriosa, que revelaba la presencia del sol.

—¡El sol!... ¡Febo!... ¡Mi amado dios!... exclamó Heliogábalo alzando la cabeza y extendiendo los brazos hácia el techo.

Luego, cambiando su acento de adoracion por un profundo desprecio hácia el astro del dia, añadió, dominando el tumulto y tambaleándo-

se, porque su embriaguez no podía ser mayor:

—¡Yo soy Febo, yo soy el sol, y no esa intempestiva luz que se desploma sobre nosotros!

¡Guerra al sol!...

¡Que me traigan mi carro de nácar y oro; tráiganme también mi fusta incrustada de pedrería, y que me rodeen las *Horas*.

—¡Las Horas, nosotros somos las Horas! gritaron infinidad de voces de mujer, y las ramera corrieron, atropellándose las unas á las otras, hácia el despreciable emperador.

Este desgarró los vestidos que llevaba puestos, y arrojando lejos de sí sus pedazos, se quedó desnudo para asemejarse á Apolo, al radiante dios de la poesía.

Multitud de siervos trajeron rodando al salon un magnífico carro griego.

Heliogáballo subió á él, y empuñando una riquísima fusta, cuyo puño estaba cuajado de piedras preciosas, la hizo restallar sobre las ramera que se disputaban fieramente el honor de tirar del carro.

Sabian que aquel honor habia de valerles sendos puñados de oro.

Lo que vamos refiriendo es histórico.

El carro empezó á rodar por el inmenso salon.
Entonces estalló un griterío espantoso.

—¡Salve, *Apolo!* gritaban los avinados corte-
sanos.

Heliogábalo continuaba haciendo chascar el látigo, y tambaleándose ya hácia adelante, ya hácia atrás, sonreia con complacencia á los bajos aduladores que le daban el nombre del dios de *Delfos*.

Hubo emperadores en Roma dignos de ser odiados; dignos de que la historia los entregase, como los ha entregado ya, á la execracion pública. Pero ninguno de aquellos tiranos, orgullosos señores que vestian la púrpura y coronaban inmerecidamente sus sienes con el laurel de los grandes hombres, fué tan repulsivo como el hijo de *Soaemis*.

Commódo, el mismo Neron de espantosa memoria, no dieron nunca ejemplos de tanta degradacion como el insensato emperador que nos ocupa.

Cómodo era cruel, pero al menos tenia algunos rasgos de magnanimidad, que en varias ocasiones hacian olvidar la perversion de su alma.

Neron, esa pavorosa figura que aún se recuerda hoy con extremecimientos de terror; ese *Marat* sanguinario de los pasados siglos, era un infame parricida, un sér odioso que hubiera deseado poder exterminar á la humanidad entera; pero habia en él algo grande, algo que revestia su frente de severa majestad.

Antes de haberse hecho tan odioso á los romanos; antes de que Roma, incendiada por él, pidiese venganza á los dioses, el pueblo rey se postraba á sus plantas, y apenas se atrevia á alzar la vista hácia el César vencedor en los juegos *corintios*.

Su altivo porte, el fulgor de su mirada, les imponia.

Tambien aquel mónstruo se hacia llamar *Neron-Apolo* y *Neron-Hércules*; pero á nadie causaban extrañeza semejantes nombres.

Neron era poeta, poeta dulcísimo, y tenia una fuerza casi tan prodigiosa como la del héroe de *Trácia*.

Pero á Heliogábalo, al estúpido Heliogábalo, á quien una vida de crápula aproximaba al idiotis-

mo, ¿cómo había quién se atreviese á darle el nombre de Apolo?...

Solo los menguados aduladores, los beodos que le rodeaban, eran capaces de tanta vileza.

Heliogábalo vió apoyado en el pedestal de una estatua á Labienio, su tesorero.

—Corre, le dijo, corre y tráeme la gran caja de cedro, que está colmada de *aureas* (1).

Labienio se apresuró á obedecerle, y pocos momentos despues seis esclavos, que apenas podian sostener una gran caja primorosamente tallada, colocaron esta dentro del carro del emperador.

Aulló frenética de codicia la multitud, y Heliogábalo abrió la tapa de la caja, que efectivamente estaba llena de brillantes monedas de oro, casi todas ellas acuñadas en el templo de Juno *Moneta*.

Primero distribuyó Heliogábalo algunos pu-

(1) Monedas de oro.

ñados de *aureas* entre las *Horas* que tiraban de su carro, el cual, como debe suponerse, se habia parado.

Despues, contemplando estúpidamente á la muchedumbre que se agrupaba frente á él, gritó con lengua torpe ya, porque los vapores del vino apenas le permitian pronunciar las palabras :

—¡Felices mortales!... Yo soy dios, el dios del carro de fuego...

Preparaos... vá á llover oro...

Mil gritos de frenética alegría estallaron aquí y allá, interrumpiendo al emperador, el cual empezó á coger puñados de monedas y á lanzarlos sobre la multitud de rameras y cortesanos, que esperaban con ansia vil aquella *lluvia de oro*.

Derribándose los unos á los otros, arrastrándose por el suelo en busca de las *aureas*, y disputando con encarnizamiento para obtenerlas, patricios y meretrices daban ejemplo del grado de humillacion á donde puede llegar la codicia humana.

El oro continuaba cayendo en gran abundancia.

Las *Horas* habian abandonado el carro imperial, y Heliogábalo continuaba diciendo con acen-

to enronquecido que era Apolo y *Pluto* (1) á la vez, y que iba á convertir á la tierra en oro purísimo.

Cuando ya no tuvo *aureas* que arrojar, cogió la caja de cedro, y despues de algunos esfuerzos consiguió levantarla sobre su cabeza.

Luego, tambaleándose y pronunciando palabras incoherentes, lanzó el vacío mueble sobre los que se arastraban lo mismo que reptiles en busca de las monedas de oro.

Un momento tan solo pudo conservar el equilibrio, y al cabo cayó en el fondo del carro, despues de haber recibido un recio golpe en la cabeza.

La fuerza del golpe le quitó el sentido, y la sangre empezó á correr por su calva frente.

Nadie se apercibió de esto; rameras y cortesanos continuaban *huroneando* por el suelo y pegado casi el rostro al pavimento.

Los talcos de los maineles y claraboyas del salon no daban luz bastante, luz que hubieran deseado para poder encontrar con más facilidad las *gotas* de la rica *lluvia de oro*.

(1) Dios de las *riquezas*.

Sin embargo, no se retiraron hasta tanto que ya no quedaba en el suelo una sola moneda ni en todo el salon un solo objeto de valor que poder ocultar entre sus ropas.

CAPÍTULO XIV.

Joroco.

De resultas de su herida y de la descomunal borrachera que habia tomado, Heliogábalo estuvo á las puertas de la muerte.

Asistido con esmero por la vieja Soaemis, que sabia que murió su hijo terminaria tambien con él la parte del poder supremo que se habia apropiado, recobró al fin la salud perdida y entró en una penosa y larga convalecencia.

Durante ella hacia, como de costumbre, votos á los dioses, temiendo á la muerte y á lo desconocido y eterno que hay mas allá de la sepultura.

Era impío y blasfemaba de los dioses cuando no tenia enfermedad alguna; pero tan luego como se sentia enfermo, el temor al castigo reservado á

los malvados, castigo en el cual creían también los gentiles, se apoderaba súbitamente de su alma, y entonces lloraba, confesando en alta voz la omnipotencia de los inmortales.

CAPÍTULO XIV.

En uno de sus días de convalecencia, cuando ya el temor de perder la vida empezaba á desaparecer en él, hizo llamar á su favorito Joroclo.

Quería disfrutar de lo bonancible del tiempo, y había dispuesto dar un paseo por los frondosos jardines de su palacio.

Antes de proseguir, diremos quién era Joroclo.

Aquel hombre que disfrutaba de toda la confianza del emperador y al cual temían los mas opulentos y orgullosos señores, era de baja procedencia.

Esclavo lo mismo que sus padres, era deudor de su libertad á la perseverancia con que había

logrado reunir, *as* (1) tras *as*, la suma de seis mil sextercios.

Con ella habia comprado el derecho de poder llamarse *liberto* y de disfrutar de las mismas ventajas que los ciudadanos de Roma.

Para ser dueño de seis mil *sestercios*, suma enorme para un esclavo, no habia hecho durante muchos años más que una sola comida al dia, vendiendo la otra á sus compañeros.

Mucha constancia, mucha fuerza de voluntad se necesitaba para conseguir semejante resultado, y pocos eran los esclavos que se imponian y llevaban á feliz término el objeto que él se habia propuesto.

Pero Joroclo tenia aquella fuerza de voluntad, á pesar de que era gloton, á pesar de estar dotado de un voraz apetito.

Cuando alguno de sus compañeros le decia que iba á morir de hambre, replicaba con una fé profunda, con una profunda conviccion, como aquel que vislumbra entre las tinieblas del porvenir una existencia halagüeña:

—No sucederá tal; en primer lugar porque una

(1) Moneda de cobre de escaso valor.

sola comida basta para el mantenimiento del hombre, y despues porque la esperanza que tengo de que llegarán para mí dias mejores me sostendrá siempre.

Dias mejores llegaron efectivamente.

Llegó á reunir los seis mil sextercios, suma que su dueño habia fijado para concederle la libertad, y entonces respiró con alegría.

Llevando en la mano la bolsa de cuero que contenia su tesoro, corrió á arrojarle á los pies de su señor.

Este, contemplándole con admiracion, le dijo:

—Eres merecedor de ser hombre libre, y lo serás, aun cuando yo pierda uno de mis mejores servidores.

Jamás hubiera creido que pudieses llegar á reunir esa suma que me presentas.

Que los dioses guien tus pasos por el mundo, mi buen Joroclo; y para que tengas un agradable recuerdo de mí, de los seis mil sextercios te regalo mil.

Joroclo lanzó un grito de alegría.

—Además, prosiguió su señor, siempre que gustes, ó te veas acosado por el hambre (ló que los in-

mortales no permitan), tendrás tu *diarium* de comida á la mesa de mis siervos.

Esperaba Joróclo que no llegaria para él el duro trance de verse acosado por el hambre, y en efecto, no llegó.

Era un excelente conductor de carros, y lo mismo guiaba una *petorita* (1), que una *covini* (2), un *rheda* (3), ó una *basterna* (4).

Dueño de mil sextercios, compró á un patricio arruinado una hermosa litera y dos robustas mulas de *Lusitania*.

Después de esta adquisición, y de haber comprado también una túnica de lana, un manto con capucha y unos fuertes coturnos, no le quedaban más que dos sextercios.

Mas no se apuró por esto, y confió en la protección de los inmortales.

Era devoto de la diosa *Fortuna*, y entró en uno de los cinco templos que esta diosa tenia en Roma,

(1) Carroza de camino de cuatro ruedas.

(2) Idem cubierta, que usaban los romanos en los dias de lluvia.

(3) Carro de paseo, más ó ménos rico, en el cual los patricios y matronas iban á la via Sacra y á la famosa via Appia ó *reina de los caminos*.

(4) Especie de litera con cortinillas de cuero.

en el que estaba situado en la octava region, y depositó uno de los dos sextercios en la cajita ó cepillo de hierro que habia á la puerta de la *sacella* (1).

Hecho esto, gastó alegremente la otra moneda en una opípara comida, con la cual se regaló en una de las *popinas* del puente *Milvio*, y despues, muy satisfecho de sí mismo, fué á situarse con su litera en la plaza de Domiciano, y frente á los pórticos llamados de Pompeyo.

Su *basterna* estaba al servicio del público, era un carruaje de alquiler, y habia elegido muy bien el punto de parada, *el puesto*, ó como quiera llamarse.

Era la hora *quinta* (2) cuando esto sucedió, y el tiempo estaba más á propósito para atravesar las calles de Roma en litera que á pié; hacia frio y lloviznaba.

—¡Nadie atravesará hoy la plaza de Domiciano, exclamaba Joroclo, y mis mulas y mi *basterna* estarán ociosas!

Se equivocaba: una hora despues de haberse

(1) Capilla.

(2) Las once de la mañana.

situado en la plaza, se acercó á él un patricio jóven, tan jóven que aún llevaba al cuello el *bulla aurea* que usaban los adolescentes.

—¿Alquilas esa *basterna*? preguntó el patricio.
Joroclo contestó afirmativamente.

—Pues entonces, añadió el jovencillo, mia es hasta el oscurecer.

—¿A dónde hay que ir?

—Espera aquí y lo sabrás.

Esto diciendo el patricio, sacó de su bolsa un hermoso *solidus* de oro y se lo entregó á Joroclo en señal de que alquilaba su litera. Hecho esto se alejó con precipitación, desapareciendo en una de las calles que desembocaban en uno de los pórticos de Pompeyo.

Algunos momentos despues, volvió á presentarse.

Entonces no iba solo: le acompañaba una matrona de arrogante aspecto, pero cuyo rostro y talle estaban cubiertos con una inmensa *palla*.

Joroclo se sonrió maliciosamente.

Era poco escrupuloso, y abrió la portezuela de la *basterna*.

La matrona y el jovenzuelo entraron en ella, y este último ordenó:

—A la columna rostral de Duilio, por el camino más largo.

Volvió á sonreirse Joroclo, é hizo chascar el látigo sobre las mulas, que se pusieron en marcha, haciendo sonar ruidosamente la multitud de campanillas que rodeaban su cuello.

—Una aventura amorosa, murmuró el libertó.

En efecto, todo hacia presumir que el mancebo y la matrona corrían una aventura de amor, lo cual era moneda corriente entre los corrompidos romanos de aquella época.

Respecto á la matrona nada podia juzgarse acerca de su hermosura, pues ya hemos dicho que iba tapada de pies á cabeza; pero el mancebo era uno de los tantos *afeminados* que entonces se paseaban por Roma, y que perfumaban sus cabellos con *cinamomo* y pulimentaban sus brazos con piedra pomez.

CAPÍTULO XV.

Castigo de dos ladrones.

La *aventura* le valió á Joroclo un largo y molesto paseo, pero tambien buenas monedas de oro, con las cuales se refociló muy bien aquella noche, concurriendo á una bulliciosa taberna de la Suburra, en la cual servian comidas y se jugaba á los dados.

Por esta última circunstancia, la *popina* era frecuentada por gente viciosa de todas condiciones, y no era extraño ver en ella á patricios y á militares de alto rango.

Joroclo se puso á jugar, y la diosa Fortuna empezó á favorecerle.

Cada vez que tiraba los dados, era favorecido casi siempre con la ventajosa suerte llamada *de*

Venus, que era el número mayor de ese antiguo juego de azar.

Habia reunido delante de sí montones de oro, sobre los cuales fijaban codiciosas y chispeantes miradas algunos hombres de mala traza.

Después de haberle ganado á un jugador algunos centenares de sextercios, y viendo que ya nadie quería arriesgar con él su peculio, encerró en su bolsa todo el oro que cupo en ella, y el restante lo guardó en la capucha de su manto de lana.

Hecho esto ató fuertemente la capucha con un cordel, á fin de que no cayesen las monedas, y salió de la taberna.

Era ya muy tarde.

La noche iba á desaparecer, y una luz tenue anunciaba ya las alboradas de la aurora.

Joroclo habia bebido con exceso y estaba muy alegre.

Nadie como él tan dichoso aquella noche, en que la suerte le habia mostrado su placentero semblante.

—Poseo oro, iba pensando. Con él compraré una casa, pues hasta las aves nos enseñan que es conveniente que cada cual tenga su *nido*.

Nido tendré, ¡vive el *Tonante!* y he de dar en él

festines embellecidos por bailarinas de Gadex y de Idumea, y en los cuales habrá también alegres histriones.

Quiero asombrar á Roma, quiero que todos me llamen Joroclo el rico, Joroclo el opulento, y que haya en torno mio parásitos, *anélidos* (1) que chupen la *sangre* de mis repletas bolsas.

A bien poca costa he adquirido hoy el oro que llevo sobre mí.

Volveré á la *popina*, y en pocos dias seré más poderoso que el asiático Lastenio, el que levantó á su costa dos arcos del acueducto *Maria Virgo*, y más que el *questor* Salvio Pomponio.

La Fortuna y *Pluto* continuarán favoreciéndome, y yo alzaré también un templo á ambas deidades.

Embebido en tales pensamientos no observó que le seguian á paso de lobo, y á corta distancia,

(1) En la familia de los *anélidos* figuran las sanguijuelas.

dos hombres que procuraban ocultarse todo lo posible en la oscuridad.

Al llegar cerca de un templo antiguo, cuyo estado ruinoso habia sembrado de escombros sus cercanías, los dos hombres se arrojaron sobre Joroelo, y uno de ellos, echándole la mano al cuello, le dijo con voz bronca:

—¡Danos el oro que has ganado, ó mueres!

—¿El oro? gritó desembarazándose fácilmente de las manos que oprimian su garganta, y derribando en tierra á los dos hombres. ¡Arrebatadme ese oro si podeis; pero os advierto que tengo muy buenos puños, y que lo defenderé como defiende el león la entrada de su cubil!...

Magullados y cubiertos de polvo se levantaron los dos hombres, y ansiosos de vengarse del descalabro que acababan de sufrir se dispusieron á arrojarse de nuevo sobre Joroelo.

Pero éste ya estaba prevenido, y sin perder nada del buen humor que tenia en aquel momento, les dirigió por segunda vez la palabra en estos términos:

—Dejadme en paz, y no busqueis camorra.

Vuelvo á deciros que tengo muy buenos puños y que os haré harina.

Entrad por lo tanto en razon, y si estais muy necesitados yo os daré lo bastante para que os remedieis; pero dejarme robar, eso nunca, pues...

Joroclo no pudo acabar de expresar su pensamiento.

Uno de los ladrones le lanzó con vigorosa mano un pedrusco, y este le dió de lleno en el pecho.

Otro hombre menos fuerte que el liberto hubiera caido en tierra al recibir golpe tan terrible; pero Joroclo no tardó en reponerse, y rugiendo como una fiera y revolviendo los ojos con furor, cogió á su vez por el cuello á uno de los dos ladrones, y despues de oprimírselo durante algunos instantes, lo arrojó fácilmente á larga distancia.

El ladron arrojaba por la boca sanguinolenta espuma, y quedó en tierra sin hacer movimiento alguno; estaba extrangulado.

Su compañero entretanto descargaba grandes puñadas sobre Joroclo; pero al ver el modo con que éste daba cuenta de sus enemigos, quiso huir.

Por desgracia suya, ya era tarde. Joroclo lo habia agarrado por un brazo y lo sacudia lo mismo que si fuera un muñeco de paja.

—¡Suéltame, por compasion! imploró el pobre diablo con acento dolorido.

Pero el liberto ya no se hallaba dispuesto á perdonarle, y levantándolo en alto con la misma facilidad con que habia levantado á su compañero, lo lanzó contra el muro del vetusto templo.

El desdichado exhaló un grito horrible al chocar contra las piedras, y despues cayó sobre un monton de escombros, sobre el cual empezó á arastrarse, lanzando agonizantes gemidos.

Ambos cacos habian recibido un bárbaro pero merecido castigo.

CAPITULO XIII.

Idea ó pensamiento de un edil cortesano. — ¡No soy señor, soy señora!...

Un edil que rondaba por aquellos barrios, presenció desde la esquina de una calle la manera con que Joroclo se desembarazó de los que querían robarle.

Los ediles de Roma (creemos haberlo dicho ya) no perseguían como debieran á los malhechores que infestaban las calles de la inmensa capital.

Especialmente los ladrones y asesinos del populoso y temido barrio de la Saburana, les infundían espanto.

A decir verdad, no les faltaban razones para ello.

Aquellos desalmados eran feroces.

En una ocasion, un edil que se empeñó en exterminarlos, y que habia enviado efectivamente á algunos á perecer en el monte Janículo, habia sido asesinado durante una noche al dirigirse á casa de una *ingenua*, mujer de rara belleza, con la cual le unian lazos de íntima amistad.

Desde entonces los malhechores recorrían tranquilamente las calles de Roma, desde que empezaban á reinar las sombras hasta que el alba disipaba la oscuridad.

Aquellos hijos de las tinieblas solo respetaban á los patricios amigos de correr aventuras, cuando estos patricios paseaban por las calles armados, como suele decirse, hasta los dientes, y precedidos de esclavos con antorchas.

Por lo demás, llegaba su atrevimiento hasta el extremo de asaltar casas aisladas, pero que estaban dentro de los muros de la ciudad.

Iba á proseguir Joroclo su camino, cuando el edil que habia sido testigo de su hazaña le hizo rodear por sus guardias.

Creyó el liberto que tambien eran salteadores, y ya se disponia á la defensa, cuando el edil, que se hallaba á una respetable distancia, le gritó:

—Entrégate á la justicia del magnánimo y glorioso emperador.

Joroclo entonces se calmó, y con acento satisfecho dijo:

—¡Gracias á los dioses! ¡Ya respirol...

Creí que de nuevo iba á verme obligado á escarmentar á algun bribon.

—¿No temes á la justicia del emperador? le preguntó el edil.

—Nó, por vida mia, respondió Joroclo. No la temo porque soy un ciudadano honrado, y creo que los ciudadanos honrados pueden pasear libremente por todas partes.

—Es indudable, ¿pero esos dos hombres...?

—Esos dos hombres querian robarme, me acometieron traidoramente, y me he defendido.

Los mismos dioses, cuando andaban por el mundo, dieron el ejemplo á los mortales, haciéndoles comprender que la defensa es natural y que debe ser permitida en la tierra.

Hércules, estando aún en la cuna, ahogó á las dos serpientes que querian devorarle; despues

mató también al águila roja, y á Silco, y á...

—¿Y quieres tú compararte con Hércules? preguntó el edil interrumpiendo á Joroclo.

—Yo no me comparo con nadie, contestó el liberto. Lo que he dicho, y continuaré diciendo aun cuando fuere en presencia del mismo Radamanto (1), es que la defensa es natural.

Se defiende el perro en ciertas ocasiones contra su propio amo, y el perro es mucho más noble que el hombre.

Por consiguiente, aun cuando yo me haya defendido de ese par de bandidos que pretendían acotarme, creo que no...

Por segunda vez interrumpió el edil á Joroclo, dando orden á sus guardias para que reconociesen á los dos ladrones vencidos por el liberto.

Uno de ellos ya no existia, pero el otro aun continuaba exhalando dolorosos gemidos; tenia hundidas las costillas y la cabeza medio aplastada.

—¡Prodigiosa es tu fuerza! exclamó el edil hablando con Joroclo. ¿Eres por ventura púgil del anfiteatro?

(1) Uno de los tres jueces del infierno pagano.

Joroclo contestó negativamente.

—Acaba de ocurrírseme una idea, prosiguió el magistrado. Merced á esa idea, en vez del castigo que merecias, pues nadie quita impunemente de en medio á dos hombres, quizá no te sea difícil labrar tu fortuna.

—¿Mi fortuna, señor?

—Sí, el encumbrado Heliogábalo, cuya vida conserven los númenes supremos, hace mucho aprecio de los hombres que como tú están dotados de fuerzas tan temibles.

Te presentaré al emperador.

Joroclo fué presentado efectivamente á Heliogábalo aquella misma mañana.

El imbécil y ridículo señor de Roma tenía la costumbre de vestirse de mujer (1), y entonces llevaba puesto un traje de matrona.

Contóle el edil cortesano lo que habia visto hacer á Joroclo, y éste, que habia doblado una rodilla

(1) Histórico.

en tierra, oyó la afeminada voz del hijo de Soamis, que le preguntaba con admiración:

—¿Es verdad eso, buen liberto?...

—Verdad es, señor, afirmó Joroclo intimidado.

—¡Yo no soy *señor*, replicó Heliogábalo afectando los modales de una pudorosa doncella; soy *señora* (1)!

Levántate y mírame cara á cara, pues soy incapaz de hacer daño á nadie.

Obedeció Joroclo, y entonces se atrevió á fijar sus ojos en el ente despreciable que tenia delante de sí.

El rostro de Heliogábalo estaba cubierto de afeites, pintado como el de las *circulatrices* más viles y adocenadas, y sobre su frente caian los rizos de una enorme peluca salpicada de limaduras de acero.

—Soy *señora*, repitió el menguado haciendo dengues, y por cierto señora bien desventurada, pues no tengo entre todos mis servidores uno solo que me ame desinteresadamente.

¿Dime, quieres quedarte á mi servicio?...

Esta pregunta, como debe suponerse, iba diri-

(1) También son históricas estas palabras.

gida á Joroclo, el cual tartamudeó algunas palabras de aquiescencia.

—Bien; prosiguió Heliogáballo. Aun cuando no te expresas con claridad, comprendo que consientes.

Pero es necesario que abandones esa timidez que desdice de un Hércules, de un Briareo (1), capaz de escalar también el cielo.

—Ya te he dicho, y nuevamente te lo repito en este momento para que no lo olvides jamás, que soy de condicion blanda y que no hago daño á nadie.

—En este palacio estarás perfectamente, y pondré á tu disposicion siervos para que cuiden de tu persona, y tesoros para que puedas satisfacer todos tus caprichos.

¿Cuál es tu nombre?

Joroclo dijo su nombre.

—Pues bien, Joroclo, prosiguió el emperador; desde este momento tienes en mí un verdadero amigo... Nó, una *amiga*, añadió, insistiendo en querer hacerse pasar por mujer...

(1) Uno de los gigantes que, segun la fábula, declararon la guerra á los dioses del paganismo.

Instalado el liberto en la *Casa aurea*, Heliogábalo le regaló ricos vestidos, y segun la historia afirma, él mismo lo depiló sirviéndole de esclavo al salir del baño.

La fortuna de Joroelo estaba asegurada, como habia dicho muy bien el edil.

El nuevo favorito se vió colmado de regalos, poderoso y envidiado por los miserables cortesanos del emperador, hambrientos siempre de honores y riquezas.

Mas... ¿debía su privanza al esfuerzo poderoso de su brazo?...

Nó, otra era la causa por que disfrutaba de tanto valimiento.

Los que hayan leído á los autores latinos de aquel tiempo, sabrán el motivo porque Heliogábalo se dejaba dominar por Joroelo.

Nosotros tambien lo sabemos, pero el rubor nos impide decirlo.

El vil emperador gustaba de que su favorito lo maltratase brutalmente, y Joroelo no se hacia de rogar para descargar sobre él furibundos golpes.

El favorito llegó á ser para su señor mucho más cruel é inhumano que los más inhumanos pa-

tricios cuando castigaban bárbaramente á sus esclavos.

Con frecuencia tenia Heliogábalo en su rostro las sangrientas y vergonzosas señales que en él habian dejado impresos los golpes del encumbrado liberto, que habia llegado á ser el verdadero dueño de Roma.

CAPITULO XVI

Señor y favorito.—Los primeros rumores de un motin.

El emperador y su favorito discurrían por los jardines del palacio.

Trémulo y vacilante el primero, á causa de la enfermedad que acababa de padecer, parecia una sombra por su estenuacion, un cadáver desenterado por la palidez de su rostro.

Joroclo en cambio se asemejaba bastante á un gladiador del circo; tal era su corpulencia y tanta la amplitud de su pecho y de sus robustos hombros de atleta.

—El favoritismo de que gozaba le habia vuelto insolente y más-brutal cada dia para su señor, que con una sola palabra hubiera podido enviarle

al suplicio; siempre que tenia que hablar con él, lo hacia con tono breve y desapacible.

—¿Estás disgustado, amigo mio? le preguntó Heliogábaloparándose de repente y contemplando al liberto de hito en hito.

Joroclo no tuvo á bien el contestar á esta pregunta, y el emperador continuó:

—¿Se me oprime el corazon y sufro lo que no puedes imaginarte siempre que te veo fosco y pensativo!.... ¿Quieres honores, quieres grandezas?

—Nó.

—¿Deseas que te nombre pretor de alguna provincia importante?

—Tampoco.

—No aceptas, y me alegre mucho de ello, porque entonces me veria privado de tu compañía, que es tan grata para mí. Pero, en fin, ¿qué es lo que deseas? Sabes que soy poderoso, y por lo tanto no pongas medida á tu ambicion.

Pide, y te concederé todo cuanto me pidas.

—Nada deseo, respondió el favorito.

—Eso no es cierto, tú me ocultas algo, insistió el emperador moviendo de un lado á otro la cabeza. El hombre que está satisfecho, contento

con su suerte, no tiene como tú tienes, un día y otro día, nublado el semblante y áspera la palabra.

Nuevamente te ruego que me abras tu pecho y que me digas el motivo que tienes para estar desazonado.

—¡Viven los dioses, emperador, exclamó Joroclo dando impaciente con el pié en el suelo, que ya me vas enojando con tu insistencia!

¿Cómo quieres que te diga que no ambiciono mando ni honores?

Lo que yo ambiciono, tú lo sabes: es vivir libre, porque hace mucho tiempo que he dejado de ser esclavo.

Quiero, y lo conseguiré, recorrer, como recorria en otro tiempo las calles de Roma....

—¡Jamás! ¡te asesinarían!

—¿Qué me asesinarían, dices?

—Sí, te asesinarían; afirmó Heliogábalos. El puesto de favorito de un monarca como yo tiene muchos envidiosos, pero tiene también infinidad de enemigos que viven ocultos en las sombras.

¡A mí me odian los romanos, y á tí también, pobre Joroclo!

¡Poco importa que no nos mezelemos en las de-

cisiones del Senado, que dejemos vivir á todo el mundo como mejor le acomode, y que solo pensemos en pasar agradablemente la vida; á pesar de esto, ese odio existe. Yo lo siento en torno mio, yo lo veo reflejarse en el rostro de los ciudadanos de Roma, las pocas veces que me presento en público.

¡Mucho más feliz era que ahora, cuando no habia llegado á ocupar aún el trono en que me siento!

¡Entonces tenia siempre el alma regocijada, entonces los colores de la salud coloreaban mis mejillas y no pensaba, como en la actualidad, en la muerte espantosa, en esa horrible muerte que durante el sueño vela á mi cabecera!....

Heliogábalo, al tiempo de pronunciar estas palabras, gemia y sollozaba amargamente, en tanto que las lágrimas corrian á lo largo de su rostro escuálido.

El favorito se encogió de hombros, dando con esto á entender lo poco que le importaba que su señor fuese dichoso ó no.

Iba á proseguir Heliogábalo, cuando se oyó sonar á lo lejos confusa gritería, de la cual sobresalian algunas voces roncadas y desentonadas.

Heliogábalo era cobarde, y se puso más pálido aún de lo que estaba.

Uno de sus oficiales se acercó á él apresuradamente y le dijo:

—¡Señor, el pueblo se dirige en tumulto hácia palacio!

—¿Y sabes, preguntó temblando el hijo de Soaemis, sabes lo que desea el pueblo?

—Dice que está hambriento, que el granero público se halla vacío, y viene á pedirte pan.

—¡Viene á matarme! gimió el emperador cubriéndose los ojos con las manos.

—¿A matarte...? ¡No tal, señor! replicó el oficial. El pueblo te ama y acude á tí para que remedies su necesidad.

Pero si se acercase en actitud hostil, si llegara á olvidar que eres sagrado, entonces nuestros valientes pretorianos armarían sus arcos, desenvainarían sus aceros y castigarían su alevosía, sangrientos é iracundos.

Heliogábalo quiso pronunciar no sabemos qué palabras; pero los gritos que cada vez se escuchaban más próximos, estallaron en aquel momento terribles como la tempestad bravia cuando los vientos desencadenados desgajan los árboles más

altos y amenazan á la humanidad con sus furros.

El pavor de Heliogábalo fué tanto, que en vano quiso lanzar un grito. Sus entreabiertos labios, blancos en extremo, solo dieron salida á un débil gemido.

Despues se apoyó con ambas manos en uno de os robustos hombros de Joroclo y sus ojos se cerraron.

Sin duda alguna hubiera caido en tierra, pues acababa de perder el sentido; pero el liberto lo cogió en sus brazos murmurando esta palabra:

—¡Cobarde...!

Luego se encaminó con él hácia el palacio, en tanto que la tempestad de voces humanas zumbaba cada vez más ronca y amenazadora.

El pueblo romano estaba acostumbrado ya á amotinarse contra sus emperadores.

Habia derribado del trono á Neron, emperador bravío é indomable.

Tambien habia dado muerte á Galba.

Por lo tanto eran de temer sus iras; era de temer que, cansado de sufrir al imbécil, al impuro, al inútil Heliogábalo, lo hiciese rodar tambien del trono cuya púrpura deshonraba con sus escesos.

Cuando Roma despertaba de su letargo, de la especie de embrutecimiento en que estaba generalmente sumida, era temible.

Entonces nada respetaba, y cual torrente impetuoso, arrollaba todo lo que se oponía á su paso.

CAPITULO XVII.

El tribuno del pueblo.—De potencia á potencia.

Numeroso era el pueblo que, amotinado y temible, se aproximaba al antiguo y soberbio palacio de los Césares.

Hambre horrible, espantosa miseria oprimía á Roma entre sus brazos de hierro, y en tanto que los opulentos patricios, los libertos enriquecidos disfrutaban de todas las delicias, haciendo pública ostentacion de un lujo deslumbrador, el pueblo gemia tristemente y vivia agonizando.

Los graneros públicos, á los cuales iba á parar casi todo el trigo que producian la Mauritania (1),

(1) La *Mauritania*, por su fertilidad, era llamada *el granero de Roma*.

y la fecundísima Iberia se hallaban exhaustos.

El grano acumulado en ellos, y que se renovaba anualmente, se había agotado.

Un año de hambre, uno de esos años espantosos que son para la humanidad justo castigo del cielo, amenazaba hacia algún tiempo á Roma con sus horrores: la cosecha de la Mauritania había sido mala, mala también la de los campos de *Hesperia*.

Por consiguiente, la ciudad *eterna*, después de sufrir en silencio la escasez y luego los tormentos del hambre, se había amotinado aquel día y pedía pan con espantosos gritos.

Un pueblo que pide pan es siempre mucho más temible que los más espantosos cataclismos de la naturaleza: los cataclismos sociales causan generalmente más víctimas.

Entre los que se dirigían al palacio había ancianos de rostro cadavérico, niños y mujeres que apenas podían sostenerse, y mancebos en cuyos pómulos salientes estaba retratada la miseria.

Pero también entre aquella multitud de seres poco temibles figuraba un crecido número de hombres de rostro sombrío y patibulario, que revolvían con furor sus ojos y que vociferaban frenéticos y amenazadores.

Uno entre todos ellos, llamado Trebonio, descollaba por su elevada estatura, por sus ásperos y abundantes cabellos, y por su rostro bronceado.

Trebonio había nacido en *el país de los Sines* y era esclavo; pero esclavo fugitivo que salía, en aquellos momentos de tremolina, de las guaridas inmundas del barrio de la Suburra.

Al frente de los más audaces, y sabiendo que podía contar con las simpatías de los amotinados, blandía una enorme azagaya ó dardo, cuya punta estaba endurecida al fuego.

Trebonio y su gente formaban, digámoslo así, la vanguardia de aquel ejército de hambrientos, y dando destemplados gritos se acercaron á la puerta principal de la *Casa aurea*.

Aquella puerta estaba cerrada y reforzada además por la parte de adentro con una gran plancha de bronce.

—Nos temen, dijo Trebonio en alta voz, y eso es buena señal.

Esto diciendo, llamó con el extremo opuesto del dardo á la robusta puerta chapeada de ricos metales, y llena de alto á abajo de preciosas molduras.

El golpe solo produjo un sordo ruido; la plancha de bronce lo habia apagado instantáneamente.

Sin embargo, por una de las angostas ventanas abiertas en lo más alto del muro asomó el adusto semblante de uno de los jefes de la guardia pretoriana.

—¿Quién sois? preguntó el del pretorio con voz imperiosa.

—Somos el pueblo de Roma, respondió Trebonio, y venimos á dirigir una súplica al emperador.

—Mientes, gritó el jefe. El pueblo romano, el verdadero pueblo, noble y honrado, no hubiera dado lugar á que se cerrasen las puertas del palacio.

Para ese pueblo siempre están francas las puertas, pero no para los alborotadores como tú, que vienen á *suplicar* armados y en son de guerra.

El rostro del esclavo fugitivo se puso lívido de rabia al escuchar estas palabras, y el jefe pretoriano continuó:

—Si quereis hacer una súplica al emperador augusto, por vuestro propio bien os aconsejo que os dirijais á él por mediacion del Senado.

El Senado es el intermediario entre el emperador y su pueblo, y nuestro poderoso señor atenderá de ese modo vuestros ruegos.

—Del Senado venimos, replicó Trebonio conteniéndose á duras penas.

—¿Y bien?

—Y Mancino y Tulo Creandro, los más autorizados y ancianos de todos los senadores, nos han dicho:

«No podemos remediar vuestra cuíta; pues si remediarla pudiéramos, no hubieran llegado las cosas al extremo á que han llegado.

»Dirigios al emperador».....

Entonces nosotros hemos seguido el consejo, y aquí estamos.

Queremos por lo tanto hablar al emperador, el cual no en balde ha de hacerse llamar padre del pueblo, padre de la patria.

Las palabras del esclavo eran claras y terminantes, y sonaban en medio del mayor silencio.

Los amotinados tenian confianza en Trebonio,

ídolo en aquellos momentos de las turbas, y habían dejado de vociferar.

En el terrado del palacio, y mirando hácia abajo, se agrupaban los soldados pretorianos y multitud de *velites*, apoyados los unos en sus arcos de fresno, y empuñando los otros sus fuertes hondas.

El sol que empezaba á caminar hácia su ocaso derramaba sus rayos de fuego y oro sobre aquel grupo de guerreros, que estaban dispuestos á la lucha.

Los resplandores del astro del día hacían brillar los cascos de cobre adornados con *galeas*, los petos de escamas y los escudos reforzados de la cohorte que defendía la morada de Heliogábalo.

Quando Trebonio dejó de hablar, el jefe del pretorio, que comprendió que era necesario transigir hasta cierto punto con el pueblo, se dirigió á su vez al esclavos.

—El excelso emperador, dijo moderando su acento, no se halla en este instante en estado de poder escuchar á su pueblo.

Doliente y tendido en el lecho del dolor, como toda Roma sabe, aun hoy mismo se han hecho ofrendas en su nombre en el templo de la *Fiebre*.

Esperad á que se restablezca, y entonces....

—¡El hambre no dá espera! gritó roncamente Trebonio, interrumpiendo al pretoriano. ¡Los que me siguen, añadió con un ademán que no carecía de dignidad, y estendiendo su brazo hácia la multitud que se agrupaba á sus espaldas, están hambrientos!

¡Contempla sus rostros demacrados, fijate en los harapos que cubren sus carnes, y luego dime si esa gente puede esperar!...

—Nó, replicó el del pretorio, y el esclavo prosiguió:

—No siempre los bravos pretorianos han sido enemigos del pueblo.

En tiempo de *Enobarbo*, el emperador de la barba de cobre (1), los soldados del pretorio se unieron á los que buscaban al tirano para arrancarle la vida.

Únete tú tambien á nosotros en esta ocasion, no precisamente para quitar la vida á nadie, sino pa-

(1) Neron.

ra hacer presente al emperador la miseria que nos abruma.

No vayas á decirme que no hay trigo en Roma, porque eso no es cierto.

Si bien es verdad que el granero público no tiene dentro de sus bóvedas ni un solo grano, en cambio individuos hay en la ciudad, y tú puede ser que los conozcas mucho mejor que yo, que se enriquecen á costa del pobre pueblo.

Esos logreros infames han acaparado el poco trigo que vino últimamente de Alejandría, y solo quieren venderlo á precios escesivos.

Un *modius* (1).... no hay entre todos nosotros quien tenga peculio bastante para poder comprar un *modius*.

En lugar de haber venido hasta aquí para suplicar y detenernos ante esa puerta, que se nos ha cerrado cual si fuéramos enemigos de Roma, hemos podido asaltar las moradas de los logreros y arrebatárles su trigo.

No lo hemos hecho porque somos honrados.

Miente quien diga lo contrario.

Pero si se nos rechaza, si nuestras súplicas son

(1) Celemin.

desatendidas. entonces quizá la desesperacion nos conduzca á muy lamentables extremos.

Aún es tiempo de evitar el mal que amenaza á Roma con un sangriento espectáculo.

Oblíguese á los logreros á que vendan el fruto á un precio módico, contentándose con una regular ganancia, y nosotros nos retiraremos y la ciudad quedará tranquila como de costumbre.

Yo respondo que asi sucederá; yo respondo de los que me acompañan.

—¡Sí, sí! gritaron millares de voces á la vez.

Cuando se hubo calmado algun tanto el tumulto, el pretoriano reclamó el silencio y este se restableció.

—Eso es hablar razonablemente, dijo aquel jefe.

Corro á hablar al emperador, y si, como espero, los dioses dan á mis palabras la persuasion necesaria, quedareis complacidos.

Esperadme y no deis voces.

—Aquí esperamos, dijo Trebonio.

Retiróse el pretoriano, y ni un grito, ni una pa-

labra pronunciada en alta voz partió de la multitud que bullia frente al palacio imperial.

Trebonio estaba satisfecho.

Por poca ambicion y poco amor propio que se tenga, siempre son agradables las simpatias y el cariño del pueblo.

El esclavo conocia que aquel pueblo le estaba agradecido, que le obedeceria en todo cuanto le ordenase, y experimentaba cierto género de orgullo por haber abogado en favor de los hambrientos de Roma.

Despues de haber tratado de potencia á potencia con el pretoriano, iba quizá á conseguir una orden para que los que almacenaban trigo vendiesen éste al precio de costumbre.

Habia sido una especie de *tribuno del pueblo*, y éste le daría probablemente desde entonces tan honroso nombre.

CAPÍTULO XIX.

—
Un rico improvisado.

Media hora más tarde, la inmensa puerta del palacio se abrió de par en par.

El oficial del pretorio se presentó en ella.

Llevaba en la mano un pergamino rollado, y en su semblante se veía retratada una gran satisfacción.

A sus espaldas, y armados con *pilum* (1) y *clypeus* (2), formaban veinte soldados que mandaba un *signifero* (3) de encanecidos bigotes y de atezado rostro.

(1) Lanza corta.

(2) Escudo.

(3) Oficial de poca graduacion.

Trebonio adelantó hácia el pretoriano, y éste le dijo entregándole el pergamino:

—Toma; el compasivo emperador, atendiendo á las poderosas razones que os obligaron á llegar hasta él, dispone en ese pergamino que todos los mercaderes de trigo que haya en Roma, aun cuando pertenezcan á la clase patricia, abran sus graneros al pueblo y vendan el grano al mismo precio que tenia en los últimos *idus* de *Augustus* (1).

Los amotinados, mansos ya como corderos, lanzaron mil exclamaciones de alegría al escuchar estas palabras:

—No es eso todo, prosiguió el pretoriano, imponiendo silencio con el gesto y la palabra.

Para el cumplimiento del decreto del sabio y bondadoso emperador, y por si alguno quisiese oponerse á lo mandado, irán con vosotros los soldados que aquí veis...

—¡Viva el gran Basiano!

—¡Viva el emperador!

—¡Viva el padre del pueblo!

Gritó la multitud.

Trebonio llevó la orden imperial á sus labios,

(1) Agosto.

la estrechó despues contra su corazon, y volviéndose al pueblo exclamó:

—¡Viva mil años!

Propongo que costeemos una estatua á nuestro bienhechor, con una inscripcion que conmemore su benéfico decreto.

Pobres somos, pero una buena voluntad puede mucho, y *libella á libella* lograremos reunir lo necesario para costear la estatua.

Ahora en marcha hácia la casa de Sabino Cloro, el insolente liberto que acumuló en sus trojes el trigo de toda la *Etruria*.

Dió el *signifero* la órden de marcha á sus soldados, y estos salieron de la *Casa Dorada* abrazado el escudo y lanza al hombro.

El pueblo se puso tambien en movimiento, vitoreando alegremente al emperador y á su amado *tribuno*, el resuelto Trebonio.

Este guió á toda aquella gente á la morada de Sabino Cloro, que estaba situada en la *via Lata*.

Sabino Cloro era un liberto opulento.

Cuando pertenecía á la humilde y mísera clase de los siervos, vendía *sigilonos* (1) en los mercados y á las puertas de los templos en los dias de gran solemnidad.

Se habia propuesto ser libre, y lo mismo que Joroclo, debió el serlo á una perseverancia poco comun en reunir lo necesario para comprar el derecho de poder disponer de sus acciones.

Activo y emprendedor, y con una voluntad de hierro, ejerció despues cien industrias, invocando á cada instante á Mercurio, el dios de los mercaderes, para que protegiese sus esfuerzos.

Escuchó el *numen* sus votos, y el caudal del liberto empezó á crecer como la espuma.

Pero á medida que se hacia rico crecian también su insolencia y su orgullo, razon por la cual lo aborrecia el pueblo.

Sabino Cloro se vengaba de este aborrecimiento, y los pordioseros que iban á llamar á su puerta jamás recibian en ella ni un miserable *as*, ni uno de los mendrugos que arrojaba á sus perros.

Contaban que ún dia, ó más bien durante una cruda noche de invierno, una pobre madre ham-

(1) Panecillos.

brienta, que llevaba de la mano á una niña hambrienta tambien, fué á llamar á la casa del liberto.

— Dentro de aquella casa sonaba una música suave y deliciosa, y el tumultuoso ruido de un báquico festin.

— Sabino Cloro obsequiaba á algunos patricios que no tenían escrúpulo alguno en saborear los esquisitos platos compuestos por su cocinero, y en beber el vino añejo de su bodega.

La timidez con que llamaba la desdichada madre y el estruendo del festin, impidieron que el *janitor* (1) oyese los golpes del *martillo* (2).

Pero en un momento de silencio llegó á oídos del guardian de la casa el llanto de la niña, que tiritaba de frio y gemia con el hambre.

Era compasivo el *janitor*, y presumiendo que algun desdichado llegaba á pedir una limosna, abrió el ventanillo de la puerta y preguntó á través de él:

— ¿Quién vá?

— ¡Soy una infeliz, respondió la pordiosera con dolorido acento, que por amor de los dioses pido un

(1) Portero.

(2) Aldabon.

pedazo de pan para una criatura de corta edad, á quien el hambre atormenta!

Al mismo tiempo que esto decia, la niña exclamó sollozando:

—¡Madre! ¡tengo hambre!

—¡A mala parte habeis venido á llamar, infelices! dijo enternecido el *janitor*. Pero sin embargo, esperad: voy á ver si consigo reunir algunos mendrugos...

La mujer esperó, y la niña no sollozó ya, porque tenia esperanzas de poder acallar pronto el hambre.

Para ir á las cocinas el *janitor* tenia que pasar necesariamente por el *impluvium* cubierto, en donde su señor daba de comer á sus amigos.

Sabino Cloro fijó en él su mirada de águila, y le preguntó con aspereza:

—¿Por qué abandonas la puerta, Claudio? ¿A dónde vas?...

El esclavo, todo confuso y tartamudeando, dijo que una pobre mujer y una niña demandaban limosna, y que iba en busca de un pedazo de pan para dárselo.

Disimuló Sabino Cloro el enojo que le causaba la caridad de su portero.

—Te tengo advertido más de una vez, le dijo, que en mi casa no se dá limosna á nadie.

Tu desobediencia va á ser causa de que te mande administrar algunas docenas de latigazos.

Por esta vez te perdono en gracia de la noble compañía en que me hallo, pero no echés en olvido mis advertencias.

Vuélvete á la portería.

El *janitor* se retiraba ya mohino y cabizbajo, cuando su amo añadió:

—Si esos mendigos insisten en pedir pan en esta casa, suéltales los perros.

—Un momento, dijo un patricio de aspecto noble y severo, levantándose de su asiento y dando un paso hácia el esclavo. Voy á reunirme con esos infelices, y veremos si entonces hay quien se atreva á soltar contra mí los perros.

Estas palabras produjeron un murmullo de aprobacion entre los convidados del liberto, porque toda accion noble y generosa consigue interesar á los que no tienen alma perversa y corazon empedernido.

Sabino Cloro quiso tartamudear algunas escusas, pero el patricio lo interrumpió diciendo:

—¡Todo aquel que de noble y honrado se precie,

que se levante y salga conmigo de esta casa, sobre la cual hará caer el supremo Jove, el día menos pensado, los rayos de su indignacion y de su justicia!

Todos los patricios que allí habia se levantaron, y sin dignarse mirar siquiera á Sabino Cloro, que se mordía los puños, tanta era la cólera que ardía dentro de su pecho, salieron del *impluvium* y poco despues de la casa.

A la puerta de esta encontraron á la mujer y á la niña, que estaba á punto de espirar de frio y de necesidad.

El patricio que primero se habia puesto de parte de aquellas infelices desprendió el manto que colgaba de sus hombros, y despues de doblarlo lo arrolló al cuello de la niña.

Hecho esto, le entregó á la madre la bolsa de fino cuero de oveja que llevaba al cinto, diciéndole:

—Toma, buena mujer; y si alguna vez vuelves á sentir hambre, no llares á la puerta de los ricos improvisados, porque suelen tener muy duras las entrañas!...

La pordiosera, llorando de agradecimiento, se puso de rodillas para recibir la limosna.

Los demás patricios imitaron el ejemplo de su compañero, y aquella mujer que algunos momentos antes no tenía un pedazo de pan para su hija, reunió diez bolsas que encerraban una respetable suma.

Loca de alegría, y colmando de bendiciones á sus bienhechores, cogió á la niña en sus brazos y se alejó corriendo de la casa de Sabino Cloro.

Este, pocos momentos despues, mandaba atar al *janitor* contra una columna y desahogaba su rabia descargando él mismo tremendos latigazos sobre las desnudas espaldas del esclavo.

Tal era el hombre á cuya casa caminaban los ciudadanos hambrientos de Roma, y los soldados que, en caso preciso, tenían que apoyar la órden de Heliogábalo.

... y además por los límites al ejemplo de la
guerra, y a la vez por que algunos monjes
los antes se tenía un pedazo de pan para su hijo
tenido diez boleros que encerraban en un resaca
bisarun.

... loca la elegía y colmado de bendiciones y
... a la una en sus brazos y
... se agitando de la casa de S. Juan de Otrero

... este poco momento después, mandaba ir
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas

... sobre las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas

... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas

... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas
... a las montañas de la columna y de las montañas

... a las montañas de la columna y de las montañas

CAPÍTULO XX,

En el cual se vé de lo que es capaz un pueblo desenfrenado.

Mucho antes de que el pueblo y los soldados llegasen á la *via Lata*, ya Sabino Cloro sabia la orden del emperador.

A la par que hombre despiadado, era tambien astuto y estaba lleno de prevision.

Comprendiendo que era inútil toda resistencia contra un pueblo amotinado, contra un pueblo que se alzaba terrible y amenazador, mandó á los esclavos que abriesen de par en par la puerta de su granero, y que fijasen á la entrada un gran pergamino en el cual se anunciaba la venta del trigo á un precio ínfimo.

Llegó el pueblo, impetuoso cual desbordado torrente.

Como nada se oponía á su paso, invadió el granero y se apoderó del trigo sin satisfacer su importe.

Cuando ya no quedó ni un solo grano, cuando Sabino Cloro creía haberse librado á costa de aquel saqueo, una liberta de edad madura gritó esforzando todo cuanto fué posible la voz:

—¿En dónde se oculta el logrero, el hombre ruin que comercia con la miseria pública?....

Se ha notado siempre que en las conmociones populares las mujeres son las más implacables, las que parecen estar destinadas á excitar las iras de la muchedumbre.

Regístrese la historia de los grandes crímenes, de las grandes revoluciones, y en unos y otras se verá que figuran mujeres, especie de furias vomitadas por el Averno mismo.

Las palabras de la liberta hallaron eco en los amotinados.

Sabino no tenía en el pueblo romano un solo amigo, una persona sola que alzase su voz para

defenderle, ni para implorar misericordia en favor suyo.

Sus riquezas y su soberbia causaban una sorda irritacion, una especie de cólera, que hasta cierto punto participaba de la envidia.

Permitánnos nuestros lectores esta otra digresion.

El pueblo bajo, *las últimas capas sociales*, como se dice en la época actual, sienten más antipatía, más odio si se quiere hácia un rico improvisado, que hácia un poderoso que desde la cuna disfrutaba del bienestar y las riquezas.

Además de esto, Sabino Cloro no habia sabido captarse el cariño del pueblo, para el cual, segun hemos dicho ya, solo tenia un marcado desprecio.

Un sordo murmullo acogió las palabras de la liberta.

Esta prosiguió:

—El avaro Sabino, el miserable de ayer que aún lleva en su cuerpo la marca de las cadenas de la esclavitud, se esconde y se intimida ante el pueblo, á quien salpican de lodo sus lujosos carros.

¿Lo habeis visto alguna vez en la *via Sacra*?...

Yo sí; yo le he visto hace pocos dias, muellemente recostado en una rica carroza.

Parecía un propretor, un tetrarca.

Le pedí una limosna, porque yo vivo de la caridad pública, y el infame, el malvado, hizo restallar el látigo sobre mí.

Desde entonces evoco diariamente á las Furias y á Nemesis para que castiguen á ese vil liberto que insulta al pueblo, que reniega del pueblo, y que chupa la sangre del pueblo como los repugnantes anélidos (1).

¡Muera Sabino!

—¡Muera!... aulló la multitud, que habia escuchado con religioso silencio las palabras de la liberta.

—¡Busquemos á Sabino Cloro! dijeron algunas voces.

El desdichado negociante de granos estaba perdido.

Los soldados se mantenian impasibles, dejando que el pueblo se despachase á su gusto.

Sabino Cloro estaba escondido en su casa, y desde su escondrijo escuchaba las voces roncadas y amenazadoras que pedian su muerte.

(1) Clase de gusanos de sangre roja, cuyo cuerpo está dividido en muchos segmentos ó anillos.

Trémulo, acobardado, y conociendo demasiado tarde que habia hecho mal en no procurarse el cariño y el respeto del populacho de Roma, rogaba á los inmortales que lo librasen de aquellos furiosos que tronaban á la puerta de su opulenta morada.

Sentia aproximarse la tempestad, conocia que iba á estallar sobre su cabeza, y hubiera dado de buena gana toda su fortuna por hallarse lejos de aquellos furiosos.

CAPITULO XXI.

Continuacion del anterior.—La justicia del pueblo.

Sabino Cloro se habia ocultado en un estrecho desvan, cubierto con un caballete ó tejadillo (1), que habia en el *impluvium* de su casa.

Esta habia sido invadida por las turbas, las cuales destrozándolo todo, apoderándose de todo lo que encontraban á mano, pedian á gritos la cabeza del mísero negociante de granos.

Despues de registrar escrupulosamente todos los aposentos, interrogaron á los siervos de Sabino á fin de que dijesen en dónde se hallaba su señor.

Los esclavos fueron fieles, excepto uno llamado

(1) *Fastigium*.

Lucanio, al cual el rico negociante habia castigado con terrible crueldad pocas horas antes.

La cólera, el deseo de venganza, hervian en el pecho de Lucanio.

—Yo diré, gritó el esclavo, en dónde se halla escondido Sabino Cloro. Mas para que hable, para que descubra su escondrijo, es necesario que se me prometan dos cosas.

—¿Cuáles son? preguntó el agitador Trebonio, que continuaba capitaneando á los amotinados.

—La primera que he de ser declarado hombre libre, y la segunda que nadie más que yo ha de dar muerte á Sabino.

A nadie causó extrañeza la primera condicion; pero al oir la segunda se alzó por segunda vez un sordo murmullo.

Trebonio impuso silencio, y dirigiéndose á Lucanio le preguntó :

—¿Tienes que vengarte de alguna injuria?

—¡Sí! respondió roncamente el esclavo.

—Pues entonces, añadió el jefe de las turbas, yo te autorizo en nombre del pueblo á quien represento para que seas el *carnifex* (1) de tu señor;

(1) Verdugo.

para que le echés un lazo al cuello, y le saques arastrando á la via pública.

¿Estás satisfecho?

El esclavo hizo un movimiento afirmativo.

—Respecto á conseguir tu libertad, prosiguió Trebonio, serás libre, como lo serán tambien todos los demás siervos de Sabino Cloro.

Los esclavos prorumpieron en gritos de alegría.

—Venga una escala, gritó Lucanio.

Trajéronle una escala de bastante elevacion, tanto que tocaba á la parte más alta del *impluvium*, y apoyándola contra el tejadillo subió por ella con la agilidad de un mono.

La multitud guardaba silencio, ansiosa de ver el desenlace.

Cuando Lucanio hubo llegado al alero del tejadillo, apoyó en él ambas manos, miró á derecha é izquierda, y luego desapareció.

Pocos instantes despues se oyó un agudo grito, al cual sirvieron de eco los sordos murmullos del gentío.

El vengativo esclavo volvió á aparecer á la vista de la muchedumbre.

Llevaba agarrado fuertemente por el cuello á

un hombre de pequeña estatura, y lo arrastraba con fuerzas hercúleas.

Aquel hombre era el negociante Sabino Cloro, el cuitado negociante, que más muerto que vivo veía aproximarse el último momento de su vida.

—¡Aquí teneis á mi *honrado y bondadoso* señor! gritó el esclavo paseando su mirada de tigre hambriento por los grupos de mujeres y hombres harapientos que se agitaban en el *impluvium*.

—¡Desciende con él!

—¡Mátale!

—¡Echale un dogal al cuello!

Gritaron muchas voces á la vez.

—¡Piedad! ¡compasion! imploró Sabino con voz doliente.

—¡No hay compasion para los infames como tú! replicó Lucanio rechinando los dientes como pudiera haberlo hecho una fiera, y enarcando sus espesas cejas que casi se unian sobre sus ojos chispeantes. ¡Vas á sufrir, añadió, el merecido castigo!

Ya cuidaré de poner una moneda dentro de tu boca para que puedas pagar el pasaje del rio negro del Tártaro.

Sabino intentó oponer una desesperada resistencia, mordiendo y arañando á su infiel esclavo.

Este, cada vez más enfurecido, lo agarró por la cintura, y levantándolo sobre su cabeza, gritó con voz atronadora:

—¡Apartaos...!

La multitud se replegó hácia los cuatro ángulos del patio.

Entonces sucedió una cosa horrible.

Sabino, que gritaba desesperadamente, agitando los brazos y las piernas, fué lanzado por el esclavo, y despues de hendir con velocidad el espacio que le separaba del pavimento del *impluvium*, se estrelló contra éste y luego quedó inmóvil.

Su cabeza se habia estrellado, y arrojaba por la boca sangre negra y espumosa.

Lucanio lanzó un grito de satánica alegría, y empezó á bajar de dos en dos los travesaños de la escala.

De un salto se plantó al lado del que parecia ya cadáver, y le puso el pié sobre el cuello, oprimiéndoselo con bárbara complacencia.

Nadie protestó contra aquel nuevo acto de salvaje ferocidad, pero ninguna palabra de aproba-

cion, ningun grito de aquiescencia se oyó en el *impluvium*.

Esto consistia en que la multitud era ménos cruel que Lucanio.

Despues de haber saciado en parte el esclavo el mortal rencor que le dominaba, pidió una cuerda.

Un niño de corta edad, especie de jimio sucio y repugnante, puso en sus manos el objeto que habia pedido.

Lucanio hizo con suma destreza un lazo corredizo y colocó el lazo en el cuello de su señor, ya exánime.

Despues, agarrando la cuerda por el extremo opuesto, gritó esforzando la voz todo cuanto le fué posible:

—¡Al Tíber! ¡Corramos á dar sepultura al gran Sabino Cloro..!

Pronunciadas estas palabras lanzó una carcajada tan brutal como sonora, y salió corriendo sin dejar de tirar de la cuerda, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Paso! ¡Paso á la justicia del pueblo!

Como debe suponerse, el liberto, que se empezaba á agitar con las convulsiones de la agonía,

salió arrastrando también, y dando tropezones aquí y allá.

Tras él quedaba un ancho surco de sangre.

El pavor, ó mejor dicho la estupefacción que dominaba á la multitud, desapareció en aquel momento, y las frenéticas turbas se lanzaron en pos del esclavo y del liberto moribundo, aullando, dando gritos de alegría, y causando profundo terror en las gentes pacíficas de Roma, que huían despavoridas ante aquella furiosa avalancha humana.

Siempre corriendo, vociferando siempre, Luciano y los que le seguían llegaron al puente Sublucio (1), y desde allí precipitaron en el Tíber el destrozado cuerpo de Sabino Cloro.

Este era ya cádaver.

Su ambición, su desmedida avaricia y su desprecio hacia el pueblo, le habían perdido.

En tanto que su cádaver, impetuosamente arrollado por las cenagosas aguas del río, corría hacia el Tirreno, su casa era saqueada, sin que los

(1) Además de este puente, el Tíber, en todo el trecho que pasaba por Roma, tenía en tiempo de Heliogábalo el puente Milvio, el Alio, el Triunfal, el Rompu, el Aureliano, el Fabricio y el Cestino.

soldados pretorianos, los ediles, ni ninguna otra autoridad de Roma se opusiesen á aquel culpable despojo.

Unos y otros estaban acobardados ante la terrible *justicia del pueblo*.

CAPÍTULO XXII.

La ciudad maravillosa.

La justicia del pueblo, la espantosa muerte dada á Sabino Cloro, produjo en Roma el efecto que era de esperar.

Los graneros particulares se abrieron.

El pueblo entonces pudo comprar trigo á tan bajo precio como no lo habia comprado jamás, ni aún en los tiempos de más grandes cosechas en la Mauritania, que por su fertilidad era llamada *el granero de Roma*.

Calmados momentáneamente los odios contra Heliogábalo, la capital del mundo volvió á adquirir su habitual indolencia y su extremada afición á los festejos.

Aquel pueblo enervado por la molición, no pen-

saba entonces más que en placeres los más reprobados y crapulosos.

Emula de Sibaris y de Babilonia, daba acogida á todos los vicios, á todos los desórdenes, y sus robustos muros y sus palacios de mármoles y jaspe encerraban todo lo más degradado é innoble que habia en la tierra.

La decadencia empezaba á tocar su último período, y era necesario que Alarico al frente de sus guerreros de larga cabellera, de sus viejos soldados envueltos en pieles y cubiertos de cicatrices, purificase con el fuego aquella llaga impura que se llamaba Roma.

¡Roma!

¡Hermosísima ciudad! centro radiante del fausto y de las riquezas, habia de ver á uno de sus emperadores (1) cobardemente encerrado en su castillo de *Asti*, y á los *bárbaros* gritando ante sus muros:

«No es bastante que Roma haya comprado su libertad con innumerables riquezas.

»Riquezas tiene aún dentro de sus muros, y queremos el saqueo.»

(1) Honorio.

Estos gritos, que hacian estremecer de horror á los moradores de la ciudad de Rómulo, eran el preludio de una horrenda tempestad.

Al fin los godos tomaron por asalto sus muros y se lanzaron en sus opulentas calles, tendida la cabellera al viento, lanza corta ó espada en mano, y durante tres dias Roma sufrió todos los horrores del saqueo.

En tan corto espacio de tiempo la imperial ciudad vió desaparecer las riquezas acumuladas durante nueve siglos de triunfos y de gloria, y sufrió al fin todas las calamidades que durante tanto tiempo habia hecho pesar sobre el mundo conocido.

¡Triste destino de los pueblos!

Saqueada Roma, convertida en negro monton de humeantes ruinas, el pueblo cristiano oculto en las lóbregas catacumbas salió á la luz del sol y como lo habia hecho siempre, predicó las admirables doctrinas del Mártir del Calvario.

Al paganismo sucedió entonces la religion del Crucificado, que empezó á imperar en el mundo civilizadora y gloriosa.

Los *dioses* cayeron para no volverse á alzar más que en las salas de los museos y como objetos

de arte, y la profecía de la vieja sibila de Cumas se cumplió al fin.

El pueblo continuaba degradado, repetimos, y orgulloso con su espléndida ciudad que dominaba aún á casi todo el mundo conocido entonces, pasaba el tiempo admirando sus riquezas públicas y embriagándose con las sangrientas emanaciones del *Coliseo*.

En la época de Heliogábalo, Roma era un portento de belleza.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la breve descripción que vamos á hacer de aquella ciudad encantadora, teniendo á la vista la preciosa obra de un ilustre escritor moderno (1).

Del período republicano quedaban aún grandes construcciones, entre ellas la vía Apiana, el *Tabulario* ó base del Capitolio, los templos de la Fortuna Viril, de Juno Matuta, de la Piedad y de la Esperanza; el teatro de Pompeyo y el sepulcro de Tíbulo.

(1) Rives: *Geografía histórica de la ciudad antigua*.

Más fastuoso el imperio, más pródigo en construcciones, cubrió á Roma de grandiosos monumentos.

En primer lugar merece citarse el *Foro Romano*, rodeado de edificios de sorprendente belleza.

En el Foro estaba el *Tabulario*, lugar destinado para la conservacion de las *tablas de bronce* que contenian los senado-consultos y plebiscitos, y estaba tambien la columna *Rostrata* ó de las arengas.

Tambien habia en Roma el Foro de César, el de Palladio, obra de Domiteo; el *Boario*, destinado á mercado de bueyes, el *Olitorio* y el de Antonino.

Todos aquellos foros, eran admirables, sorprendentes.

La basilica Julia, debida á Julio César, era una verdadera maravilla del arte.

Veíase igualmente, rico en arquitectura, el famoso templo de Júpiter Stator.

En él llamaban particularmente la atencion tres grandiosas columnas de orden corintio, de cuarenta y seis piés de altura.

Entre sus innumerables templos figuraban en

primer término, el de Faustina, construido sobre unas anchurosas gradas, y con un pórtico de soberbias columnas; el templo de Rómulo y Remo; el de Venus; el de Júpiter Capitolino, delante del cual se veían las estatuas de Júpiter y Hércules de Lisipo (1), traídas de Tarento; el templo de Vesta, de forma circular, con un pórtico sostenido por columnas de orden corintio, talladas en hermoso mármol de Carrara; el de Minerva *Médica*, con las estatuas de Esculapio, Pomona, Adónis, Venus, Fauno, Hércules y Antinoo; el de Palas; el Panteon; otro templo: el de la Concordia, dentro del cual pronunció Ciceron su célebre arenga contra Catilina; el de Júpiter Tonante, y otros cien y cien todos ellos á cual más hermosos y ricos.

Merecen citarse entre los edificios destinados á las fiestas públicas el *Coliseo*, tenido y con razon por una de las maravillas del mundo; el anfiteatro *Castrense*; el circo de Salustio y los de Flaminio, *Heliogábalos*, Septimio Severo y Neron.

Servian de paseo en tiempo de lluvias los ma-

(1) Aquellas estatuas eran de cobre.

jestuosos y grandes pórticos, y algunos de estos se hallaban á espaldas de los teatros.

Los arcos de triunfo levantados á los generales se hallaban esparcidos con profusion por toda la ciudad, y entre ellos sobresalian el de Dolabella y Silano; el de Jano *Quadrifronte*, compuesto de cuatro arcadas y cuarenta y ocho ornacinas que contenian estátuas (1); el de Tito, destructor de la ciudad *deicida* y los de Galieno y Pantano.

Con el mismo objeto de conmemorar grandes y gloriosos sucesos se levantaban columnas honoríficas, algunas de las cuales han llegado hasta nuestros dias.

En el centro del Foro se veia la columna de Focas, de prodigiosa elevacion.

Como el pueblo romano se habia enervado, contaminado mejor dicho, con las costumbres de Oriente, se edificaron multitud de termas, cuya magnificencia puede adivinarse fácilmente no tan solo por las descripciones de los escritores antiguos, sino tambien por los mutilados restos que de ellos se conservan.

Roma tenia nada menos que treinta y siete

(1) Este arco estaba completamente revestido de mármol.

puertas, entre las que eran las más notables la Colina, la Viminal, la Esquilina, la Carmental, la Triunfal y la Capena.

El número de sus calles principales ascendía á cuatrocientas veinte y cuatro.

De aquellas calles nos contentaremos con citar la via Sacra, la via Lata, la via Flaminia y la via Appia ó calle de los Sepulcros (1).

Los terrenos libres de Roma destinados á varios objetos, especialmente á los ejercicios militares, eran diez y siete: el *Campo de Marte* era el de mayor extension.

Tenia además treinta y dos bosques sagrados, dependencias de los templos, y cinco *naumaquias*, muy semejantes por su forma á los circos, y en las cuales se simulaban batallas navales.

Catorce inmensos acueductos levantaban su masa sombría é imponente.

Aquellas obras gigantescas, verdaderas *obras de romanos*, probaban el grado de civilizacion á que habia llegado *el pueblo rey*.

En fin: Roma era merecedora por todos con-

(1) Llamábase tambien la reina de los caminos.

ceptos del nombre con que hemos bautizado este capítulo.

La ciudad maravillosa no tenia rival en el mundo, y la antiquísima Babilonia, la célebre Atenas y la opulenta Palmira, no habian ostentado jamás tan crecido número de edificios, no habian atesorado nunca tantas maravillas.

Los brillantes rayos del sol de Italia hacian brotar mil chispas de sus dorados capiteles, de sus estátuas de ricos metales y de sus soberbios palacios, que parecian obra portentosa de los génius.

¿Qué le faltaba á Roma?

Nada, nada le faltaba; excepto virtudes, de las cuales carecia desde que el mundo depositaba humilde sus tesoros, sus piedras preciosas, sus mármoles, sus telas más ricas, y hasta sus más hermosas mujeres, dentro de su murado recinto.

En castigo de sus delitos, de sus torpes vicios, Roma debia ser destruida; Roma debia ver teñidas con la sangre de sus ciudadanos las turbias aguas de su rio silencioso, del amarillento Tíber.

Pero hasta tanto que llegase aquel momento, hasta que se cumpliese el justo decreto de la Providencia, la ciudad imperial habia de continuar imponiendo las leyes al mundo.

Ella quería ser libre, grande, poderosa, y para conseguirlo convertía en pueblos de esclavos á todos aquellos pueblos á quienes conquistaban sus aguerridas cohortes.

CAPITULO XXIII.

Honras fúnebres de Rufo Hostilio.—El dolor de un centurion.

Rufo Hostilio, el anciano padre de la infortunada Cornelia, espiró de vergüenza y de dolor.

No podia consolarse de la pérdida de su hija, aquella víctima del capricho imperial, aquella pobre jóven, ardientemente enamorada del más infame y vil de todos los emperadores de Roma.

Además el pundonoroso anciano, aun cuando á todos inspiraba una tierna compasion, no podia acostumbrarse á ver deshonorado su nombre; nombre respetable, que siempre habia pronunciado el pueblo con legítimo orgullo.

Espiró, repetimos, y el Senado dispuso que su cadáver fuese quemado en el campo de Marte con

toda la pompa fúnebre, con todas las fastuosas ceremonias que se empleaban para honrar la memoria de los grandes hombres romanos.

En tanto que el fuego consumia la pira, rociada con aceites olorosos, los *vespillones* (1) y las *præficas* (2) entonaban su canto funeral, mesándose los cabellos, arañándose el rostro y derramando lágrimas que, por más que eran hijas de un fingido dolor, excitaban la ternura del numeroso gentío que se extendia por el campo.

Gladiadores, pagados tambien, combatian medio desnudos en torno de la pira, armados con un escudo y una espada corta de dos filos.

El humo subia hasta las nubes y las llamas quemaban el cadáver, embalsamado de antemano por los *pollinectores* (3).

Consumido el cadáver y apagado el fuego con vino y agua, las cenizas de Rufo Hostilio fueron encerradas en una urna de jaspe, entre flores y aromas.

(1) Conductores de cadáveres.

(2) Mujeres asalariadas que entonaban cantos fúnebres ensalzando las buenas cualidades del difunto.

(3) Llamábanse así los esclavos ó libertos que embalsamaban á los cadáveres despues de lavarlos con agua caliente.

Aquella urna se depositó en un sepulcro de la vía Appia.

En la losa cineraria, despues del nombre y edad del padre de Cornelia, se grabaron tambien estas cuatro letras:

S. T. T. L.

Eran las iniciales de las siguientes palabras: *Sit tibi terra levis*, lo cual quiere decir: séale la tierra ligera.

Cumplidos estos deberes piadosos, la casa de Rufo Hostilio fué cerrada, y sus esclavos, á los cuales el difunto habia concedido la libertad pocos momentos antes de espirar, se dirigieron, impulsados por la gratitud, hácia la Aquitania (1), en donde se hallaba Aurelio, hijo de su generoso é infortunado señor.

Aurelio, jóven de arrogante presencia y de probado valor en los combates, era centurion del ejército romano.

(1) Parte de la Galia, limitada en un principio por el Garona, los Pirineos y el Océano.

Cuando el jóven supo el trágico fin de su hermana y la muerte de su padre, no derramó una sola lágrima, no lanzó un solo gemido; pero su dolor fué tan vivo que en pocos dias encanecieron una gran parte de sus negros y abundantes cabellos.

Además en su frente, en donde hasta entonces habia brillado la alegría, apareció una profunda arruga, hija á no dudarle de una idea fija y dolorosa.

Aurelio pidió una licencia al *imperatur*(1) Claudio Labeon, que mandaba el ejército de la Aquitania, á fin de poder dirigirse á Roma, á donde le llamaban sus asuntos.

La licencia le fué concedida sin la menor dificultad, y Aurelio abandonó taciturno y sombrío la *castra* ó campamento romano.

Llevaba un infierno en su corazon, y el deseo de tomar una terrible venganza le agitaba.

(1) General en jefe.

CAPÍTULO XXIV.

Ante una tumba y al cruzar la calle del Sátiro.

Al llegar á Roma, lo primero que Aurelio hizo fué visitar la tumba de su padre.

El fiel esclavo Flaviano le acompañaba.

Quedóse parado el jóven centurion frente á la sepultura, cruzado de brazos y fija la mirada en la losa cineraria.

Al cabo de largo rato exhaló un profundo suspiro, y con voz sorda pronunció estas palabras:

—*¡Sit tibi terra levis!*...

¡Sí, padre mio!

Séate la tierra ligera, y concédante los inmortales la dulce paz de los Campos Elíseos!

Para tí el descanso de los buenos; pero para mí, que soy tu hijo, el único ser que queda de tu es-

clarecida raza, las tempestades de la vida, la terrible misión de vengarte.

Descansa en paz, padre amado.

Tu sombra y la sombra de mi infeliz hermana no vagarán en torno mio en forma de *lemures* implacables, pidiéndome venganza; porque yo me apresuraré en descargar sobre el cuello de vuestro verdugo la cortadora espada de Nemesis!...

Excitado el centurion por los furores que llenaban su pecho, habia alzado la voz más de lo necesario, y algunas personas que vagaban (1) por allí cerca, se habian parado á escucharle.

—¡Cálmate, señor! exclamó Flaviano, posando suavemente su diestra en el hombro del jóven. ¡Cálmate, y ten en cuenta que tus palabras pueden llegar á oídos indiscretos, y entonces.....

—Tienes razon, afirmó el jóven. He sido un imprudente dejándome arrebatarse por la ira.

Alejémonos de aquí.

Esto diciendo, besó el mármol de la tumba de Rufo Hostilio y se alejó seguido de Flaviano.

(1) Según afirma un autor latino, la via Appia era durante la noche un lugar muy frecuentado por los libertinos de Roma y por las mujeres de vida airada.

Uno y otro, en vez de dirigirse á la casa del difunto patricio, se encaminaron hácia el Aventino, en una de cuyas tortuosas calles vivia oculto el centurion.

Así convenia á sus designios.

Distaban mucho de ser aquellos barrios un centro aristocrático.

Albergábanse en ellos gentes de virtud dudosa; gentes que tenian sus razones para evitar la presencia de los *aparitores* del edil de aquel cuartel.

Las cruces del monte Esquilino y las terribles prisiones que habia en Roma, hacian temblar á más de un criminal.

Sin embargo, conforme hemos dicho ya muy por extenso en otros libros de la índole del que vamos escribiendo, los ediles se cuidaban poco en tiempo de los emperadores de limpiar la *ciudad eterna* de asesinos y otras gentes de mal vivir.

Atravesaban Aurelio y Flaviano una oscura calle, que por tener una estatua de Marsyas se llamaba la calle del Sátiro.

Siervo y señor caminaban silenciosos.

Silenciosa estaba también la ciudad, y solo se escuchaban esos indescifrables rumores que durante la noche se elevan de una gran población entregada al sueño.

Repentinamente aquella quietud, aquel silencio, fué turbado por multitud de voces que sonaban á larga distancia.

Aurelio se detuvo y escuchó.

Flaviano hizo lo mismo.

—¿Qué será eso? preguntó el primero. ¿Se habrá alzado por fin Roma contra el infame que la deshonra y oprime?

—Lo ignoro, señor.

—¡Oh! si la suerte me favorece; si alguna circunstancia imprevista me ayuda á satisfacer mi justa venganza, prometo sacrificar ante el ara de Larunda (1) veinte ovejas negras.

—Esos gritos, replicó Flaviano, más bien que de motin parecen gritos de fiesta y regocijo.....

Y sin embargo, al ménos que yo sepa, hoy no hay en Roma motivo alguno para que el pueblo recorra las calles entregándose al júbilo.

(1) Madre de los dioses manes.

Esperemos, señor, y pronto habremos salido de dudas.

Los que promueven ese tumulto parecen dirigirse hácia aquí.

En efecto, los gritos se iban haciendo cada vez más perceptibles, y hasta se escuchaban algunos vítores.

Aurelio llevaba puesta una especie de *clámide* con capucha puntiaguda, y se echó ésta sobre el rostro.

—Esperemos aquí, dijo deteniéndose á la entrada de un arco sombrío que ocupaba todo el ancho de la calle, arco elevado en tiempo de los reyes de Roma á Servio Tulio (1).

—Como gustes, señor, añadió Flaviano deteniéndose tambien.

(1) Sesto rey de Roma.

Era esclavo, y fué adoptado por la esposa de Tarquino *el Antiguo*, sucediendo á éste en el trono 587 años antes de Jesu-
cristo.

No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Se sentía la proximidad de un numeroso gentio, del cual partían alegres carcajadas y gritos.

El vivo resplandor de las antorchas iluminó uno de los extremos de la calle del Sático.

Al propio tiempo una voz femenil y aguda gritó, sobresaliendo por encima de las demás voces:

—¡Viva el glorioso Elagabal! ¡viva el padre de las *lenas* y *lenones*!.... (1)

Un prolongado ¡viva! espontáneo, atronador, respondió á la aclamacion femenil.

El hijo de Rufo Hostilio se estremeció, y dejó caer todavía más la capucha sobre su rostro.

(1) Mujeres y hombres dedicados al oficio vil del meretricio.

CAPITULO XXV.

Infamia y degradacion.

Desde el oscuro arco, Aurelio y Flaviano vieron lo siguiente:

Una turba de hombres y mujeres, notables los primeros por sus rostros afeminados y por sus túnicas amarillas y verdes, y las segundas por sus blondas pelucas rubias y su desfachatez, llegaban desordenadamente, volviendo á cada momento la cabeza hácia atrás como para mirar á alguna persona ó á algun objeto determinado.

Mujeres y hombres alumbraban con largas antorchas, de las cuales se elevaba á la vez luz y humo.

Muchas de las mujeres, casi todas, eran jóvenes y bellas. Pero en sus rostros se notaba esa

marca indeleble y repugnante que estampan las viciosas costumbres.

Antes de continuar, conviene que nuestros lectores sepan que lo que vamos á referir en este capítulo es histórico.

Dicho esto, prosigamos.

En pos de los hombres y mujeres de las antorchas, y rodeado por algunos patricios y libertos, entre los cuales figuraba tambien el favorito Joroclo, se veia á un hombre encorbado, y que parecia caminar trabajosamente, cual si él peso de los años le obligase á inclinar la cabeza sobre el pecho.

Sin embargo, aquel hombre no era anciano.

Diremos quién era, aun cuando estamos persuadidos de que ya lo habrán adivinado nuestros lectores: aquel hombre era Heliogábalo.

El más vil y bajo de los emperadores llevaba puesto y recogido sobre el hombro derecho un cumplido manto de color verde muy claro.

En la cabeza, y ciñendo una peluca sembrada de limaduras de oro, llevaba igualmente una diadema bastante parecida á las que usaban las antiguas reinas de Babilonia, y enteramente igual á aquellas con que se presentaban en los espectáculos públicos las desenvueltas mujeres de Siria.

La vacilante luz de las antorchas hacia brillar las piedras preciosas de que estaba cuajada la diadema.

Esta y el manto verde, color consagrado á los impuros dioses del libertinaje, era una especie de librea de la prostitucion; una librea que los reglamentos de los ediles imponian en Roma á las mujeres de reprobadas costumbres.

Aun cuando Roma era una ciudad crapulosa y pervertida, los hombres encargados de hacer cumplir las leyes no podian tolerar que una ramera usase los mismos colores ni vistiese del mismo modo que una honrada matrona, descendiente de aquellas nobles mujeres que en otro tiempo habian hecho tanto honor á la orgullosa ciudad.

Los ediles consentian que una meretriz hiciese

pública ostentacion de sus riquezas y de su belleza de formas, pero castigaban severamente á la que se presentaba en público vestida con un *traje honesto*, digámoslo así.

En los archivos edilitarios constaba que Teofanía, mujer de la Laconia, habia sufrido la pena de cien azotes solo por haber tenido el atrevimiento de presentarse en unos juegos públicos con una *palla* (1) *órlada*.

Por lo tanto, al presentarse en público Helio-gábalo con el manto y la mitra, traje usual de las rameras, retaba á las buenas costumbres, insultaba á las matronas

Él, que por su posicion era el primero de los romanos, el que ocupaba el más elevado puesto entre aquel pueblo de orgullosos señores, cometia un acto de los más reprobables, disculpable únicamente con la demencia.

Demente estaba al parecer, á juzgar por sus gestos de mono, por sus miradas chispeantes y por los gritos, ó mejor dicho aullidos que de cuando en cuando se escapaban de su pecho.

(1) Manto corto que usaban las mujeres.

Pero no se hallaba demente, nó, y los buenos ciudadanos de Roma no tenían necesidad de hacer sacrificios en el altar del dios *de la Locura* para que su indigno emperador recobrase la salud. Sus gestos y sus gritos eran hijos de la embriaguez, y en aquel momento abandonaba el palacio imperial, después de haber presidido una larga y borrascosa *comesation*.

A esta habian asistido, como de costumbre, un crecido número de mujeres, cuyos nombres figuraban en los libros ó empadronamientos de los ediles del pueblo (1).

Las meretrices habian pedido al emperador que fuese su amparo, y Heliogábalo, en un momento de avinado entusiasmo, exclamó:

—Sí, por el Sol!

Vuestro amparo seré desde hoy en adelante, y de nada carecereis.

(1) Habia ediles del pueblo, ó *plebeyos*, que tenían á su cargo los edificios públicos, baños, templos, teatros, acueductos, caminos, etc., etc., y que además cuidaban de mantener el orden en los respectivos cuarteles que tenían á su cuidado.

Tambien habia en Roma ediles *cereales*, *peregrinos* y *curules*.

Estos últimos eran los directores de los juegos solemnes, y podian prohibir la representacion de las piezas que se representaban en el teatro si así lo creian oportuno.

Mis ediles son con vosotras muy rigurosos, y no os dejan vivir en paz; ¡póbres mujeres! Pero repito que en mí tendreis un protector decidido.

¡Yo inspeccionaré vuestros lupanares y *suburbios*; yo enmendaré la injusticia del Destino, procurando mejorar en todo lo posible vuestra triste situacion!....

Al expresarse en estos términos aquel sér despreciable, derramaba copiosas lágrimas.

Calmada algun tanto su ridícula ternura, se despojó de su manto de emperador y se puso el de una meretriz.

Las ramera aplaudieron con frenesí.

Despues encajó sobre su calva cabeza una peluca sembrada de polvos de oro, propiedad de una jóven asiática que se llamaba Lastenia, y encima de la peluca se puso una mitra que pertenecia tambien á aquella mujer.

Hecho esto, gritó muy satisfecho de sí mismo:

—¡A los suburbios!... ¡Vamos á socórrer á las buenas meretrices!...

Y el menguado, seguido de sus libertos, de los parásitos patricios que componian su corte, y de las *impuras*, salió de su palacio para ir á hacer una visita á los inmundos *mechinales* de la capital.

Roma en sus momentos de mayor delirio, de más loco desenfreno, no había presenciado nunca un espectáculo tan infame y degradante.

Al majestuoso manto de los Césares, manto orlado de púrpura, y á la corona *mural* y gloriosa de Julio César, había sucedido, para deshonra de Roma, el manto verde y la mitra de las prostitutas.



CAPITULO XXVI.

Un socorro oportuno.

Era completamente de noche cuando Heliogábalo salió del *lupanar dorado*, en donde degradaba en su persona á todo el pueblo romano, y la extraña procesion de beodos y rameras se puso en marcha atravesando con burlesca solemnidad las calles de Roma.

Las personas honradas que aquella turba soez encontraba en su camino, se asombraban al ver al emperador ataviado de un modo tan ridículo como deshonoroso.

—¡Basiano, dijo un jóven patricio hablando con un viejo de arrugado rostro y crecida barba, patricio tambien, Heliogábalo es un imbécil!

— No, afirmó el anciano con acento sombrío. ¡Es un miserable!...

Siguió adelante la procesion, y en poco tiempo se unieron á ella un crecido número de *unguentarias* (1), de *lenones* y de *circulatrices*, de las que vagaban en busca de dinero y aventuras, por las calles de la ciudad.

Con la rapidez del rayo, se habia extendido la noticia de que Heliogábalo iba á visitar los lupanares.

El tumulto y el escándalo se aumentaba por instantes.

El emperador, más y más complacido y ufano por verse aclamado por las rameras y bribones que le rodeaban, hubiera sido completamente dichoso sin el cansancio, debido á su estenuacion;

(1) Mujeres dedicadas al oficio de perfumistas.

A pesar de lo aficionados que eran á los perfumes los romanos de ambos sexos, ninguna persona que en algo se estimaba, entraba de día en las casas de las unguentarias.

Iban á ellas de noche y recatándose el rostro.

que pesaba sobre él, cual si fuera una losa de plomo.

En el momento de llegar á la calle del Sático, aquel cansancio era tal, que apenas podia dar un paso.

—Mi buen *escanciador*, dijo volviéndose hácia un liberto que le seguia, llevando en una mano un jarro enorme de plata y en la otra un hermoso cáliz del mismo metal. Llena la copa del exquisito vino de Chipre que contiene el jarro, y deja que humedezca mis secas fauces...

¡Se me abrasa el pecho, y apenas puedo respirar!...

Obedeció el liberto, y Heliogábalo vació el cáliz de un solo trago.

El vino pareció reanimarle algun tanto, y sus ojos brillaron lo mismo que si fueran dos brasas.

—¡Muy bien, perfectamente! añadió devolviéndole la copa al liberto, y elevando la cabeza.

De todos los dioses que venera Roma, el que me agrada más es el dios de los pámpanos y del tonel.

Mandaré que le levanten un nuevo templo.

—¡Vergüenza! ¡degradacion! gritó en aquel momento un hombre de rostro severo y de miradas

amenazadoras, abriéndose bruscamente paso por entre el gentío y deteniéndose á corta distancia de Heliogábalo.

—¿Qué dices? preguntó éste tambaleándose.

El desconocido lo midió de alto á abajo con una mirada de desprecio, y sin hacer caso alguno de su pregunta añadió de este modo:

—¡Si algun honrado ciudadano me escucha, si en Roma queda aun un solo resto de dignidad, cese de una vez tanto oprobio!...

Quizá iba á proseguir aquel hombre, que con tal valor y decision hablaba, pero Heliogábalo lanzó una carcajada sonora, y cuando su hilaridad hubo cesado, dijo con alegre acento:

—Censor severo, que así te atreves á calificar mis actos, hijos de la bondad de mi corazón, reflexiona durante un momento; considera.... Pero, no, sigue mis pasos, y verás que soy buen padre de la patria, buen enjugador de lágrimas, buen protector de desvalidos.

En pos de alto renombre voy.

El Senado me decretará una estatua, estatua colosal que recordará á los siglos futuros...

—¡Si, gritó el desconocido impetuosamente, una estatua con una soga al cuello!...

¡Esa sería la estatua que deberían alzarte; la estatua que merece todo aquel que con sus actos deshonre al gran pueblo romano!...

Estas palabras dichas con voz atronadora que dominó completamente los murmullos que había excitado la presencia del que acababa de pronunciarlas, impusieron á la multitud durante algunos instantes.

Pero á los murmullos siguieron voces sordas, gritos de amenaza, y por último estalló un espantoso tumulto.

Heliogábalo, para la canalla vil que le rodeaba en aquel momento, era un ídolo; una especie de semi-dios, infinitamente superior á los grandes hombres que habían merecido bien de la patria.

El desconocido se cruzó de brazos, y con serena mirada y severo y valeroso continente, afrontó las desencadenadas iras del gentío.

Una mujer, especie de furia desgredada y repugnante; una de las más despreciables ramera de los *bustuarios*, adelantó hácia él y vomitando improperios, le arrimó el puño cerrado al rostro.

Brillaron de cólera é indignacion los ojos del desconocido, y desenlazando sus brazos agarró á la ramera por la cintura y despues de sacudirla

con violencia, la arrojó á algunos pasos de distancia.

La multitud se puso cada vez más furiosa, y sin que le amedrentase el hombre que acababa de dar pruebas de tener una fuerza tan prodigiosa, avanzó hácia él.

Mal lo hubiera pasado el desconocido, si dos hombres, uno de ellos espada en mano, no se hubieran colocado al lado suyo.

La multitud al verlos, vaciló.

Uno de aquellos dos hombres, el de la espada, era Aurelio el centurion, y Flaviano el otro.

—¡Deteneos, gritó el primero, y respetad á un hombre que como yo siente hervir de indignacion la sangre en sus venas, al ver lo que esta noche sucede en Roma!

¡Vergüenza eterna para nosotros, vergüenza para el siglo raquítico y empequeñecido en que vino al mundo ese perverso que veo frente á mí!

¡Quien tolera por señor á un hombre tan ridículo como infame, no merece disfrutar de los beneficios de ciudadano de Roma, sino ser vendido como esclavo y con un cartel al cuello, en el cual se lea la palabra *cobarde!*

A pesar de su embriaguez, comprendió Helio-

gábalo que aquello era más serio de lo que habia creído, y estremecido de terror buscó con la vista á su primer favorito, exclamando con voz temblorosa:

—¡Joroclo! ¡estoy en peligro!

—Que te maten; dijo Joroclo que tambien estaba borracho como de costumbre, y que como ya sabemos no sentia afeccion alguna hácia el que le habia colmado de riquezas.

Algunos hombres de fiero rostro, salidos de no sabemos dónde, se habían puesto de parte de Aurelio y del desconocido.

Su número era corto, pero su actitud demostraba que estaban decididos á rechazar la fuerza con la fuerza.

Uno y otro bando parecian estar dispuestos á la lucha.

Las mujeres vociferaban, y Heliogábalo estaba á punto de desmayarse.

Muy difícil es de adivinar lo que hubiera acontecido, si de una *triverna* ó cuartel que estaba cercano á la calle del Sático, no hubiesen salido dos centurias en auxilio del emperador.

Las *tubas* de aquella fuerza armada sonaron de pronto en las calles vecinas, y Aurelio á fuer de

militar y de militar experimentado, no quiso malograr su venganza provocando un combate tan temerario como inútil.

Así fué que despues de sofocar por entonces su rencor, dijo en voz baja hablando con su fiel Flaviano y con el desconocido:

—Marchemos: necedad seria esperar á los que se acercan.

Ya encontraremos una ocasion propicia para derribar al tirano.

Dicho esto, y sin que nadie procurase detenerlos, se alejaron los tres por una calle lateral que desembocaba en la del Sátiro.

El campo quedaba por Heliogábalo, y por los bribones de todos géneros que le cercaban; el socorro no podia ser más oportuno.

CAPÍTULO XXVII.

Promesas y entusiasmo.

Reanimado Heliogábalo por la llegada de las dos centurias, su rostro cadavérico volvió á adquirir los encendidos colores de la embriaguez, que un momento antes habia perdido á causa del miedo.

Mandó que distribuyesen dinero á los soldados, y estos lo aclamaron con uno de esos falsos entusiasmos, que con la misma facilidad nacen y mueren.

La ridícula procesion siguió adelante, escoltada por las centurias.

El barrio de la Saburana era el barrio de Roma en donde más abundaban los lupanares, y á él se dirigió el emperador.

Multitud de personas de diversas condiciones, de ciudadanos pacíficos y honrados, seguían á larga distancia á las avinadas turbas.

La indignidad y el asombro se reflejaban en el rostro de todos ellos.

A la entrada del barrio de la Saburana, y después de la tortuosa vía Fantina, existía una plazoleta en cuyo oscuro fondo brillaba una luz opaca y triste.

Aquella luz procedía de un farol de talco que alumbraba el ennegrecido vestíbulo de una casa, que constaba de un solo piso, como todas las casas de los romanos.

Dominaba la azotea una torrecilla en un todo igual á las que un padre de la iglesia (1) llamaba *nidos de palomas*.

La ruidosa comitiva de Heliogábalo desembocó en la plazoleta.

Alumbró sus oscuros ámbitos la luz de las antorchas, y de la casa del farol de talco salieron en tropel algunas mujeres ligeramente vestidas, ó mejor dicho casi desnudas, lo mismo que las esta-

(1) San Isidoro de Sevilla.

tuas de las ninfas y deidades fabulosas que decoraban los templos y jardines de Roma.

Aquellas mujeres victorearon al emperador.

Este se sentó en un viejo *triclinium* que le ofrecieron, y bebiendo á cada instante vino de Chipre, arengó á las mujerzuelas llamándolas *buenas ciudadanas* y diciendo que eran tan dignas de consideracion y respeto como las mismas matronas.

Despues se recomendó á sus oraciones, rogándoles que pidiesen á los dioses que le concedieran largos años de vida, para gozar de los placeres á que era tan aficionado.

—¡Si yô muero ¡añadió gimoteando, si otro emperador llega á sentarse en mi solio, perdereis la proteccion que os dispenso!

Pero no moriré tan pronto, no.

Soy muy jóven todavía, y mi *archiatri* Domitelo me ha prometido devolverle á mi fatigado pecho, toda la robustez que tenia en otro tiempo.

Para que los dioses me sean propicios, tan luego como luzca el nuevo sol, daré orden á los ediles de Roma, para que no se ensañen con vosotras, mis escelentes meretrices, del modo que se han ensañado hasta ahora.

Vestireis, yo os lo prometo, como mejor os acomode.

Se levantará la prohibición que pesa sobre vosotras, y podreis caminar en literas abiertas.

Todas aquellas á quienes conceda sus dones la Fortuna, podrán usar literas con cortinillas corridas, lo mismo que las hijas y esposas de los patrios.

¿No sois tan hijas de Jove, el padre de los dioses y de los hombres, como las orgullosas matronas que aparentan despreciaros porque quizá no son tan hermosas como vosotras?...

Las aclamaciones que estallaron en aquel momento, interrumpieron al emperador.

Todas las mujeres á quienes se habia dirigido, estaban locas de alegría escuchando sus palabras.

Poder usar iguales vestidos, poder presentarse en los lugares públicos ataviadas del mismo modo que las matronas, era para aquellas mujeres el colmo de la felicidad.

—Quiero tambien, prosiguió el emperador esforzando la voz todo cuanto le fué posible, que disfruteis de todas las prerogativas de que disfrutaban las ciudadanas de Roma; las más favorecidas por

las leyes, y que se quemen en las plazas públicas los registros en donde figuran vuestros nombres y profesion.

Desde mañana, libertad absoluta, amplia, sin trabas de ningun género.

—

Volvieron á oirse las aclamaciones, y entonces el entusiasmo creció de tal suerte, que un verdadero alubion de mujeres arrollando á los que se interponian entre ellas y el emperador, cogieron á éste y subiéndolo en hombros de dos de las más robustas, dieron vuelta á la plazoleta y se encaminaron á la casa del farol de talco.

La comitiva y los guardias de Heliogábalo quisieron poner término á tan expresivo entusiasmo, pero el menguado hijo de Soaemis les gritó con trémula voz por el gozo:

—¡Dejad, ¡oh! dejad que estas buenas gentes, me demuestren su satisfaccion!

Jamás he estado tan contento como en este instante, pues que juro por el Sol que soy dichoso!...

¿Quién más feliz que yo?.....

Las aclamaciones de estas buenas gentes, sue-
nan más dulcemente en mis oídos que la más dulce
música de las que esparcen tan arrebatadores ecos
en torno de las Salas (1) de Orfeo y de Salustio.

(1) *Odea.*

CAPITULO XXVIII.

La casa del farol de talco.

La casa del farol de talco, era de grandes dimensiones.

Casi tocando al átrio, tenia un enorme patio descubierto, al fondo del cual se veia una angosta escalera que daba paso á la torrecilla que ya hemos citado.

A un lado y á otro del patio, habia aposentos ó celdillas.

Sus puertas estaban marcadas con un número romano, y con una tablilla además, en la cual se leia un nombre de mujer.

Las celdillas no tenian más muebles que una carcomida mesa, sobre la cual ardía una tosca lámpara de barro; un camastro cubierto con una

sucia y remendada manta, dos taburetes de madera apolillada, y un vaso enorme de arcilla, destinado á ciertos usos.

Las paredes estaban cubiertas de letreros eróticos, de nombres desconocidos y de fechas, escritas con carbon afilado.

Aquellas celdillas, correspondian á otras tantas mujeres de vida airada.

Entre celda y celda, bien sobre pequeñas columnas truncadas, ó sostenidas por tablitas que estaban fuertemente clavadas á la pared, habia pequeñas estátuas de númenes, algunos de los cuales eran desconocidos para las personas de vida arreglada y honesta.

Veíase allí al inmundo *dios de Lampsaco*; á *Génita Mana*; á *Viriplaca*, diosa de las reconciliaciones; á *Domidico*; á *Cuba-Dea*, deidad que se interesaba por los que estaban acostados; á *Talasio*; á *Bufago*, dios brutal; á *Suadela* y á *Comisalo*, dioses de origen ateniense, y á otra infinidad de númenes subalternos, ridículos unos y horribles otros por el culto que se les tributaba.

Varios de aquellos dioses, la noche á que nos referimos en las páginas anteriores, estaban alumbrados con lamparitas de diversas formas.

Otros tenían á su lado, colgadas de escarpías, un crecido número de ofrendas, consistentes en coronas de flores ya marchitas, en yerbajos, en monedas de poco valor, en cintas de diversos colores y en patas de gallo, de *ansar*, y de perdiz, aves favoritas de Priapo.

La casa del farol de talco, era un inmundo mechinal, cuya dueña, llamada Rutilia, tenía á su servicio cierto número de *ornatrices* destinadas á la limpieza de la casa, á servir refrescos á los hombres que en ella entraban, y á reparar los desórdenes del peinado de las ramerás.

Aquella mansion estaba completamente cerrada de día, porque así estaba prevenido en los reglamentos de los ediles; pero tan luego como llegaba la noche, la puerta se abría de par en par.

Entonces al silencio sucedía el ruido, y se escuchaban alegres carcajadas, y voces de mujeres que reñían acaloradamente.

A cada momento se asomaban á la puerta las *ornatrices*, para ver si pasaban por allí individuos del sexo feo, y entonces una de ellas decía con voz melosa.

—«Deten el paso, transeunte, y penetra en esta mansion.»

«La buena diosa de Pháfos, de Amatunta y de Citéres, te brinda con dulce hospitalidad...»

Algunos transeuntes pasaban de largo sin hacer caso alguno del seductor ofrecimiento, pero otros penetraban en la sucia mansion.

Entonces una de las ornatrices hacia sonar una tabla metálica, que producía un ruido vibrante.

Las sacerdotisas del vicio que se hallaban en el patio, al escuchar aquel sonido corrian á encerrarse en sus respectivas celdas.

Aquellos de nuestros lectores que deseen saber más detalles concernientes á los lupanares de Roma, pueden registrar las obras de Juvenal, buscando en ellas el pasaje en que el poeta presenta á la impúdica Mesalina, arrastrando por el lodo su manto de emperatriz en compañía de los hombres de más vil y baja estofa.

La casa del farol de talco era conocida también en Roma con el nombre de *Casa de los lupercos*, porque en ella habian entrado en cierta ocasion los sacerdotes del dios Pan persiguiendo

á una cabra fugitiva, destinada al sacrificio.

Tenia fama la casa, porque en ella moraban hermosas mujeres de Biblos, de Gadex, de Tusca (1), de Etolia, de Triganocerta y de Larisa.

Rutilia, su dueña, se habia enriquecido, y segun públicamente se decia, hubiera podido comprar las campiñas de Roma, á imitacion de *Lupa* la esposa ó manceba del pastor Faustulo.

(1) Etruria.

The first part of the paper is devoted to a general
 discussion of the problem. It is shown that the
 problem is equivalent to the problem of finding
 the minimum of a certain functional. This
 functional is defined as follows:

$$J(u) = \int_{\Omega} |\nabla u|^2 dx + \int_{\Omega} f(x) u dx$$

where Ω is a bounded domain in \mathbb{R}^n and $f(x)$ is a
 given function. The minimum of this functional
 is attained at a function u which satisfies the
 Euler-Lagrange equations. These equations are
 given by

$$\Delta u + f(x) u = 0$$

subject to the boundary conditions

$$u = 0 \text{ on } \partial\Omega$$

where $\partial\Omega$ is the boundary of Ω . The problem
 of finding the minimum of $J(u)$ is equivalent
 to the problem of finding the solution of the
 boundary value problem (1.1).

CAPÍTULO XXIX.

Una conspiración al aire libre.

Muy entrada la noche, ó más bien dicho cerca ya del amanecer, se retiró Heliogábalo á su palacio.

Se tambaleaba hácia adelante y hácia atrás, y solo podia conservar el equilibrio apoyándose en el brazo de uno de sus favoritos, que casi estaba tan embriagado como él.

Le ofrecieron una *basterna*, pero no quiso aceptarla, porque dijo que seria muy conveniente para su salud disfrutar del aire fresco del amanecer.

En la casa del farol de talco, ó de los lupercos, habia tenido lugar una desenfrenada orgía, presidida por aquel mónstruo de impureza.

Desde la via Fantina, hasta la *Casa dorada*, las calles de Roma ofrecían un extraño aspecto.

Aquí y allá se veían grupos de hombres sospechosos, que hablaban con gran misterio.

Las primeras luces del alba empezaban á borrar las tinieblas de la noche, pero era aun bastante densa la oscuridad para que pudieran distinguirse claramente las personas y los objetos.

La ciudad, como acontecía durante tales horas, no estaba sepultada en profundo silencio.

Despertaba ántes de tiempo, llena de extraños murmullos.

No hacemos á nuestros lectores el agravio de creer que no adivinarán fácilmente que Heliogábalo era causa de aquellos murmullos, de la extraña agitacion que se notaba en Roma.

Su vergonzosa conducta, habia colmado al fin la medida de la indignacion pública, y los más tolerantes, los más apáticos, estaban decididos á poner término á la mengua que pesaba sobre la capital del mundo.

En uno de los grupos, en el cual figuraban dos centuriones y otros tantos signíferos de las cohortes, que guarnecian á la ciudad, un hombre de rudo aspecto hablaba en voz baja, y gesticulaba enérgicamente.

Los del grupo le escuchaban con atencion.

Oigámosle tambien nosotros:

—¡Por el supremo Jove (dijo aquel hombre), juro que ya no me es posible contener por más tiempo la ira que arde dentro de mi pecho!

Amo á la república, á los históricos y gloriosos tiempos de Roma, pero hubiera tolerado con paciencia á un emperador que hubiese sabido encumbrar á mi patria, darle la preponderancia de que es digna.

¡Ese emperador no existe!

Existe en cambio un miserable, que empaña el limpio nombre de Roma.

¿Habrá un solo hombre digno que no sienta hervir la sangre en sus venas, en presencia de tanta infamia?...

¡No, no lo habrá! porque todo aquel que lo tolere, no será merecedor de que Roma lo cuente entre el número de sus hijos!

—Verdad es, afirmó uno de los signíferos.

—Por le tanto, añadió el hombre de aspecto rudo, propongo que hoy pongamos término á tanta mengua.

¡Caiga *Basiano* el impuro, *Basiano* el miserable y levante otra vez el pueblo su orgullosa frente, adornada con el laurel de sus pasadas glorias!

¡Una vez derribado el inmundo tirano, la justa y esclarecida república de los tiempos de Junio Bruto, rija de nuevo los destinos de Roma!...

Los dos centuriones y los signíferos hicieron marcados gestos de desaprobacion y uno de los primeros replicó:

—¡No, por el alto y poderoso Jove!

Has de saber, Porcio Lentulo, que el ejército del cual formo parte, no derribará á Heliogábalo para proclamar á la república.

Tiranía por tiranía, preferimos la de un emperador á la del pueblo.

—¡Viven los dioses!

—No te alteres, ni forjes ilusiones en tu mente, porque no hay en Roma una sola cohorte, una centuria sola, que conteste al grito de los que piensan como tú.

Si llega á caer el emperador y estalla en la

ciuda ese grito, los *manipulos* (1) del *legati* Mancino, á los cuales pertenezco, barrerán las calles arrollándolo todo á su paso.

Por lo tanto, si hemos de estar de acuerdo, si la sangre no ha de correr á raudales, que no trate el pueblo de establecer de nuevo la república, porque siempre nos tendrá en frente de sí.

El republicano, ó llamémosle Porcio Lentulo, puesto que ya sabemos cual es su nombre, se mordía los labios y clavaba con furor las uñas en las palmas de las manos, procurando dominar la ira que ardía en su pecho.

El centurion, prosiguió :

—A Heliogábalo, sucederá Alejandro Severo (2).

(1) Cada *manipulo* constaba de tres centurias.

(2) M. Aurelio Alejandro Severo.

Tenia solamente catorce años cuando recibió el título de *Augusto*.

Su corta edad no fué inconveniente para que en un solo día, le confriese el Senado todos los títulos y todo el poder de la dignidad imperial, dándole además los nombres de *Antonino* y de *Magno*.

Esta sesion del Senado romano, es de las más curiosas.

Todos los senadores gritaron á una voz:

«*Auguste innocens, dii te servent; Alexander imperator, dii te servent; Antonini Aureli, dii te servent; Antonini Pie, dii te servent.*»

Pesie á su corta edad es sábio como Ulises y prudente como Nestor, y á mayor abundamiento ahí está el célebre jurisconsulto Ulpiano, su guia y su amigo, y entre ambos darán á Roma dias dichosos.

—¡Un niño! exclamó con voz ronca y con despreciativo acento Porcio Lentulo.

—Un niño, sí; afirmó el centurion, pero un niño que vale mucho más que algunos hombres; más de lo que valieron Lucio Junio, el bárbaro Casio, y el hijo de Servilia y hermano de Caton, los tan decantados hombres de república.

Con esos hombres, segun refieren claramente los *fastos*, no habia un solo instante de paz ni reposo, y con Alejandro Severo tendremos tranquilidad y con ella la abundancia.

—¡Sí! replicó con amargura Porcio Lentulo. ¡La tranquilidad de los pueblos empequeñecidos, que es el reposo de los esclavos!

—Nunca nos entenderemos al tratar esa cuestion.

—¡Verdad es!

—Por lo tanto, añadió el jefe de centuria, bueno será que la terminemos de una vez.

—Terminémosla.

—En lo que estamos conformes, es en derribar á *Elegabal el Sibarita*, el impío, que se mofa de los dioses.

—¿Caerá hoy?

—Caerá.

La caballería romana solo espera la señal, para salir impetuosa de sus *tribernas*, y arrollar á todos los que se pongan de parte del emperador.

—Lucharemos; dijo Porcio Lentulo alzando orgulloso la cabeza.

—La lucha será corta, afirmó el centurion, porque Heliogábal no tiene más partidarios que los cobardes *lenones* y las rameras.

CAPÍTULO XXX.

La proteccion de la saga Baracária.

La conspiracion *al aire libre* continuaba fermentando terrible y amenazadora.

El alba comenzaba al fin á lucir, y Heliogáballo se retiraba descuidadamente.

En su comitiva de borrachos ya no figuraban los soldados pretorianos; se habian retirado á su cuartel, algunos de ellos tambien en un deplorable estado de embriaguez.

Tenia que pasar necesariamente Heliogáballo por la calle en donde se habian situado Porcio Léntulo y los demás conspiradores de quienes nos ocupamos en el capítulo anterior, y aquellos hombres esperaban con impaciencia el momento favorable para dar el grito de sedicion.

Aquel momento llegó al cabo.

El emperador apareció á la entrada de la calle, y cuando estuvo cerca de los conspiradores, Porcio Léntulo gritó con voz aterradora:

—¡Muera Basiano!

Cual si fuera un eco, contestaron multitud de voces á aquel grito de muerte.

Muchos de los que acompañaban á Heliogábalo huyeron despavoridos, pero los demás formaron un círculo en torno de su señor, pretendiendo defenderlo de las desencadenadas iras del pueblo, que de nuevo tronaban contra él.

Se hallaban cerca de una casa de humilde aspecto, en la cual vivía una *saga* (1) cuyo nombre era Bracária.

Aquella mujer se hallaba á la puerta de su casa.

Al ver cerca sí al hijo de Soaemis, que estaba más muerto que vivo, lo agarró por un brazo y cediendo á su generoso impulso, le dijo:

—Ven, señor; yo te libraré de esos furiosos.

Tiró hácia adentro, y Heliogábalo se dejó guiar.

(1) Hechicera.

Bracária era su última esperanza de salvación.

Los que permanecían fieles al vicioso monarca se colocaron delante de la puerta, formando con sus cuerpos un muro erizado de espadas y dardos, muro al cual embistieron con terrible furia los amotinados.

Trabóse inmediatamente la lucha.

Los que atacaban eran muchos y estaban decididos á vencer ó á morir.

Pocos los que defendían la entrada de la casa de la *saga*.

Después de una corta lucha, empezaron á ceder.

Tres de ellos estaban gravemente heridos.

Los más valientes ó los más leales opusieron todavía una inútil y desesperada resistencia; pero al cabo fueron arrollados, y varios de los que deseaban la muerte de Heliogábalo entraron en la casa.

Razon había tenido el jefe de centuria al decir que la lucha sería corta.

Uno de los que habían tomado por asalto la morada de Bracária, era Aurelio, el hijo de Rufo Hostilio.

Iba delante de todos, y en su diestra centelleaba su espada de centurion, arma fabricada en *Toletum* (1), la ciudad régia.

El deseo de venganza chispeaba en sus ojos, inyectados de sangre.

Dirigiendo á un lado y á otro miradas iracundas, buscaba al miserable que habia causado la deshonra de su hermana y la muerte de su padre.

Pequeña era la casa de Bracária, y tanto ésta como el hombre á quien perseguia no parecian por ninguna parte.

Extremecióse de ira el centurion, y una palidez espantosa se difundió por su rostro.

Su mente acababa de ser asaltada por un pensamiento contrario á su venganza.

¿No era Bracária una *saga*?

Aurelio creia, como casi todos los romanos de su tiempo, que las mujeres que se dedicaban al arte mágico, las émulas de Locusta, de Canidia y de Sagana (2), tenian la facultad de hacerse invisibles.

(1) Toledo.

(2) A estas dos últimas las entregó Horacio á la execracion pública en varias de sus composiciones poéticas.

¿No podía también la maga haber comunicado aquella facultad á HelioGábalO?

Aurelio, medio loco de furor, recorría desatentado la casa.

Muchos amotinados iban en pos de él.

Penetró en un *cubiculo*, en el cual se veía el lecho de Bracária.

A espaldas de aquel lecho había una pequeña puerta.

Volvióse Aurelio á los que le seguían, y con una fulminante mirada les impuso silencio.

Después se acercó á la puerta, y aplicando á ella el oído, oyó el murmullo que producía una voz de mujer.

Era la voz de la *saga*.

Prestó mayor atención, y escuchó estas palabras:

—No temas, señor; solo yo conozco esa entrada de la gran *cloacæ* (1), y en ella podrás burlarte de los que piden tu cabeza.

(1) Albañal.

Entra, y cuando sea tiempo yo me apresuraré á sacarte del antro tenebroso.

—¡Gracias! ¡oh! gracias! exclamó una voz varonil, pero afeminada. ¡Yo recompensaré con esplendidez tu acrisolada lealtad.

El que esto decía era Heliogábalo.

Aurelio ya no tuvo paciencia para esperar más, y dió una tremenda patada á la puerta.

Esta se abrió de par en par, y una gran parte de sus herrages saltaron lo mismo que si hubieran sido de vidrio.

El centurion lanzó un grito de gozo.

Iba á satisfacer al cabo su venganza.

La proteccion de Bracária de nada habia servido al emperador.

CONCLUSION.

A pesar del estruendo que causó la puerta al abrirse, se oyó un agudo grito, y Aurelio penetró en la estancia en donde se hallaban Heliogábalo y Bracária.

Aquella estancia era lóbrega y abovedada, y en uno de sus muros se veía una entrada angosta; la entrada secreta del gran albañal de Roma, que, según la *saga*, solo de ella era conocido.

Alumbraba débilmente la estancia la luz que penetraba por una pequeña claraboya abierta en lo alto de la bóveda.

Al agudo grito respondió una especie de rugido, producido por la garganta de Aurelio.

El vengativo centurion, oprimiendo convulsivamente la espada y lanzando miradas chispeantes, penetró en la abovedada estancia.

Bracária temblaba de terror, y Heliogábalo dió un paso hácia la entrada secreta del albañal.

Pero Aurelio se le puso delante, y agarrándolo con fuerza por el cuello, le obligó á doblar ambas rodillas en tierra.

Los que seguian al centurion invadieron la estancia.

—¡Miserable! exclamó Aurelio, oprimiendo la garganta de Basiano.

—¿Quién eres? preguntó éste con voz apenas perceptible.

—¡Soy el hermano de la vestal Cornelia! respondió roncamente el jóven. ¡Soy el hijo del infeliz Rufo Hostilio!

¡Mi hermana ha muerto; murió tambien mi padre, y el hogar de mis antepasados está frio y solitario!

¡Tú, verdugo implacable de mi familia; tú, emperador maldito, has cubierto con mancha deshonrosa el nombre que llevo!

¡Por tu causa nadie ha salido á recibir á las puertas de Roma al pobre soldado que luchaba en Aquitania, en tanto que tú destruias con bárbara mano á los seres que le eran más queridos!

¡Pero al cabo, verdugo infame, los justicieros

dioses van á proporcionarme el dulce placer de la venganza!...

—¡Ten compasion de mí!

—¡Compasion?... gritó Aurelio. ¡Oh! no la esperes!...

Si la dolorida sombra de mi padre se presentase en este momento pidiéndome que te perdona-se, no obedecería á esa sombra querida, porque la rabia me ahoga, porque estoy sediento de tu sangre impura y malvada!

¡Voy á precipitar tu alma en los abismos de Pluton!

.

Esto diciendo, el hijo de Rufo Hostilio alzó la espada é introdujo su aguda punta en el pecho de Heliógabalo.

Un chorro de roja sangre saltó hasta las manos del centurion.

—¡Muerto soy!... exclamó Basiano, cuyo rostro se volvió instantáneamente cadavérico.

Aurelio sacó la espada de la herida, y Heliógabalo cayó de espaldas.

Una sonrisa satánica animaba las facciones del hermano de la vestal, que saboreaba el placer de su cumplida venganza.

—¡Ya estás satisfecha, sombra veneranda de mi padre! murmuró el jóven. ¡Ya pueden reposar en paz las cenizas de mi hermana!...

Dicho esto guardó el ensangrentado acero bajo el manto, y pálido y altivo atravesó por entre la multitud, que le abrió respetuosamente paso.

A la terrible escena sucedieron algunos instantes de silencio.

Rompió éste la voz de un hombre que llegaba en aquel momento gritando con todas sus fuerzas:

—¡Muera el emperador!

—Ese es Joroclo, gritó otro hombre señalando al recién venido.

Joroclo era en efecto.

El primer favorito de Heliogábalo replicó sin inmutarse:

—Yo soy Joroclo, sí, pero Joroclo el carretero, que de nuevo desea recobrar su libertad.

Más que todos vosotros juntos aborrezco yo al emperador.

En prueba de ello, ved...

Pronunciando estas palabras, el ingrato y brutal liberto se inclinó sobre Heliogábalo, que espiraba en aquel instante, y agarrándolo por los piés lo sacó arrastrando fuera de la lóbrega estancia.

El miserable queria ponerse en buen lugar con el pueblo.

Un murmullo, no sabemos si de satisfaccion ó de otro género, se alzó de entre la multitud, que tambien abrió paso á Joroclo.

Este sacó arrastrando á la via pública el ensangrentado cadáver del hijo de Soaemis, de la malvada madre que, al saber la muerte de aquel á quien habia llevado en su seno, exclamó regocijada:

—«¡Bien muerto está! ¡Bien haya el pueblo que se libró de mi menguado hijo!.. (1)»

El cadáver fué arrastrado hasta uno de los puentes fabricados sobre el rio, y desde él (como sucedia siempre que no se le concedian á un muerto los honores de la pira) lo lanzaron á las aguas.

Los restos del emperador fueron hallados algunos dias despues en un remanso que formaba el Tíber, frente á los frondosos jardines de Hortensio.

(1) Un escritor contemporáneo afirma que Soaemis ahogó á Heliogáballo, y que despues el pueblo arrojó al Tíber el cadáver.

Esto no es cierto.

La verdad del suceso es tal y conforme nosotros la hemos referido, ateniéndonos á la historia antigua de Roma.

Aquellos restos estaban casi devorados por los voraces cangrejos de río.

Roma entera se entregó al regocijo, con el doble motivo de la muerte de Heliogábalo, y de la proclamacion de Alejandro Severo.

Este, tras un reinado que duró veintiseis años y despues de haber hecho la guerra con buen éxito, en Iliria, Armenia y la Mauritania, murió tambien desastrosamente en las Galias, asesinado por sus soldados.

Como se vé, la púrpura imperial si bien daba un poder casi omnipotente á los que de ella estaban revestidos, tambien sirvió de mortaja á muchos de aquellos poderosos emperadores, célebres en la historia de los pueblos por sus victorias ó por sus crímenes.

El pueblo romano, como todos los pueblos del mundo, cuando despertaba de su letargo era terrible, implacable en sus justicias.

Los extraordinarios y dramáticos sucesos de que fué testigo la antigua Roma; algunos notables acontecimientos poco conocidos, que tuvieron lugar en aquella época apartada, nos darán asunto sobrado para escribir un libro que, Dios mediante, daremos luego á la estampa con el título de

LAS SOMBRAS DE LOS CÉSARES.

Entre tanto, público amigo, recomiendo á tu benevolencia esta obra, escrita sin pretension alguna, esperando que la acojerás con el cariño con que has acogido siempre todas mis humildes producciones.

Dios premie tu bondadosa complacencia.

—

Terminaremos diciendo que el Senado romano tambien se regocijó con la muerte de Heliogábalo.

El primer decreto que publicó despues del fallecimiento de aquel sér impuro y perverso, fué uno mandando borrar su nombre de todos los mo-

numentos públicos alzados bajo su dominacion en los pueblos y ciudades del imperio.

El decreto se cumplió estrictamente, y no existe una sola lápida, un monumento solo, en el cual se lea el nombre de

HELIOGÁBALO.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

CAPIT. I.—De gran sacerdote á emperador romano	5
II.—Cortejo del emperador.—Entusiasmo del pueblo.	11
III.—El circo romano.—Casto amor y amor impuro	19
IV.—Un milano entre palomas.	25
V.—Las vestales.—Un casamiento sacrilego	33
VI.—Un corazon dolorido.—Roma dormida entre las nieblas.	41
VII.—La desesperacion y la ternura de un padre.	51
VIII.—Desenlace trágico.	61
IX.—Prodigalidades y género de vida que hacia el hijo de Soaemis	71
X.—El salon de Paros.—Patricios y romanos, guerreros y senadores.	81
XI.—El lupanar imperial.	89
XII.—La rifa imperial.—El senador desnudo.	99

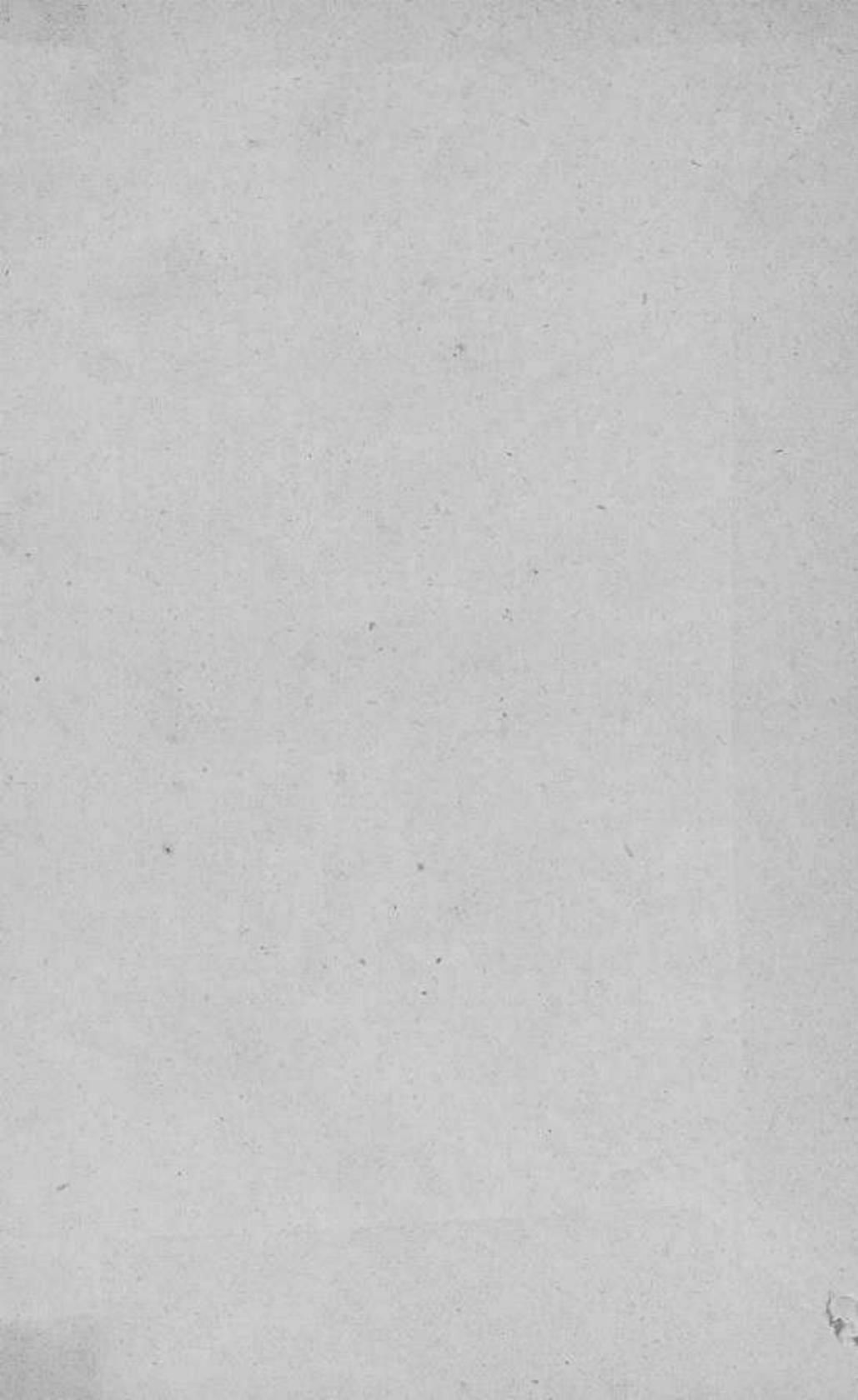
INDICE.

Páginas.

XIII.—Continuacion del anterior.— El colmo del desorden.—¡Mueran las antorchas!— Febo y las Horas.— Lluvia de oro.. . . .	107
XIV.—Joroclo.	119
XV.—Castigo de dos ladrones.	127
XVI.—Idea ó pensamiento de un edil cortesano.—¡No soy señor, soy señora!.	133
XVII.—Señor y favorito.—Los primeros rumores de un motin.	143
XVIII.—El tribuno del pueblo.—De potencia á potencia.	151
XIX.—Un rico improvisado.	161
XX.—En el cual se ve de lo que es capaz un pueblo desenfrenado.	171
XXI.—Continuacion del anterior.—La justicia del pueblo.	177
XXII.—La ciudad maravillosa.	185
XXIII.—Honras fúnebres de Rufo Hostilio.— El dolor de un centurion.	195
XXIV.—Ante una tumba y al cruzar la calle del Sático.. . . .	199
XXV.—Infamia y degradacion.	205
XXVI.—Un socorro oportuno.	213
XXVII.—Promesas y entusiasmo.	221
XXVIII.—La casa del farol de talco.	227
XXIX.—Una conspiracion al aire libre.	233
XXX.—La proteccion de la saga Bracária	241
CONCLUSION.	247







372

VARIAS
NOVELAS.

3735(1-2)